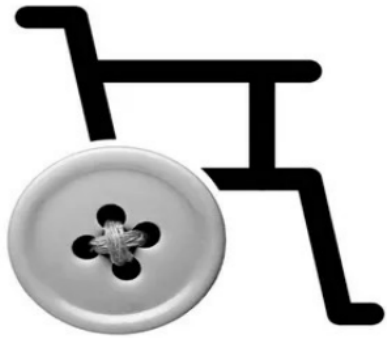
CLIENTE E. BUSKEN

Jeroen Brouwers

Traducción de
Goedele De Sterck



DE CONATUS

COLECCIÓN ¿QUÉ NOS CONTAMOS HOY?

EL CLIENTE E. BUSKEN

JEROEN BROUWERS

CLIENTE E. BUSKEN

Jeroen Brouwers

Traducción del neerlandés
Goedele De Sterck

DE CONATUS

COLECCIÓN **¿QUÉ NOS CONTAMOS HOY?**

El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionadas con los más altos estándares ambientales, garantizando una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas.

Título:
Cliente E. Busken

De esta edición:
© De Conatus Publicaciones S.L.
Casado del Alisal, 10
28014 Madrid
www.deconatus.com

Copyright © Jeroen Brouwers
Título original: *Cliënt E. Busken*
This publication has been made possible with financial support from the Dutch Foundation for Literature

Nederlands letterenfonds dutch foundation for literature

© De la traducción del neerlandés: Goedele De Sterck

Comunidad de Madrid

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición de la Comunidad de Madrid

Primera edición: Octubre 2022

Diseño: Álvaro Reyero Pita

ISBN: 978-84-17375-81-2
Producción del ePub: booqlab

Todos los derechos reservados.
Esta publicación no puede reproducirse total ni parcialmente, ni almacenarse en sistema recuperable o transmitido, en ninguna forma ni por ningún medio electrónico, mecánico, mediante fotocopia, grabación ni otra manera sin previo permiso de los editores.
La editorial agradece todos los comentarios y observaciones:
comunicacion.deconatus@deconatus.com

… de pronto me acuerdo de mi madre. Nunca pienso en ella, murió hace mucho. Tanto que ya la supero en años. Quiero decir… ¿Qué quiero decir? Que me he salido del tiempo en el que estábamos mi madre y yo, y que no importa si la he olvidado. No es que la haya olvidado, simplemente no me acuerdo de ella. Entró y salió de mi cabeza en un visto y no visto. Eso es lo que quiero decir, creo. Aún soy capaz, aún soy capaz de querer decir algo. ¿Seguro que la mujer que irrumpió en mi mente como la chispa de un rayo era mi madre y no otra persona? Vestida con un traje de verano, de pie en la playa bajo el sol humeante, conmigo a su lado. Los brazos pegados al cuerpo, concentrando toda la tensión en los dedos. La fuerza fluyendo desde los hombros y los brazos hasta esos dedos estirados que se dirigen a la arena, donde la sombra de ella queda reducida a un diminuto círculo alrededor de sus pies, flaca no, esquelética en aquel vestido de algodón de pequeños cuadros amarillos y verdes deslavazados. Tensa los dedos cuando está furiosa para luego apretar los puños con saña. Más vale largarse, o al menos guardar distancia, porque se avecina una bofetada. Sí, sin duda fue mi madre a quien vi, aunque con la cara, la cabeza y el cuerpo de otra persona, ni tan siquiera sé si de una mujer, y me deshice de ella enseguida, como cuando se tira un desecho cualquiera por el váter. Ya hemos llegado, aquí puede fumarse tranquilamente sus palitos de nicotina, me dice la enfermera Morton a voces. Lo mismo podría haber dicho palitos cancerígenos, pero aquí no se habla de cáncer. Palabra prohibida. Levanta los ojos hacia el cielo, que apenas se adivina por entre los árboles. Las copas de los abetos se mueven en todas direcciones, arrastradas por un viento que lleva días soplando, con tanta violencia y acompañado de una lluvia tan persistente que ayer no nos dejaron salir. Hoy no lloverá, pontifica la enfermera Morton. Han anunciado sol. Y lo bueno es que aquí abajo no corre el aire. ¿Está echado el freno de la silla? Es ella quien se encarga de controlarlo. Ya está —esa voz de armas tomar —, bloqueado. Pues sí. También yo estoy bloqueado. Más incluso que las ruedas de la silla que ella acaba de fijar tocando en algún punto situado a mis espaldas, fuera de mi alcance. Las ruedas vuelven a girar nada más desbloquearlas, pero yo no, yo ya no puedo, qué le vamos a hacer. Únicamente puedo permanecer sentado o tumbado. Y observar. Pensar. Cavilar. Rumiar. Querer decir no se sabe muy bien qué. Ver colores que no hay, o que, según parece, los otros no ven. La enfermera Morton me ha inmovilizado en la silla de ruedas con ayuda de un cinturón cuya hebilla de metal descansa sobre mi ombligo sin

que yo pueda abrirla. Mi rabia y mis protestas son aplastadas a base de inyecciones y pastillas. Solo consigo mover las manos y los antebrazos. Como no paraba de dar golpes con los pies y con las piernas, también me los ataron a la silla. ¿Tiene sus pitillos? ¿El encendedor? Señor Busken, ya sabe que el silbato está en el bolsillo izquierdo de su camisa. Si le entran ganas de ir al baño, avise, no vayamos a tenerla otra vez. Me da a mí que no se da cuenta de que habla a gritos. Es bella, me recuerda a alguien, a un personaje de un cuadro, pero no soporto sus decibelios. Me mira. ¿Señor Busken? Me puede oír, ¿verdad? ¿Señor Busken? ¿Por qué no contesta? En ese preciso instante me toca la cabeza, a la altura de la sien, con su blanca mano en un puño, un toquecito junto al oído, suave, aunque lo justo para que yo lo note, un toquecito iluminador. Y así es como de pronto me acuerdo de mi madre. La enfermera Morton regresa al edificio, institución, residencia, guardería de rehenes, Hogar Madeleine para ancianos chiflados que se orinan en el pañal y toda esa parafernalia. Con su trasero de plástico dibujándose en el pantalón ceñido, como envasado al vacío. Sobre esos zuecos que hacen que ni a ella ni a sus congéneres se les oiga llegar. Aparecen inesperadamente como espectros, sin hacer ruido, imperceptibles, para espanto de los demás. Erguida o, mejor dicho, con el torso un tanto combado hacia atrás, mueve los blancos brazos de marfil de arriba abajo, con ímpetu, embutida en el uniforme unisex del personal del asilo. Verla me sacia de belleza, poder contemplarla me consuela, pero no logro comprender cómo de esa boca tan dulce y de ese cuello de cisne tan esbelto puede salir una voz cuya potencia y sonido se asemejan a los de un cuerno de carnero. ¿Qué años tendrá? ¿Veintimuchos? Quizá veintipocos, en todo caso no más de treinta y cinco. ¿Estará saliendo con alguien? Algo se le ha quedado pegado en el pelo, en ese pelo de color rubio oscuro y corte masculino, es algo que sube y baja al ritmo de sus pasos enérgicos, la hoja de un arbusto o de un árbol, o una flor, una triza de papel, algo que revolotea. Lleva muy pocos días aquí. No recuerdo ni cuánto tiempo llevo yo. Me llamo Moniek, bramó el primer día, a las siete de la mañana, sacándome del sueño, de pie junto a mi cama. ¿Y usted? Mientras revolvía unos folios sujetos con una pinza a un tablero que sostenía con el antebrazo me preguntó: Señor Busken, ¿verdad? ¿Es usted el señor Busken? Al principio creí que era un joven apuesto, por la voz y por el pelo tan corto y tan pegado al cráneo. También porque el níveo uniforme de carcelero no desambigua el género: aquí el varón que no se llama Moniek viste igual que la mujer que porta ese nombre. Cuando volví a abrir los ojos y pude verla de verdad, aparté la mirada de inmediato, dirigiéndola a la ventana sellada, sobresaltado, como a veces me sucede con Bach u otra experiencia artística; me resultaba de una belleza tan

deslumbrante, conmovedora y sofocante que se me nubló la vista, y sentí que me desvanecía por momentos. Moniek, pues. El personal, dividido en enfermeros y cuidadores, se presenta con su nombre de pila y consiente que se le llame por él. Hoy por hoy, dirigirse a ellos como enfermero o enfermera se considera fuera de lugar. Soy Ellie, se apresuran a sugerir. O: mejor llámeme Suzan. O directamente usan un mote cariñoso. Del mismo modo, a la variante masculina ya no se le llama hermanos como en la Edad Media, al fin y al cabo, el pasado pasado está, así que en confianza se les llama Wim, Karel, Antoon o Sjoerd, todos ellos contratados en calidad de persona-experta-cuidadora-y-supervisora. Persona tal y persona cual, en aras de la neutralidad de género. Ahora bien, el gran jefe de esta empresa liberticida, el Director médico, como se puede leer en la puerta de su despacho, Richard, para los amigos, pronunciado a la francesa con acento en la a, *Rishár*, no viste el uniforme unisex del asilo, sino ropa de calle, como los demás ejecutivos, que ellos sí exhiben su masculinidad. Con el resto de los empleados lo mejor es guiarse por el nombre de pila para saber qué característica sexual se esconde en el pantalón o donde sea. Por ejemplo, la bruja de psiquiatría con aspecto de soldado se llama Carola. Eso dice el cartel de plástico con que recibe a los visitantes en su escritorio con *laptop*. Si bien a juicio de algunas personas expertas en asuntos divinos habría que referirse en términos asexuados a la escisión de Dios conocida como Jesucristo, denominándola persona mesiánica y no Mesías, la identidad de género de la susodicha Carola no deja lugar a dudas, dado que se trata de una persona experta en psiquiatría dotada con un par de pechos voluptuosos y expeditivos como las balas de cañón en la toma de Brielle por los españoles. Moniek, por su lado, luce unas ondulaciones tímidas, apenas perceptibles, como pendientes de floración, fuente de incertidumbre si no fuera porque se llama Moniek. Moniek Morton, así reza la tarjeta identificativa prendida en su atuendo. ¿No contesta, señor Busken? ¿Me ha oído? ¿Señor Busken? ¿No se ha despertado todavía o es que es usted sordomudo? A los moradores del Hogar Madeleine se les habla de usted y se les llama señor o señora en un afán por guardar las formas. Según dice Richard-*Rishár*, no se trata de pacientes, sino de huéspedes alojados en un hotel, o de invitados instalados en casa de amigos. Aquí se evita celosamente hablar de pacientes. En la jerga profesional, el paciente pasa a ser «cliente», cliente de un proveedor de asistencia médica, como puede serlo de un restaurante o de un supermercado. Eso hacen setenta euros al día, señor, sin incluir la colada. A mí todo esto me produce tal repulsión que en el momento menos pensado podría acabar en vómito. Huir es imposible. Aquella mañana en la que yo no me atreví a contemplar a Moniek desde la cama ella me preguntó: ¿Se apaña usted solo para ir

al baño, para ducharse, para lavarse los dientes y para vestirse, o quiere que le ayude? Me dio tanta vergüenza hacer gala de mi ruinosa condición que le indiqué con un gesto de la mano que ya me las arreglaba yo, aun teniendo que resignarme a lo contrario y sin dejar de despotricar para mis adentros, así que mantuve el tipo, aprovechando su desconocimiento de la situación. Muy bien, pues salgo un momento y ahora vengo a buscarle. ¿Cómo es posible que exista una ninfa con una voz semejante? Ante mi silencio, otras personas cuidadoras me sacan de la cama sin preguntar ni decir palabra, retiran el sudario y me colocan bajo la ducha, yo desnudo, ellas vestidas, claro. Me ducho o bien de pie agarrado a los asideros o bien sentado en la silla con inodoro. Ellas me secan con la toalla mientras yo me apoyo en el lavabo mirando al espejo en el que no quiero verme, y que, en cualquier caso, acaba igual de empañado que yo. Me lavo los dientes, los que me quedan; lo hago como puedo, con la mano temblando, tanto que el cepillo se mueve sin rumbo por mi boca y termina por metérseme en la nariz. El cepillo es de color naranja. Siempre me lío con el tapón de la pasta de dientes. Hará tres mañanas, o dos, o quizá fuera ayer, u hoy mismo, ya no distingo el color de los días, que, no estando Moniek ni ninguna otra persona supervisora, me salté la ducha, y los dientes y, para disimular, me eché un poco de agua en el pelo y mojé la toalla, y la dejé tirada en el suelo, a mis pies, junto al lavabo. Me propuse dejar el tapón de la pasta de dientes en la pila o donde fuera, como todos los días. De recoger toallas y tapones ya se ocupa el personal. No conseguí hacer mi pis matutino, de obligado cumplimiento, ni una sola gota. El afeitado eléctrico del labio superior y de las mejillas de los varones alojados corre a cargo de la persona cuidadora de turno, que trae la maquinilla ronroneante y, por momentos, francamente estruendosa, y vuelve a llevársela tras cada uso. Las habitaciones carecen de enchufe. Pues bien, la bella Moniek, recién llegada, sin conocer aún los entresijos de este internado, no pasó a afeitarme, y tardó en aparecer. Así que empecé a vestirme. Ya tenía los calcetines puestos, me puse de pie, y mientras luchaba con otra prenda, sujetándome en el ropero, me caí, por enésima vez, cuando antes de llegar aquí no me había caído nunca. Por suerte, aterricé en la cama, mareado, jadeante, sin levantar los pies del linóleo estampado con círculos que giraban ante mis ojos unos alrededor de otros a mayor o menor velocidad. De pronto se encontraba a mi lado la persona cuidadora y enfermera llamada Moniek, a la que no había oído entrar. Será mejor que le ayude, señor Busken. Ya no llevaba el tablero con los folios. Mirándome primero a mí, sin verme, y desviando luego la mirada hacia la cama, añadió con ese atronador son de trombón que caló hondo en mi silencio: vaya, se ha quitado el pañal. Hay que ver, señor Busken, mire esa cama. Retira

la sábana bajera y la deja toda arrugada encima del protector de plástico color hígado. Con el pañal empapado de mi orina y otros residuos colgando como un saco de su brazo extendido, lejos del cuerpo, se dirige al baño. ¡Zas! La tapa del cubo de basura. ¿Se puede saber por qué no ha llamado, señor Busken? Acuérdese de pulsar el timbre ante cualquier urgencia. Para eso está. Hay que ver, señor Busken. ¿Y la ducha? Espero que al menos se haya lavado bien. Por delante y por detrás, ¿verdad? Yo me olvido hasta de tragar ante tanta belleza, realmente no es de este mundo. Pero qué voz. Es un dolor, me machaca la espalda a martillazos, hasta cortarme el aliento. La mato. Con un cuchillo. De pura adoración y amor le acribillo el rostro a cuchilladas. Calzoncillo y pañal nuevo, sujeto con velcro. Haga el favor de ponerse de pie. Venga, agárrese a mí. Imposible, me lo impide el recato. Pero, señor Busken, si se estaba poniendo el pantalón al revés. Ella va arropando mi cuerpo, firme, resolutiva, ni mano dura ni mano blanda, tratándome como a un niño anciano, que si la *ropita*, que si los *zapatitos*. Tengo que apuñalarla porque siento vergüenza. No puedo consentir que se asome a mis abismos, a mis miserias y a mis nebulosas, aunque de la cabeza estoy muy bien. Lo haré con el cuchillo. O la transformo en una piedra, o en un tocón o en un lago de silencio. Veo que le cuesta caminar, señor Busken. ¿Por qué no apoya los pies con normalidad? ¿Y esos temblores? ¿Y esos jadeos? Y yo detrás de mi andador, apretando un poco los frenos de mano, porque este trasto avanza tan deprisa que soy incapaz de seguirle el ritmo. Lo describo todo en mis cartas. La diosa, flotando a mi vera, su mano en mi codo, cómo me irrita, no preciso ayuda ni asistencia ni nada por el estilo, me manejo muy bien solo, pero por otro lado me resulta gratamente enternecedora, y hasta halagüeña, esa solicitud que airea a bombo y platillo un amor a primera vista. Al entrar renqueante en la zona común, la mal llamada «sala de convivencia», donde el televisor está encendido en todo momento a un volumen que roza el murmullo, mientras miro de reojo la pantalla en la que alguien está cortando verduras pertrechado con un cuchillo de los míos, la oigo cacarear: mire, ahí tiene sus *rebanaditas* y su *lechecita*. No tiene ni idea de quién soy yo realmente ni de cómo de devaluado, humillado e insultado me hacen sentir aquí todos, ella incluida. Las sempiternas rebanadas de pan, una integral con queso, y otra con cualquier argamasa de sabor dulce, ya sea pasta de cacao o similar, además de un biscote con mermelada o muy amarilla o muy roja, todo cortado en bocaditos fácilmente masticables y acompañado de una caja de leche individual con pajita de plástico articulada. A veces, depende del día, los temblores son tan terribles y tan difíciles de controlar que mi mano, armada con alguno de esos bocaditos de pan o biscote, es incapaz de encontrar el camino a mi boca y acaba al lado o debajo de ella, si no

en plena nariz. Sor Moniek, después de guiar mi muñeca durante un buen rato, termina por alimentarme como a un pájaro. Con esa voz de madera contra madera. Un bocadito por papá. Nunca llegué a conocerlo. Un bocadito con queso por mamá. No la soportaba y ella no me soportaba a mí, pero la cuidé hasta que murió, lo sé todo sobre pañales meados y cagados. Un bocadito por la señora Kalckbrander. Sentada en su silla de siempre frente a mi silla de siempre, la señora me sonríe a mí y a sus manos. La pobre está enmarañada como un ovillo. Cada vez que yo abro la boca para comer, Moniek abre la suya de par en par, inhalando el aire que a mí me falta. Me falta el aire desde que aquí me han privado de la libertad. La pajita entre mis labios, los labios fruncidos de ella, las mejillas simulando aspirar, su empeño en enseñarme a sorber. Después del desayuno da comienzo la mirada perdida colectiva. En la tele no salen más que cocineros. O animales. O patochadas. De la mañana a la noche. Me sientan en esta silla de ruedas porque me cuesta caminar y mantenerme en pie sin riesgo de caídas, cuando antes nunca me caía, y me inmovilizan el torso, los brazos y las piernas porque tiendo a resistirme a puñetazos y patadas, y también porque sin esta fijación en tres o incluso cuatro puntos me echaría a mí mismo de la silla a sacudidas, pues desde que estoy aquí mi cuerpo se pone en movimiento contra mi voluntad como una maquinaria inútil. Me opongo menos si la que se encarga de atarme es la encantadora Moniek; acabaré casándome con ella. Lo a gusto que va a estar aquí fuera, señor Busken. Quédese con el silbato. Ya sabe usted por qué. Desde luego, aquí hacen enloquecer a cualquiera. Con apariencia distinguida y porte majestuoso, como en ese cuadro de ese pintor cuyo nombre se me escapa ahora, me deja en el lugar donde me ha instalado. Por favor, que no hable y no tendré que escuchar su voz. Atrae hacia sí, a su manera, con algo de brusquedad para una chica de su categoría, la puerta del asilo por la que, para mi asombro, yo he salido empujado por ella, y por la que ella está ahora a punto de desaparecer, aunque antes de entrar inclina la cabeza y la sacude como diciendo que no, con las manos levantadas y mesando el corto cabello con las yemas de los dedos, mientras que desde la distancia que ya me separa de la persona enfermera llamada Moniek recibo sus palabras como susurros. Aquello que debió de molestarla en la zona de la nuca-cuellomejilla cae revoloteando de su pelo sobre el camino de grava, ajeno al viento. Sor Moniek desaparece por la puerta. Un golpe, la puerta que se cierra. Menudo temperamento. Para aún mayor asombro, me ha aparcado bajo los abetos que se alzan en un rincón del terreno donde la presencia de reclusos es de lo más inusual. Desde donde estoy yo al césped con los bancos donde los clientes pueden salir a deleitarse y estirar las piernas cuando el tiempo lo permite, se suceden una serie de traviesas medio

enterradas. Queda tajantemente prohibido atravesar las traviesas. *Checkpoint Zero*. El lugar en el que me encuentro ofrece vistas al césped comunitario y a la trasera de la residencia, de donde parte un camino de grava que conduce a un portón de cuya existencia no tenía conocimiento hasta ahora. Veo que Wolff, compañero de este Hogar Madeleine, viene hacia mí con paso pausado, hierba a través. Este malévolo médico de familia se prestaba a hacer guarrerías con las mujeres en la camilla de su consulta, subiéndose no pocas veces a esta y a la paciente sin autorización previa. La historia salió en todos los periódicos, junto a ese careto de Mengele tan suyo, así que lo reconocí a la primera nada más verlo dando tumbos por aquí. Al comprobar que a mí me han depositado en el lado prohibido de la frontera que marcan las traviesas —para mi propia extrañeza, porque es realmente muy insólito—, tal vez él ha creído que la prohibición ha sido levantada, y ha pensado: si ese adefesio en su silla de ruedas puede estar allí, yo no voy a ser menos. De hecho, ya ha cruzado hasta mi lado, tan transgresor como de costumbre. Él también ha seguido a la chica Morton, con su torva mirada. Y con su voz no menos rijosa dice: es que no me lo ha pedido, pero si me lo pidiera no me lo pensaría dos veces. ¿Y tú, Busken? Por supuesto, yo guardo silencio, ni siquiera alcanzo a verlo bien entre el sombrero que le tapa la calvorota y las carrilleras que le llegan hasta la barbilla por debajo de las comisuras de la boca. Silencio. Me zumban las sienes. Guardo silencio por defecto y por principio, a modo de protesta. Contra todo. Desde el segundo en que comprendí que ya no saldría de aquí. Además, no tengo nada que aportar a las chorradas que se airean a mi alrededor, todos los santos días, todo el santo día, desde las seis y media de la mañana hasta la noche. Aquí nadie me ha oído decir nunca nada, ya que solo abro la boca para comer esa pringosa papilla que me plantan encima del plato. Y a él de tanto verlo cada día ya hago como que no lo veo. ¿Lo puedo oír? Se supone que tampoco oigo. Encarno a solas a los tres pequeños monos de bronce que, cadera con cadera, adornan la mesa de mi despacho. Eso si no se los han llevado y me han saqueado la casa después de la batería de firmas que me he visto obligado a estampar. Y en caso de que decidiera huir, ¿adónde iría? Hasta mi propia casa ha dejado de ser mía. Quizá pueda solicitar asilo a Herman y a Babet. De forma telepática transmito a Wolff: aléjate de mí, guarro vicioso. Qué te va a pedir ella a ti. Pero Wolff se queda donde está, con el borsalino calado en su calva cabeza y las espantosas manos sobonas agarradas por los pulgares al cinturón de piel de serpiente. Santo cielo, ahora echa a andar y sigue avanzando hasta situarse justo delante de mí. ¿Acaso quiere que lo huela? Como si estuviese hecho de mármol, yo continúo mirando al frente, impasible, atento a ese algo caído del pelo de Moniek que descansa sobre la

grava. ¿Se mueve o no se mueve? Lo ilumina una tibia franja de sol que de pronto lo invade todo, a excepción de mi lugar bajo los árboles. El sombrero de Wolff irradia un resplandor como de aureola, le sombrea la cara hasta justo por encima del labio superior. Ay, ay, ay, otro cigarrillo. El señor Busken es incapaz de dejar el tabaco. Así no vas a llegar a los cien, amigo. *Vade retro*, pienso airado, pero mi pensamiento no llega a su destino. ¿Tanto te cuesta dejarlo? Venga, un poco de fuerza de voluntad, Busken. Largo, esfúmate, vete a la mierda. Y eso que ni me ve fumar, por la simple razón de que aún no estoy fumando. Sostengo la cajetilla y el encendedor en la mano, nada más, no consigo mantenerla quieta de lo avergonzado que estoy, continúo mirando al mismo punto. Fijamente. Si bien es cierto que el mármol no tiembla, aun temblando soy una estatua sedente, como la de Johan van Oldenbarnevelt en La Haya, Lincoln en Washington. El portón de dos hojas al final o al comienzo del camino de grava, según se mire, situado una treintena de metros más adelante, está hecho con barrotes que simulan lanzas de hierro, de la misma altura que los muros que circundan el terreno. Se activa de forma electrónica desde dentro. Al otro lado hay una pista de tierra que se adentra en el bosque. A veces, los caminantes se paran y se ponen a fisgonear por entre el enrejado. Me pregunto qué esperan encontrar. Gorilas asesinos, psicópatas peligrosos. Se detiene una furgoneta posiblemente blanca, aunque yo la perciba como azul. Sale una persona enfundada en un guardapolvo. Llama al timbre, el timbrazo resuena en algún lugar de la fortaleza de piedra, donde la presencia de la persona visitante, registrada por las cámaras, se visualiza en una pantalla. El portón se abre sin el menor ruido. Si fuera capaz de manipular mi cuerpo como en mi edad dorada, saldría corriendo en este mismo instante, rumbo a la libertad. ¿Y después qué? A eso voy. De vez en cuando me llega a los oídos que tal o cual ha aprovechado una de estas oportunidades para escaparse al bosque. Lo que quiero decir es que, al cabo de uno, dos o tres días, ese tal o cual vuelve a ingresar, empujado por la policía o quien sea, y admirado por todos los residentes que no han tenido ocasión o que no se han atrevido a hacer lo que él o ella, tras lo cual el fugitivo o fugitiva pasa un tiempo nada desdeñable en arresto habitacional, con la puerta cerrada con llave desde fuera, algo que a mí no me importaría mucho, poder vivir aislado de esta panda de perturbados. La furgoneta enfila el camino de grava y se detiene junto a la puerta por la que hace poco ha desaparecido Moniek, el portón se cierra de inmediato sin crujidos ni chirridos. Mira, es el carnicero, trae provisiones. Eso dice Wolff mientras avanza despacio por el camino en dirección al vehículo. El muy intrépido. Por poco sus zapatos de charol no pisan el algo en la grava que yo vuelvo a mirar fijamente. Creo percibir un leve movimiento, como si ese algo pequeño quisiera

sustraerse a las pisadas inminentes y la sombra del borsalino. ¿Será que está viva, o no es más que una triza? ¿El carnicero, ha dicho? El lateral de la furgoneta con forma de cubo anuncia: las mejores chacinas y embutidos. Luego le sigue un nombre que empieza por Do y que seguramente rime con el resto del texto. Aquí el pequeño comercio conoce a los grandes clásicos de la literatura neerlandesa, poetas de la talla de Vondel o Jacob Cats, y tiene una debilidad por las rimas, pero la continuación de Do me la tapa uno de esos arbustos con globoflores. Bordean la entrada desde donde estoy yo sentado hasta el portón. Ahora mismo no recuerdo cómo se llaman. Enmarcaban también las rampas de los internados donde me recluyeron al comienzo de mi existencia, al igual que aquí ahora, cuando estoy llegando a las postrimerías de esta miseria que se llama vida. Guárdenme de cumplir cien años. Mejor me administran aquí ahora presto y raudo la gentil inyección libertadora. Ántrax. Insulina. Morfina. O medio kilo de somníferos o analgésicos, oxicodona, tramadol, fentanilo. Una o dos gotas o gránulos de polonio-210 en las natillas también surten el efecto deseado, además con eficacia científicamente demostrada. Me acuerdo de todo, porque sé de lo que hablo, pero de pronto se me va el nombre de esas plantas. En cambio, sí recuerdo escenas de hace ochenta años, mi madre en una playa, mi madre y yo y alguien más en un barco, pero no me viene el nombre del pintor ni el de los arbustos. Comenzaban a echar sus globoflores hacia finales del curso escolar y, en septiembre, cuando todo empezaba de nuevo y volvían a enviarme al internado cual paquete de correos, las hermosas flores terminaban herrumbrosas como el metal oxidado. Si no me equivoco, ahora estamos como a mediados de julio, los globos multiflorales se habrán puesto rojos, rosas o blancos, lo sé, aunque yo los veo ataviados de azul. Ahora que lo pienso, esos mismos arbustos, con flores en verano, sin ellas en invierno, también se alzaban a ambos lados de las avenidas que conducían a los centros de enseñanza superior reservados a la gentuza de los barrios más exclusivos de Wassenaar y Het Gooi, donde después llegué a impartir clase, y acotaban los parques en medio de los cuales se erigían los palacetes a los que me invitaban a disertar sobre problemas existenciales y existencialistas. El carnicero ha vuelto a llamar, esta vez ha pulsado el timbre de la entrada de servicio, en el muro lateral, al fondo del todo. Se oye un zumbido, la puerta se abre de golpe. Aparece la señora Holkema. Ama de llaves. No quiere que nadie la trate por su nombre de pila. Usted y yo ni nos hemos bañado en la misma bañera ni hemos jugado al yoyó o a las canicas juntos ni somos novios, así que le ruego me llame señora Holkema. Por lo visto, aunque no oigo lo que dice, saluda al carnicero entre risas y gestos amables. Sí oigo, aunque no logro distinguir las palabras, las voces

con las que ahuyenta a Wolff, hacia el otro lado de la frontera, de vuelta a la jaula, lejos del terreno vedado. La señora Holkema viste distinto a cualquier otra persona de la residencia. El clásico mandil, chapado a la antigua, seguramente blanco, con el lazo por detrás, de esos que ya solo se ven en películas y series ambientadas en el siglo pasado, y debajo, un pantalón de tiro alto, azul, aunque con toda probabilidad es de otro color, y una prenda moteada, de manga corta, que apenas le cubre los hombros. Brazos desnudos, musculosos, semblante de mica. El señor Do apila cajas y cacharros varios y mercancía voluminosa envuelta en papel en una carretilla de mano que él mismo ha traído. Lleva su cargamento a los dominios de la señora Holkema, que se ha quedado de pie al sol ya más firme, junto a la puerta. Sigue a Wolff lanzándole dardos con la mirada, y también me los lanza a mí. El doctor se me acerca con su habitual paso pausado. Sin pisar, por poco, la menudencia en el suelo. ¿Cómo calcular las probabilidades de que alguien la pisotee y cuándo? ¿Acaso se ha creído el osadísimo que iba a fugarse en cuanto las rejas volvieran a abrirse como las nalgas de una mujer? Porque, sin duda, es eso lo que traman sus sesos sarnosos bajo ese sombrero. Y después, ¿qué? Según cuentan, mientras dura el arresto, el fugitivo frustrado se queda sin postre, sin yogur con fragmentos de melocotón o natillas de chocolate con tropiezos y zumo zucarino de frutos rojos envasadas en tarrinas de plástico rugoso y transparente. A mí eso no me supondría ningún trauma. El doctor camina amonestado, pero no noqueado, con la misma estudiada gallardía de antes. Gracias a Dios, esta vez pasa de largo, sin más miradas ni más comentarios. Las manos cruzadas sobre el trasero. Golpeando rítmicamente la palma de una con el dorso de la otra. Don portaviandas se sube a su furgoneta y da marcha atrás, envuelto en la nube de gases de escape que también lo envolvía cuando llegó. Para beneficio del olor y el sabor cárnicos. El portón enrejado se vuelve a abrir y cerrar con un toque de realismo mágico. Al segundo de despedir con la mano al señor Do, la señora Holkema me lanza de nuevo su mirada saetera, al tiempo que me grita acompañando sus palabras de muchos aspavientos, como queriendo desterrarme también a mí de sus dominios. ¿Es eso lo que grita e indica? No la entiendo, porque soy un loco. Además de un sordomudo con cataratas de tonos azules. La señora Holkema desaparece. Sobre mi cabeza las copas de los árboles compiten en siseos. ¿Carne? Lo que se sirve aquí bajo esta denominación puede llegar a despertar muy de vez en cuando una reminiscencia gustativa que remotamente se le aproxime. En la cocina, o puede que en la carnicería del poeta Do, la carne, o aquello que se le parece, se corta en cubos y trozos pequeños y se le ofrece en ese formato al cliente para que no tenga que partirla él, misión por otra parte imposible cuando este tiene que arreglárselas

con un minúsculo cuchillo de plástico que no corta. Lo único que se le pide al cliente es que pinche cada una de las cagarrutas con su tenedor de juguete o la recoja con su cuchara de muñeco y se la lleve a la boca. Todos los cubiertos están hechos de plástico ingrávido. De esta forma, o eso cree firmemente la dirección del animalario, se evita que las fieras aquí acuarteladas lesionen y asesinen a propios y extraños. Lo que la dirección cree firmemente no suele ser menos etéreo que la pelusa del diente de león. A mí dame un cuchillo afilado que corte, con una hoja dentada que sirva para serrar, con una punta fina que se pueda empuñar en vertical en el tablero de la mesa. En mi condición de neurocirujano, lo sé todo acerca de cuchillos fabricados en acero reflectante, y se me da muy bien cortar y clavar y pinchar y hurgar y serrar a dentelladas y recortar figuras, por ejemplo, una lámpara de madera contrachapada para el cuarto de los niños, aunque yo no tengo descendencia. Y de pronto pasa por mi cerebro un cometa. Tiñéndolo todo de azul. Ya me acuerdo, esos arbustos se llaman *dorodendros*. El pensamiento lúcido y la concentración lo solucionan todo. Yo soy la lucidez personificada. Cuando se piensa algo, hay que ser consciente de lo que se está pensando para poder retenerlo y así evitar que un pensamiento devore a otro en una jugada de asociación arbitraria, porque eso no casa con la lucidez. Por la cabeza no paran de pasar pensamientos, a todas horas, sin interrupción, mezclándose unos con otros, esfumándose rápidamente como cuando se tira de la cadena del váter, aun antes de que lleguen a cristalizarse en pensamientos lúcidos elaborados a conciencia, no hay tregua, uno enlaza con otro, todos revueltos, duplicados o incluso triplicados. Quien está supuestamente pensativo en realidad no piensa nada. Centellones. Jirones. Elucubraciones. Miro a mi alrededor y registro cómo algunos clientes miran al frente sin expresión alguna, meciendo el cuerpo hacia delante y hacia atrás, el rostro arrugado, la mirada perdida, qué piensan, y en qué piensan, daría un euro por saberlo, pero más vale que lo guarde porque nada recibo a cambio. Obsérvate a ti mismo, me dice una voz en lo más profundo de mi ser. Sandeces, en lo más profundo de mi ser no hay voces, ni que yo fuera una piscina. Yo no soy como esos otros, que sí perciben palabras sin que ningún ser vivo las articule, esos que a veces oyen dos voces, si no tres, solapadas, enredadas, enfrentadas en un cacareo de maldiciones, amenazas, insultos y órdenes. Más de una noche oigo cómo los moradores de las habitaciones adyacentes gritan y arrojan con gran estruendo objetos contra el suelo y la pared. Y si algún día percibo cierto murmullo entre mis pensamientos, como ahora, que estoy a solas conmigo mismo, el timbre, el tono y la pronunciación me llevan inexorablemente a la conclusión de que solo puede ser esa tipeja, Carola, oriunda de Brielle. ¿Duerme usted bien, señor Busken?, me

pregunta. Claro que sí, pero no contesto. ¿Se queda usted un rato pensando y cavilando, absorto en sus preocupaciones, antes de dormirse? ¿Tiene sueños? ¿Sigue cavilando mientras sueña? Y a ti qué te importa, malvada bruja del fichero puñetero. Guardo silencio. ¿Recuerda sus sueños nada más despertar? No he vuelto a contestarle ni a ella ni a nadie después de aquella vez, primera y única, que sí lo hice. ¿Cómo voy a pensar estando en la cama? De la pregunta se deduce que ella lo ignora todo sobre el pensamiento, lúcido y concentrado en esencia. Yo en la cama cierro los ojos y duermo. Y por mí como si me quedo dormido para siempre. Que si oigo voces en mi interior, quiere saber, en la cabeza, o quizá en el vientre, que qué voces son, que qué cuentan, y que, por favor, las registre con precisión en mi fuero interno. Al decir cabeza se lleva las manos a los laterales de la parte superior del cráneo ribeteado con trenzas y nudos como de macramé, y al llegar al vientre deja caerlas a la altura de su escritorio y las aprieta contra la zona de su cuerpo que se corresponde con la palabra que articula en ese mismo instante. Anatomía guiada, por si se me hubiera olvidado dónde está cada cosa. El artefacto de madera que me separa de ella se mueve al compás de sus gestos, cabeza, pecho, rodilla y dedo gordo, rodilla y dedo gordo bis. En los cristales de sus gafas me veo a mí mismo. Registrando. Me veo a mí mismo en sus vitrinas, registrando con precisión cada gesto. Allí, en Brielle, fue donde el duque de Alba perdió sus anteojos en mil seiscientos o mil quinientos y algo. Que si son voces humanas, quiere saber, o más bien de reptiles o de elefantes. Que si veo u oigo vigas de hierro que se sujetan al techo con cadenas, ¿cómo no me voy a volver loco?, que si estas vigas me golpean la cabeza cuando se balancean de un lado a otro, que si percibo en el cerebro el retumbar de los golpes, sonoros como mazazos. Será posible. Desde detrás de sus cristales ligeramente convexos, un día redondos, al otro cuadrados, o con forma de huevos caídos a un lado, un día con montura, al otro sin ella, Carola observa cómo la observo yo. Con la pantalla del ordenador tapándole las municiones briellenses. En lugar de escuchar, ella no escucha jamás, está ocupada en deslizar sus agitados dedos por las teclas. Tan pronto como entras en su despacho, comienza a teclear. ¿Qué demonios teclea en esa caja luminosa? El señor Busken se ha puesto el jersey al revés. El señor Busken se arranca los pellejos de las uñas. El señor Busken está aparentemente obsesionado con los pechos femeninos. En todo caso no con los de ella, tecleo yo debajo. El señor Busken persevera en su silencio. Por su culpa estoy aquí, en este centro asistencial o como se le quiera llamar, en esta silla de ruedas, atado con estos cinturones, y con este silbato en el lado cardíaco de la camisa. Usted se va a quedar una temporadita con nosotros, señor Busken. Sería una irresponsabilidad dejarlo marchar. Por su propio

bien, por su propio blablablá, bala y cloquea. ¿Ah sí? ¡Maldita sea!, le ladré a la cara. Eso ya lo veremos. ¿Quién o qué te has creído que eres, zopenca malograda, con quién crees que estás hablando? No tienes ni idea de quién soy yo. Mi bienestar es asunto mío, no consentiré que metas tus pútridas narices azules, ni tú ni nadie de por aquí. ¡Vete al carajo! Fue sin duda un discurso poco sólido como réplica, reacción y manifestación de rabia y de pánico emergente, sobre todo para un intelectual y un aristócrata de la mente siempre tan juicioso y reposado como yo, un hombre de letras con una conciencia lingüística rayana en lo religioso y una riqueza léxica exuberante como la flora de un jardín, capaz de formular sus pensamientos con atino y lucidez, y con elegancia, así se me conoce, pero mi *palabrateca* estaba hecha un caos. Fue la única vez que yo me entendí con Carola. Y ella debió de entenderme a mí, alto y claro. Fue también la última vez que usé mi voz en esta residencia. Pensé para mí: tú sigue desvariando, que yo llamaré un taxi y me voy para casa. Pero ellos no me dejaron y allí en lo más hondo del bastión lo último que se le ocurre a uno es huir. Con tanto pasillo. Y un candado en cada puerta. Entré en el Centro Médico por la puerta grande y me remozaron en no sé qué sitio bajo la luz de los focos, una técnica ambulatoria, con una pistola grapadora apuntada a mi cabeza y un cortapelos decidido a pegarle bocados a mi cabellera, con el resultado de que, después, ya de nuevo sobre mis pies, no podía caminar sino con paso bamboleante, tropezándome con las paredes, titubeando, tambaleándome, y ellos me condujeron por dentro a un lugar distinto, a otra ala, donde resido desde entonces sin poder salir. Tenía la garganta abrasada de la sed que tenía y de tanto desgañitarme. Con el gaznate en llamas seguí dando voces, pasillo tras pasillo, de ascensor en ascensor, escalera arriba y escalera abajo, entrando y saliendo por puertas y más puertas, hasta alcanzar la celda en la que no menos de cuatro carceleros y una carcelera, todos ellos uniformados con el mono de rigor, me introdujeron tras un forcejeo. Hasta la ventana estaba cerrada con llave. Procedieron a atarme a la cama. La mujer se me acercó con un envase y una pajita y me obligó a beber un líquido. Dejé que se me cayera de la boca sobre la barbilla, el cuello, el pecho. Acto seguido manifesté mi deseo de tomar algo más potente, primero por el amor de Dios y luego cagándome en él. No me lo concedieron. Ya ha tenido usted suficiente, señor Busken. Ha perdido el equilibrio. No sé si es consciente, pero está usted ebrio. Ha sufrido una caída importante. Ahora tranquilícese. ¡Señor Busken! ¡¡Señor Busken!! Trajeron jeringuillas y no pude evitar que me pusieran varias inyecciones, aunque protesté enérgicamente incrementando el volumen de mis bramidos. Trajeron píldoras o más bien cápsulas grandes y negras y me las metieron a la fuerza entre los dientes

forzándome a tragarlas a base de apretarme una y otra vez la garganta. Así fue como sucedió, acaeció y aconteció, y no deja de ser una auténtica vergüenza. Lo ocurrido constituye un flagrante atentado contra los derechos humanos, así que pienso quejarme con total implacabilidad mediante carta certificada al Palacio de la Paz en La Haya. Todo por culpa de la bruja Carola con sus gafas y su ordenador y sus folios y sus formularios. Junto al cacharro donde guarda los sujetapapeles tiene una caja con caramelos de menta que va tomando poco a poco sin interrumpir sus punzantes pulsaciones. Cuando estoy yo, también me ofrece a mí esas pastillas blancas. ¿Por qué no prueba los caramelos, señor Busken? Yo no me inmuto. El señor Busken se niega. Los caramelos de menta producen cáncer de boca y de garganta. Aumentan el riesgo de desarrollar ceguera y cáncer de pulmón. Pueden causar impotencia. Afectan negativamente a la fertilidad. Impiden que uno cumpla cien años. Y otras tantas perspectivas alentadoras para las que existe un número de teléfono, como el suicidio. Todo por culpa de Carola. Que pongan este nombre al próximo huracán. Siempre con sus firmas y sus sellos y sus sellos y sus firmas. Cuando me dejaron solo en esa cama en aquella habitación, me oriné encima. Ocurrió sin más, empezó a fluir así como así y fui incapaz de parar el flujo, aunque tomé conciencia de que ni tan siquiera me resultaba desagradable. Una cálida nube de té regándome las piernas. Vaya, tengo a una abeja rondándome la cabeza con sus zumbidos, toqueteándome la cara. Es molesto hasta para una persona de mármol. Debe de ser verano, calculo. Más allá de las instalaciones de la institución, por encima del muro carcelario, se extiende un prado que alcanzo a avistar por la ventana de mi cuarto. En el lado opuesto se alza un cobertizo de madera bajo cuyo tejado hay unas colmenas. Los himenópteros serán unos bichos útiles, pero a mí no me gustan ni los aguijones ni las agujas ni los arpones. Sacudir la cabeza con fuerza al estilo de la enfermera Morton no conduce a que la menesterosa criatura cambie de rumbo. Al contrario, se posa sobre mi labio superior, toma impulso y rebota contra el rabillo de mi ojo izquierdo para luego ponerse a revolver entre mis contados cabellos. Enciendo un cigarrillo como puedo. El insecto se disuelve en mi exhalación. Según parece, hacer que el entorno fume es igual de nocivo que fumar. ¿Y qué? Leo: el humo de tabaco contiene más de setenta sustancias cancerígenas. ¿Cuántas más? Nunca digas la cantidad exacta, déjalo siempre en «más de» o «más que». Está usted más que chiflado, señor Busken. Eso no lo dicen, pero observo claramente que en no pocas ocasiones lo piensan. Ha tenido usted más que suficiente, señor Busken, le daremos una pastilla y le pondremos una inyección. Primero debe descontaminarse del consumo de alcohol, ese es su principal problema. Para mí jamás lo ha sido. Y también es

importante que se desestrese. Después decidiremos lo que decidimos para usted. Fumar también es nefasto, pero vayamos por partes. Mientras la *apis mellifera* ahuyentada se sumerge entre los arbustos de la entrada, llega otra que se acomoda sobre mi rodilla. Solo tengo que señalarla con mi puntero de fuego. «Los fumadores mueren antes». Eso dicen unas cajetillas de tabaco inofensivas adornadas con aterradoras estampas de terror. ¿Cuánto debo envejecer para morir joven? Más allá del prado que sobrevuelo con la mirada, mucho más allá, se vislumbra un pueblo o quizá las afueras de una ciudad. Algo que parece la torre de una iglesia. Casas. La habitación que me han asignado tiene dos sillas, acostumbro a acercar una de ellas a la ventana. Aunque no hay nada que ver, quiero verlo. No abandono mi habitación más que para las visitas al comedor y las salidas para fumar. Deseo estar solo, lejos de las hordas. Lo necesito. Déjenme en paz. Por desgracia, no puedo cerrar la puerta con llave. En caso de fuga u otro delito grave, o cuando se sufre una enfermedad contagiosa como el cólera o la sarna, la puerta se cierra por fuera, pero por dentro no tiene ni cerradura, por lo que cualquiera puede entrar en mi habitación, además sin llamar si es posible. Por ejemplo, esas personas cuidadoras que a juzgar por su vestimenta carecen de género, remolonas como nadie con tal de comprobar que yo ingiera las píldoras grageas cápsulas pastillas comprimidos polvos entregados previamente por un patiblanco con carrito. ¿Con qué va a acompañarlo, señor Busken? ¿Con leche, suero o yogur? A veces, incluso sucede que se aventura en mis aposentos alguno de los huéspedes. Casi siempre basta con dar orden a mis ojos de disparar una ráfaga de kaláshnikov para mandar al intruso de vuelta al pasillo, aunque la táctica no funciona siempre y hay quien se queda ganduleando por aquí, distrayéndome de mis labores intelectuales. Al anochecer se hace la luz más allá, en el mundo civilizado. En las casas se van encendiendo las lámparas y las ventanas me devuelven la mirada. Una vez apagados todos los televisores y sopladas todas las velas continúa flotando sobre el horizonte un resplandor azul. Me gusta contemplarlo. Mis pensamientos se desbocan. Revolotean cual abejas. Déjenme. Solo. Aquí. Sentado. Yo. Pienso. Entran a correr la cortina, y yo la descorro en cuanto se van, la clausura dentro del enclaustramiento me atenaza la garganta, me restriega la tráquea un atosigante agobio en el que temo ahogarme sin tener la certeza de que allí fuera sigue existiendo el mundo, ese mismo mundo en el que yo vivía antes de encontrarme de pronto aquí. Tal vez no es tan cierta esa certeza, tal vez no es más que una fantasía mía, pienso cuando me puede el miedo amedrentador, tal vez aquellas casitas lejanas bajo aquel velo azulado no son sino una fata morgana, que se disipará con el primer manto de niebla. No me corran la cortina privándome de la

ventana y de la vista enmarcada que puedo admirar sentado en la silla o tumbado sobre el costado derecho en la cama. Veo lo que veo. La angustiosa idea de que el mundo fuera de este recinto amurallado hubiese dejado de existir, arrastrado por aguas legendarias, sepultado bajo cenizas volcánicas o arrasado por una lluvia de bombas nucleares, surgió en mi popurrí de pensamientos nada más despertar de aquel coma artificial y tardó un tiempo en difuminarse. ¿Un tiempo? Si por entonces yo no tenía conciencia ni del tiempo ni de mi presencia dentro de él. Cuando por fin volví en mí, habían transcurrido miles de años de los cuales no conservaba ningún recuerdo, y además, en mi ausencia, habían echado a andar otros miles de años por lo que me embargaba cada dos por tres la sensación de ser borrado de su transcurso como un dibujo a lápiz malogrado. Vagaba por una reserva que se había salvado de la extinción, poblada por seres supervivientes infrahumanos entre los cuales también me habían clasificado a mí, habiendo perdido la razón y el sentido de la orientación. Nací o surgí aquí, condenado a vivir en este laberinto de paredes que en su día debieron de ser blancas antes de que unos estrellaran contra ellas su plato lleno de comida y otros plantaran encima sus dos manazas manchadas de mierda a modo de colas de ave abiertas en abanico. Una vez liberado de mis ataduras, me levanté de aquella cama como Kaspar Hauser, aunque debo admitir que me costó recordar el nombre. Desde su nacimiento o surgimiento, Kaspar había permanecido en un cuarto como este, más solo que la una, atado y replegado sobre sí mismo. Al principio no sabía andar. Ni conseguía articular palabra. No había oído más que el silencio. Yo oigo el mío, parecido a los golpecitos o toquecitos de una lluvia suave. Se me había olvidado cómo se camina, tenía las piernas de goma y los pies vueltos hacia dentro, por no hablar del dolor que recorría mi espalda desde los hombros hasta la rabadilla. Los fisios. Lunes y miércoles Hilde, martes y jueves Rutger. Interesa retener los días, no confundirlos. Ya camino algo, apoyado en un andador como antes del internamiento, renqueante, medio cojeando. El dolor de espalda es llevadero mientras estoy sentado. En la silla de ruedas. En uno de los asientos junto a la ventana. O tumbado. En la cama, algo que solo se consiente cuando es hora de irse a dormir. No hay nada que ver. El alto muro, invadido por la hiedra. Detrás, el prado con once vacas, un caballo y un árbol. Ayer, y también esta noche, llovió tanto que los animales se arrimaron unos a otros bajo el frondoso verdor, del mismo modo que aquí hay quienes se arropan unos a otros en la cama por temor a los relámpagos. Me consta que eso a la dirección no le hace ninguna gracia. Al fondo de la pradera se elevan las siete colmenas. A continuación, no hay nada que yo pueda apreciar, ya que las mayúsculas matas detrás de la caseta de las abejas me tapan la vista.

Kilómetros más adelante asoma por entre las casas la torre de la iglesia, lo veo todo tan pequeño que parece una ciudad en miniatura al estilo de Madurodam, está tan lejos que no se advierte el más mínimo movimiento, solo han sobrevivido los pocos animales que se encuentran más cerca de donde estoy yo. De vez en cuando avisto una paloma ocupada en sobrevolar el panorama. *Mit einem Ölblatt in dem Munde*. Con una rama de olivo en el pico. En la torre hay algo que reluce, posiblemente la esfera de un reloj al contacto con un rayo de sol, del tamaño de una chincheta, así es como lo veo yo desde mi perspectiva, seguro que lleva parado desde hace miles de años. No hay más movimiento que el de mi bóveda cerebral, y el de mi mano, que va anotando todos mis pensamientos en un rollo de papel para uso en un fax ya jubilado taca-taca tic-tic raca-raca ric-ric tableteo traqueteo. En cualquier caso, no necesito escribir para que mi mano se mueva, el temblor se hace incontrolable.

… me llevo tal susto que el cigarrillo se me escurre por entre los dedos, tengo algo en el hombro, ha caído a plomo desde lo alto de los árboles, arrancado por el viento de no se sabe muy bien dónde, sin que yo me lo esperase, claro. Es una piña. Pues no. Será un nido de cóndor. O un pájaro muerto que se ha precipitado al vacío desde las ramas o un pájaro vivo o un racimo de abejas. Rebota un par de veces, da unos golpecitos suaves y aun así perfectamente apreciables, después permanece quieto, hasta que se desplaza con brusquedad sobre mi brazo. Qué curioso, incluso tiene voz. La voz de Mieneke Kalckbrander. Debe de haberse acercado por el césped sin hacer ruido, convencida ella también de que es lícito ignorar la frontera entre el allí y el aquí al verme sentado en territorio prohibido. Si alguien me toca, aunque en realidad prefiero que no me toque nadie, debe hacerlo ahí donde yo pueda ver que me está tocando o que va a tocarme, en ningún caso por detrás sin previo aviso y con alevosía. El sobresalto va dando tumbos dentro de mí hasta llegar a las ruedas de la silla. Se me escapa un gruñido acompañado de un tapón de mocos que penetra en mi nariz por goteo desde las entrañas de mi cabeza. Hola, Grumpy Buski, me saluda, la muy cotorra, chocheando a más no poder, ochenta y tantos, al igual que yo, con la diferencia de que servidor no está mal de la azotea. Moño en la nuca, fijado con peine de tres púas. Viste el traje de las caritas. Para variar. La carita de ella, amarillenta y arrugada, esbozando la sempiterna sonrisa de la idiotez, el interminable parloteo, debo de ser el único que le entiende algo, aunque yo no contesto y todos, imagino que ella también, creen que soy sordo. Y en el fondo lo soy. Ella busca a menudo mi compañía, misteriosamente, sin que yo consiga desentrañar el cómo y el porqué, el caso es que de alguna manera siempre encuentra el camino, entra

en mi celda con sus pasitos cortos y rápidos cuando yo quiero estar solo. Viene a sentarse a mi lado en la otra silla. Juntos miramos por la ventana al exterior, a la nada. Me observa mientras trabajo en mis tratados. Pero ¿qué garabatos son esos? ¿Qué significan esas letras y signos tan raros? ¡Estás escribiendo al revés! ¿Y esos colores? ¡Aquí te has salido de las líneas! *Wow*! Siente un respeto inmenso por mi autoridad de erudito y hombre de letras. Hay veces que hasta le concedo una sonrisa, con tal de que no se vaya de la lengua chachareando. Por suerte no se me nota, mis sonrisas van por dentro, así que ella y todos los demás creen que mi rostro pronunciado y baqueteado, al estar continuamente sumido en profunda gravedad, expresa en todo momento el tenebroso enojo de Schopenhauer. Ella es la única persona de este hotel elevado a rango de prisión a la que soporto por temporadas. Y ni eso. Pasito a pasito, sin bastón ni tacatá, se planta delante de mí, el escuálido cuerpo encorvado hacia el cigarrillo caído sobre el reposapiés de mi vehículo. Emulando la exquisitez de unas pinzas de azúcar, recoge con las yemas del pulgar y del índice el único estimulante que me queda y que me consienten, obviamente con mesura. Primero se lo lleva a la boca y le da una calada, de modo que el centelleo de la llama atraviesa la ceniza y el papel. Inhala hasta el ombligo, lanza un suspiro de placer y me coge la mano, sin que yo la retire, para afianzar la colilla entre mis dedos ante el temblor que recorre mi antebrazo sobresaltado. Qué a gusto aquí al sol, creo oírle decir, con cierto aire de interrogación, como si esperase de mí que asintiera alegremente con la cabeza y plegara las comisuras de la boca como las caritas redonditas de su vestido estampado, todas ellas vueltas hacia arriba en forma de medios aros situados debajo de dos puntitos. Para que haya caritas tiene que haber ojitos. El vestido se cierra con botones, cosidos a un lado. Uno de ellos cuelga de un hilo y se va a soltar a la menor ocasión. Primer plano. El botón tiene dos agujeros. También hay botones de cuatro agujeros, unos igual de grandes y otros más pequeños. Los hay que tienen una sola abertura en el centro. Sé de lo que hablo porque soy un experto en botonería. Señalo el botón medio suelto, pero Mieneke Kalckbrander no me hace caso. Continúa caminando: Qué a gusto, de nuevo con un tono de interrogación. Sus palabras se acompañan de los últimos filamentos de humo que desprende la colilla, se evaporan tamizando las comisuras ancianas y cuarteadas. Nos lo vamos a pasar pipa luego, gorjea, esperemos que el viento no nos estropee la fiesta. ¡Abajo aguafiestas! El dedo índice de su famosa mano derecha, la que me ha devuelto el cigarrillo, señala hacia arriba en paralelo a su mejilla, seguido de sus ojos. ¡Escucha el viento!, exclama. ¡Suena como un tren que pasa a lo lejos! ¿Qué tren? ¿Adónde se dirige? De vuelta a la estación de salida de la que partió antes de iniciar el trayecto de ida. El trayecto de

vuelta siempre se hace más rápido e incluso más corto. Lo sé por experiencia, gracias a mis innumerables viajes, imborrables misiones diplomáticas combinadas con investigaciones científicas. La imagen del viaje de vuelta queda flotando en el caldo de pensamientos que se forma cuando no me concentro con propiedad y necesito explicarme a mí mismo lo que quiero decir. Yo estoy sentado en ese tren, soy el maquinista, pongo rumbo a estaciones anteriores, voy de camino al origen convertido en punto final. No, por favor, es preferible no pensar en el pasado, me basta con el horrendo y aterrador ahora. ¿Y luego? Esta última palabra acaba de salir de la boca de Mieneke Kalckbrander y es la que hace una hora o varias pronunció Wolff. Conque hoy no iba a hacer viento, dice ella. Lo anunciaron anoche en la tele y esta mañana volvieron a insistir. Temperatura agradable. Un día estupendo en este *indian summer*, aseguraron. Antes de que empiecen a caerse las hojas. *Jolly good weather for a barbecue*. La mano de ella dibuja un arabesco al que agrega un clic sonoro con un movimiento de los dientes. En su boca, las palabras inglesas adquieren un acento estadounidense, de Hollywood. La de gente del mundo del espectáculo con la que se codeó y la de aventuras que vivió allí. Y la de veces que yo he escuchado sus historias sentado en mi cuarto, en silencio, a su lado, mirando afuera como si estuviera viendo una película sin acción mientras ella hablaba y hablaba. Esta mañana mismo. Ni te imaginas los dólares que he ganado con esta mano en la flor de mis años. Mieneke Kalckbrander trabajó como figurante en diversas cintas del canon cinematográfico, con la peculiaridad de que en lugar de verla a ella se veía un detalle suyo, en concreto su mano derecha. Le dio por agitarla ante mi rostro en espasmódicas florituras, una mano decrépita, al igual que la mía, engastada con arrugas y manchas y venas, que la invaden cual serpenteantes lombrices azules. En una de sus películas aparecen escaleras de naipes colocadas sobre una mesita de salón. La diva en el papel de mujer solitaria jugando al solitario. Unas veces falla la luz y hay que esperar a que se arregle, otras veces falla otra cosa. Siempre hay algo, el mundo del cine es una larga espera, las tomas se repiten hasta el infinito aun cuando solo hace falta una mano de mujer que mueva las cartas de un sitio a otro en *close-up*, es decir, en primer plano. Esa mano es la de Mieneke Kalckbrander. La gloriosa actriz era demasiado gloriosa e impaciente como para aguantar tanta bobada y se marchaba a casa en su Lamborghini con chófer negro uniformado donde su quinto esposo la aguardaba junto a la piscina con su cóctel favorito. Una mano en *close-up* recoge un objeto del suelo o de un mueble, un zapato junto a una media también en *close-up*, un libro que pide ser hojeado, una copa, una pistola. Una mano escribiendo una carta, acariciando un violín, cortando una flor, arrugando un pañuelo, entrelazándose con la otra

mano para acabar en el regazo, descolgando el teléfono, recorriendo un mapa con el dedo. Pueden pasar horas e incluso medias jornadas hasta que el director se muestre conforme, ni te imaginas lo que implica todo eso, Buskibusquillo. Esta mano, y me la enseñó, se puede admirar en decenas de películas, todavía hoy, aunque por desgracia la mayoría de las cintas ya no están en cartelera. Para mi rabioso desagrado, porque cualquier roce imprevisto me produce un susto monumental, acabó depositando su famosa mano sobre mi muslo y la dejó donde estaba como si fueran a filmar la escena, por más que yo sacudiera la pierna presa de la irritación y a pesar del gruñido que solté en protesta por el exceso de confianza y la inadmisible deformación de mi nombre. Sumergida en el universo de su borrascoso cerebro, ella debe de ignorar o no recordar que, en mi campo de especialización y fuera de él, mi nombre, enunciado invariablemente con la máxima deferencia, goza de mayor reputación en el mundo mundial que su cinematogénica mano. Además de dólares, le regalaban entradas de cine o una caja de bombones o una instantánea glamurosa firmada por la actriz para quien había interpretado la mano, aunque sin duda el mejor regalo fue el beso de Marilyn. De pie ante mí, tapándome la vista, me arrancó de entre los dedos la cajetilla de tabaco que yo ya estaba guardando entre mi ropa junto con el encendedor del que la muy fresca también se apoderó. No te importa que te robe un pitillo, ¿verdad? Con lo que los tres cigarrillos que me quedaban se vieron reducidos a dos. Me los trae mi amigo Herman y se los confiscan en recepción. Allí abren todas las cajetillas en busca de cualquier cosa que no sea tabaco. Los prisioneros del Hogar Madeleine tienen derecho a cinco cigarrillos al día, que deben fumarse obligatoriamente en el exterior y que se envasan en cajas recicladas de pastillas o lenitivos similares de las que a veces ni tan siquiera se han extraído los prospectos. Las letras Q y X e Y y Z, de presencia esporádica en el discurso común, abundan en las denominaciones de bienes de consumo médico contra toda suerte de enfermedades y afecciones. Eso es lo que me aporta el procedimiento, además del tabaco. Flixonase. Seroquel. Tryptizol. Zooproxyzoquete. Puertas adentro, el uso de prendefuegos queda tajantemente prohibido, por lo que los encendedores también se confiscan en recepción, adonde cualquiera que desee salir a fumar bajo la lluvia puede ir a mendigar uno. Herman viene cada vez menos y las existencias que él se encarga de reponer se están agotando. Quedan solo cinco cigarrillos, señor Busken, a partir de mañana comienza la descontaminación pura y dura. Comentario de la recepcionista agorera hoy a primera hora de la mañana. Me pregunto por qué Herman viene cada vez menos, estará enfermo o habrá emigrado como mi hija de cuyo nombre ni me acuerdo y en la que no pienso nunca. ¿Cómo les

irá a Babet y a sus dientes? La ausencia de tabaco me intranquiliza sobremanera, lo cual es nocivo para mi bienestar psíquico. Solo me quedan tres cigarrillos y el día acaba de empezar. ¿Ya me he fumado uno? La verdad es que no me acuerdo. ¿Dónde demonios habrá ido a parar ese quinto cigarrillo? Herman, amigo, no me abandones ahora. Vendrá hoy o como muy tarde mañana. Seguro. Que no cunda la depravadora desesperación. Deseo. Espero. Ardientemente. Cual cigarrillo. Arde en llamas mi esperanza. De esperanza también se vive, aunque la vida me da igual con tal de tener tabaco. No dejaré que mis esperanzas se esfumen como cigarrillos o como la vida misma. Seguí la mano de Mieneke Kalckbrander con la mirada, acercó el fuego del encendedor al cigarrillo robado, me devolvió el lanzallamas, sujetó el pitillo con el pulgar y el dedo índice y se lo llevó a la boca. Tras la calada brotó de su garganta un harpado suspiro de placer envuelto en humo. La mano se hallaba ya fuera del tiempo. Evidentemente, por motivos de coherencia no estaba permitido cortarse las uñas o pintarlas de verde o púrpura entre toma y toma para amenizar la interminable espera si al escribir la carta se las veía afiladas y de color rosa, ¿comprendes? Por supuesto tenía que estar todo perfecto. Allí fue donde me enseñaron a fumar. Y a beber como una cosaca. ¡Qué tiempos aquellos! Mientras ella hablaba a destajo, yo miraba fijamente una chincheta lejana hasta que por fin retiró la mano de mi muslo dejando una mancha cálida que terminó por enfriarse. Y ahora venga a repetir que nos lo pasaremos pipa luego a condición de que el viento guarde la compostura y no se lleve a rastras las salchichas pinchadas en los tenedores de plástico. ¿Me equivoco o realmente ha dicho *barbecue* a la manera de Hollywood? Ella lee en mis ojos los dos motivos de mi repentina preocupación. Punto uno: es la primera noticia que tengo. A mí nadie me cuenta nunca nada porque sufro demencia como gustan de insinuar por aquí estando yo delante. O alzhéimer. O senectud. O enajenación mental. O chochez en cualquiera de sus variantes. El señor Busken ya no se entera de nada. Craso error. Punto dos: se avecina un cataclismo del que deseo mantenerme totalmente al margen desde ya mismo. Hay una nota en el tablón de anuncios, aclara Mieneke Kalckbrander. No pensará que yo lea esas cosas y menos que las admita en mi cosmos. Noche de bingo. Arte floral para aficionados. Observación de aves mediante imágenes proyectadas. Manualidades creativas. Servicio ecuménico conducido por el pastor protestante A. J. L. Portegies Zwart y el padre Ronald Vliegenthert en el centro de meditación del hospital. Pese a mi convencimiento de que la religión en cualquiera de sus manifestaciones se origina en el delirio, llegué a asistir una vez a una de estas ceremonias. Por accidente, por una maldita equivocación, sin querer —mi propósito era otro muy distinto— y desde luego por

razones ajenas a mi voluntad. Hipócrita de mí, acompañé a una pandilla de meapilas a la que me había unido frente a la puerta aún sin abrir que comunica el Hogar Madeleine con el hospital, apoyando mi andador con gran esfuerzo y arrastrando a duras penas mis piernas de trapo colmadas de virutas de madera. Con una buena dosis de empeño todavía consigo andar, no soy de los que se rinden fácilmente. El Hogar Madeleine, aun siendo un anexo autónomo de régimen cerrado, forma parte de un inmenso hospital que se recorta en el paisaje a modo de buque de guerra, como pude comprobar un día en un folleto con fotos y planos que me encontré de casualidad. El área ecuménica está situada en el entramado de pasillos del centro hospitalario donde, deduje, la puerta al mundo libre no podía estar lejos. De camino al piadoso encuentro logré apartarme de los fieles y del carcelero de turno. En una de las paredes había un dedo que señalaba la salida junto a unas instrucciones que invitaban a seguir la línea amarilla. Acodado sobre las asas de mi instrumento de apoyo, conseguí avanzar por la raya entre trompicones, jadeos y suspiros de dolor. Al ver que se abrían las puertas del ascensor al que fui a dar, mi pecho se infló con el clamor y el vocerío que provoca la exultación. Mi huida del Château d'If había comenzado. Sin embargo, antes de que me diera tiempo a introducir el andador me retuvieron dos personas cuidadoras, una de ellas Antoon, quien había escoltado al club de devotos hasta el centro de meditación y según dijo me había echado en falta nada más llegar, y otro al que no conocía, pero que llevaba un atuendo similar, aunque más oscuro y con una especie de gorro de baño cubriéndole el pelo, transparente, con una goma de la nuca a las cejas; un tipo fornido, fuerte, que me agarró el hombro como si yo fuera su detenido en nombre de la ley. Este es un ascensor de servicio, señor. Desciende al sótano, de momento a usted no se le ha perdido nada allí abajo, aunque todo se andará, jajajá. Y entremedias Antoon: Cómo ha podido extraviarse de esta manera, señor Busken, con lo que le cuesta caminar. Voy a buscarle una silla de ruedas. Y así fue cómo, después de todo, acabé entrando en la Catedral siguiendo las huellas del papa polaco en su plataforma rodante, cada vez más incapaz de recorrer a pie los kilómetros que lo separaban del altar conforme se le iba atrofiando el cerebro. De acuerdo con el cartel que cuelga encima de la puerta, el área se llama Sede del Silencio y está equipada con bancos, un altar, un púlpito y un gran número de jesucristos en formato de escultura, fresco, fantasma luminoso en medio de una vidriera siempre y cuando fuera haga sol, claro. La promesa de silencio se la cargó rápidamente la verborrea de los predicadores, por no hablar del sonido de un armonio disneico aporreado por un gnomo que al mismo tiempo dirigía a base de cabezazos los balidos de un coro de dos varones y tres mujeres reservando para sí el papel de

solista. Nunca me he olvidado de esto último ni del gorro de baño, pero no me acordaba en absoluto de mi plan de fuga ni de la ejecución fallida y el infortunado desenlace cuando yo siempre lo recuerdo todo. ¿Por qué me he acordado ahora? Porque mis neutrones pensantes se han quedado prendidos en el tablón de anuncios. El padre Vliegenthert vino a verme después, en la zona común, ya que no quería pasar a mi cuarto, con un bizcocho relleno envuelto en celofán. Desde luego, a mi memoria no le ocurre nada de nada. La bruja de Carola me explicó que uno puede reprimir sus recuerdos vertiéndolos, por así decirlo, de forma irrecordable en un pozo profundo para luego sepultarlos bajo una capa de tierra apisonada en la que van brotando cardos y otras plantas. Me limité a mirarla y a observar mi reflejo en sus gafas. Me parece a mí que usted ha reprimido unas cuantas *cositas*. ¡Cositas! La señora psiquiatra con su *laptop* de mierda. Podemos tratar de sacarlo todo a la superficie, añadió, incluso aquellas *cositas* de su más tierna infancia de las que ni tan siquiera es consciente de que no las recuerda. *¡Cositas!* ¡Cuánta chorrada! ¿Qué sabrá ella de los rutilantes tesoros de mi memoria? Ya me explayaré sobre este asunto en mis escritos. Las influyentes celebridades con las que llegué a codearme, el cortejo de deliciosas amantes. Mieneke Kalckbrander dispara la colilla con un chasquido de la uña del dedo índice, un hermoso arco de chispas que aterriza a mis espaldas en medio de las deshidratadas agujas de pino. Es una habilidad que debe de haber adquirido para alguna película de vaqueros o de gánsteres. Antes yo también hacía estas virguerías, a la altura del hombro en línea recta a gran distancia. Una *garden party*, hace medio siglo o más, recuerdo la fecha exacta. Mi colilla acabó en el lago impoluto, las carpas de lujo salieron como rayos de debajo de los nenúfares y uno de esos bichejos anaranjados se la zampó. Me agarré una borrachera épica. Estaba el embajador ruso. Y Beatriz, cigarrillo y copa en ristre. De pronto, se dirigió a mí con esa dicción tan relamida, que en sus años posteriores de reina llevaría al extremo de la cuasi-arcada. El truco está en hablar con los labios fruncidos. No quiero ser indiscreta, pero ¿puedo preguntarle a qué se dedica, señor Bumper? Soy meteorólogo polar, contesté, si es eso a lo que se refiere. ¿Y en qué consiste su trabajo de meteolórogo? Estaba tan borracha como yo. Formo parte del equipo internacional que investiga el deshielo del Polo Norte. Por un momento se quedó sin palabras. ¡Brrr! El frío que se debe pasar allí entre los pingüinos… Hizo tintinear los cubitos de hielo dentro de su copa. Sí que hace frío, pero en el Polo Norte no hay pingüinos, la corregí con la boca fruncida. También estaban representados los Tres Grandes de la literatura neerlandesa en la persona de Harry Mulisch. Me acuerdo de una novela suya, *La cama de piedra*. Lo que le pasa a uno por la cabeza cuando se distrae un instante sin pensar en nada en

concreto y de golpe le asaltan todos los recuerdos a la vez como si su mente estuviera poblada por elfos errantes. *Cositas*. Mi madre también estaba en la fiesta, por cierto, aunque fingió no conocerme. Yo tampoco la conocía a ella. Ya no puedo disparar la colilla porque me tiemblan las manos. Estiro los dedos de mi mano derecha y dejo caer lo que queda del cigarrillo en la hierba junto a la rueda de mi silla. Se han unido varias personas a Mieneke Kalckbrander, tres para ser exactos, hablan demasiado alto y están peligrosamente cerca, barbacoa va y barbacoa viene, uno de los presentes, ataviado con una chaqueta de verano de color azafrán y rayas verticales naranjas, se decanta por el término inglés. El pobre está chalado. Es originario de una de las antiguas colonias de ultramar y tiene la piel oscura. Aquí no se dice «moreno». Ni mucho menos lo otro. Jamás. Como es natural, conozco a toda esta gente, aunque no con nombre y apellidos, solo de haberlos visto por las salas y los pasillos durante sus garbeos, completamente pasados de rosca. De un pisotón, Cara de Tizne planta su zapato sobre los restos humeantes del cigarrillo mientras otro huésped chilla: ¡Ten cuidado, Mieneke! ¡No vaya a haber un incendio! Y corre a pisotear las agujas de pino como un descosido. Alejaos de mí, banda de extintores. ¡El tabaco produce «cancán»!, grita el tercero al tiempo que alza el puño como en una estampa de trabajadores del ferrocarril en huelga de los años treinta. Después añade en un tono más normal: ¿Es usted consciente de que lleva dos calcetines diferentes? Ya me había fijado yo también, se ríe tontamente Mieneke Kalckbrander. El uno gris y el otro rojo con rayas. Hoy estás un poco mucho desorientado, eh, Buskiburger. Acompaña estas palabras que me indignan sumamente con unos movimientos circulares del dedo índice a la altura de la sien. Lo que, para mayor desgracia, me aflige. Que les dé un «cancán» a todos. No se dice cáncer nunca, solo se lee en las cajetillas de tabaco. Esa *garden party* tan exquisita se celebró en el jardín del castillo del conde Dudelom zu Steck von Weingarten, un simple holandés petulante más que orgulloso de su nombre con ínfulas de acordeón quien a la semana siguiente pensaba endosarme la factura de dos de sus carpas o caballas o percas que flotaban inertes entre los nenúfares. El tabaco afecta negativamente al intestino de los peces de colores. Fumar es mortal para usted mismo, para sus familiares, para sus amigos y para sus bañistas silenciosos. El cortejo se aparta, con Mieneke Kalckbrander a la cabeza. Amoldándose al lento caminar de su líder, se dirige a la zona de césped donde está zanganeando Wolff junto a otros clientes. No quiero mirar. En momentos como este todo lo que veo aun sin mirarlo se transforma de súbito en un azul neblinoso, un azul celeste, un azul lumínico, fluorescente, traslúcido, que desluce los colores reales de los objetos. Ocurre desde que me pasó, me sucedió, me sobrevino aquello. Unas

veces dura varios días y hasta duermo en azul, otras recupero la visión a las pocas horas o incluso al rato. En este mismo instante mis congéneres se me antojan espectros azulosos esparcidos por la hierba azul cuyos ropajes, rostros y cabellos reverberan la luz azulada del sol. Aquella caída o lo que fuera debió de dañar y trastocar mi capacidad de discriminación cromática hasta tal punto que no resulta descabellado pensar, me lo repito una y otra vez, que la línea amarilla que iba a haberme conducido al mundo libre tenía en realidad otro color distinto. Si no, ¿cómo pude equivocarme tan estrepitosamente? Por lo visto llevaba ya un tiempo aquí cuando me acordé de lo que había sucedido o mejor dicho de lo que me había sobrevenido. A decir verdad, sigo sin saber desde cuándo estoy en este lugar. No es que el recuerdo me viniera a la memoria de un momento para otro, al fin y al cabo, por entonces aún tenía la cabeza en modo *tohu va-bohu*, caos y confusión, más bien fue emergiendo poco a poco de las simas abisales en respuesta a mi pregunta de a qué podía deberse el dolor constante y punzante como de sierra circular que martirizaba mi espalda del atlas al coxis. Una caída infortunada, decían las personas cuidadoras y supuestamente sanadoras que se congregaban en torno al lecho donde yo yacía petrificado, incapaz de incorporarme y mucho menos de levantarme. Al verme ahí sumido en silencio, con los ojos cerrados y completamente inmóvil —el menor movimiento era como un bayonetazo— ni tan siquiera se dirigieron a mí, sino que hablaron entre ellos. Seguramente cayó de espaldas, los de la ambulancia se lo encontraron en el suelo con un agujero en la cabeza, en medio de un charco de sangre, junto a una riada de alcohol y una botella rota. Al principio no me acordé de nada, salvo de esa botella, y de cómo se había hecho añicos en las losetas del pasillo. Con respecto al cómo: imagino que se me escurrió de entre los dedos y que acabó en el suelo, este es el cómo explicable, pero lo que me interesa es el cómo insólito y hasta milagroso, el de la rotura propiamente dicha. Había sacado la botella del congelador porque me gustan los líquidos helados que se deslizan por la garganta en estado ligeramente gelatinoso. Cayó a mis pies con un golpe delicado similar a un acento sonoro en una obra sinfónica y se rompió no en pedazos ordinarios sino en dos mitades exactamente iguales respetando con dignidad y distinción la costura desde la boca hasta la base. Una de las partes tenía el vientre hueco como un bote de remos vuelto hacia arriba y de sus entrañas salía un reguero del noble néctar, en la otra, de espalda redondeada, la etiqueta hacía las veces de recatado vestido. Este recuerdo tan nítido siempre ha estado presente en mis vigilias y en mis sueños. Todo lo demás lo recuperé después granito a granito. Azul. Efectivamente, caí de espaldas, con la cabeza dando un mazazo en el enlosado. En ese preciso instante, algo se movió en mi cráneo y un estridente silbido

me recorrió la cabeza como un hilo sin fin. Las losetas del pasillo de mi casa, de un rojo alternado con otro rojo distinto, de aspecto cálido al estar recién fregadas, como solía ser el caso en tiempos, y bañadas por la luz del sol, al igual que las blancas paredes, de pronto se volvieron azules y frías, y sucedió lo mismo con las paredes, con la escalera, con el techo y la lámpara que me regaba con su luz azul mientras yo la miraba fijamente tumbado en un túnel de idéntico color. Los tipos de la ambulancia también eran azules. Aquí vienen los pitufos, recuerdo que les dije haciéndome el gracioso. Usted sí que se ha puesto morado de alcohol, señor. No se mueva. Vamos a subirlo a la camilla y lo llevamos al hospital. Ni hablar. Me opuse con todas mis fuerzas repartiendo tortazos, patadas, rugidos y palabrotas para que me quitaran de encima sus asquerosas manazas. Por entonces aún era capaz de mantenerme en pie, de caminar, de luchar y de forcejear, pero ellos eran tres y me llevaban ventaja. Me noté algo así como un chorro de la cabeza a la nuca, el suelo se manchó de salpicaduras azules procedentes de mi ilustre sangre y pese a los mantos sedativos gruesos como almohadones tejidos por mi borrachera —me parece que aquel día ya iba por la tercera botella—, supe que algo fallaba en mi espalda. Pequeños pinchazos que más tarde, una vez recobrada la sobriedad en aquella cama de hospital, se manifestaron como cuchillazos, navajazos y machetazos. Fue entonces cuando empecé a asimilar con calmosa quietud los acontecimientos y las consecuencias que de ellos se derivaban. La repentina y reiterada percepción en azul de personas, objetos y el entorno en su conjunto debe de estar relacionada con aquella caída y su impacto sobre mi cabeza y mis cervicales, antes solo veía azul donde lo había realmente, azul de Delft, azul de Sajonia, azul de Prusia, azul báltico, celeste, lapislázuli, ágata, cerúleo, pastel, índigo, cobalto, aguamarina, ultramar, a mí no me tienen que contar qué es el azul, además sé perfectamente que la hierba y los árboles son verdes y que las flores de los *dorodendros* son púrpuras. ¿Y las abejas? Son amarillas y negras, de eso no cabe duda. Hay dos ejemplares en la gravilla junto a la menudencia en el suelo, a la luz del sol azulado. Si bien la distancia y el reducido tamaño de las abejas me impiden distinguir con claridad los tonos de su abdomen, me atrevería a declarar bajo juramento, Señoría, que este presenta rayas celestes y marinas, sin que exista un límite definido entre unas y otras, ya que ambas tonalidades se funden. Las abejas son animales azules. Allí están, frente a frente, a uno y otro lado de algo que continúa llamando mi atención, aunque no comprendo ni tampoco me pregunto por qué me intriga tanto. Aparentemente atrae a las abejas, lo tientan por ambos flancos. Sí que parece moverse, incluso creo ver que da un salto y vuelve a posarse, tres o cuatro veces seguidas, pequeños brincos gracias a los cuales se eleva por encima de los

zampullines mieleros azules en un intento por aterrizar un poco más adelante. Tras una última levitación se abalanza sobre una de sus acosadoras hasta donde yo puedo comprobar sin ánimo ofensivo ni defensivo sino más bien por accidente debido a un defecto mecánico. Recibir el impacto desde una altura nada desdeñable de semejante objeto o cuerpo de mayores dimensiones que el suyo propio no es ninguna broma. La abeja bombardeada emprende la huida con su compañera pisándole los talones en un torbellino de espirales hasta que ambas se disuelven en el azul del cielo. ¿Pero qué es ese algo? ¿Lleva estampado un colorido floral que encandile a las abejas? Si sabe saltar y posiblemente moverse de otro modo, ¿por qué no se larga de una vez en lugar de exponerse a ataques ajenos y entretenerse en dar tumbos por el suelo? Estas son las cuestiones de las que se ocupa un filósofo digno de este nombre.

… corre el rumor de que sufro demencia. ¡Lo que tiene uno que oír! Fue Carola quien lanzó el bulo al mundo, lo comentó en mi presencia a alguien de fuera, un tipo hinchado de aspecto poco saludable que lo anotó en una libreta entre resoplidos y con la calva empapada en sudor. *Dementia* y otra palabra también en latín que no alcancé a comprender pese a mi formación latinista. La mole de carne representaba a algún organismo público responsable de mi particular expresión latina. Que si había que implicar a un juez para determinar si, dada mi nueva condición, yo seguía estando capacitado para atender y controlar en solitario mis asuntos. Que si se podía recurrir a alguien, un familiar, un confidente del señor Busken, en posición y disposición de administrar sus bienes y finanzas de común acuerdo con el Poder Judicial. También asistió Richard-*Rishár*, el director médico, gafas sígafas no, extremo ganchudo de una de las patillas apoyado en la comisura de la boca. Nos hemos informado al respecto, contestó. Para añadir seguidamente: Nuestro amigo Busken contrajo varios matrimonios de los cuales ninguno llegó a buen término. En la actualidad está soltero y vive solo en la casa materna. Al parecer, tiene una hija que emigró hace aproximadamente cuarenta años, tal vez a Canadá, aunque las autoridades canadienses no han podido ayudarnos, por lo que no tenemos constancia de que resida o llegara a residir allí, es decir, ignoramos dónde vive y ni tan siquiera sabemos si continúa con vida. ¿Una hija? ¿Mía? El dato me desconcierta. Que yo sepa no tengo descendientes. *Rishár* incluso le puso nombre: Helga Busken. Yo le habría puesto Hilda o Tilda o Gilda. De hecho, por entre el algodón de mi cerebro comenzó a abrirse camino un nombre de mujer acabado en -a, pero al no llevar asociado ningún retrato por somero que fuese, no me quedó claro si en algún momento de mi vida había estado presente una mujer cuyo nombre terminaba en la

primera letra del alfabeto. Está claro que al cliente Busken le falla la memoria, oí que alegaba *Rishár*, cuando yo no hacía más que fingir que no recordaba nada. Mientras tanto: No nos engañemos, es el resultado de la *Dementia*, completada por aquella otra palabra indescifrable en latín macrobiótico. Eso dijo la loquera de Carola, embutida en una blusa absolutamente etérea a través de la cual los tertulianos masculinos pudimos contemplar sus protuberancias embaladas en madera tropical y dientes de ballena. Sus manos descansaban sobre la tapa del ordenador y, en concreto, sobre la fosforescente manzana mordisqueada que hacía de tambor para sus dedos, entre ellos el meñique, que lucía un anillo con una piedra diminuta. ¿Se había retocado el pelo para la ocasión? ¿Acaso había algo entre ella y el gordinflas de la libreta, quería algo de él, albergaba alguna esperanza? Que me rocíen con latín y digan de mí lo que les parezca, pero yo miro con atención, percibo con claridad, observo, registro, me entero de todo por más que ellos crean e insistan en lo contrario. No padezco ninguna enfermedad de origen latino, lo que sufro yo es un dolor de espalda que prácticamente me impide caminar o estar de pie. Antes de que me estabularan aquí no me dolía nada, será que me ha sentado fatal la privación de libertad. Las pastillas y las inyecciones que me imponen y administran a todas horas no curan ni alivian el dolor y otras molestias, seguro que son embargos, rectifico, placebos. Me perturbó enormemente la conversación a tres bandas a la que me habían unido sobre ruedas hasta formar un cuadrilátero, aunque no me tenían en cuenta para nada, debatían sobre mi persona como si fuera un animal disecado, por no decir una loseta o un metal del cosmos liberado tras una colisión estelar. Alzhéimer, dijo la de la piedrecita de la que brotaba una centella de luz. Eso está por confirmar, la interrumpió el directivo interrumpido a su vez por la autoridad pública: Necesito saber, anunció con un golpe del bolígrafo barato en la libreta, si realmente no podemos contar con nadie del entorno inmediato del señor Busken. ¿Conque alzhéimer de propina? Eso tampoco se menciona en las cajetillas de tabaco. Sí que hay alguien que viene a verlo con cierta frecuencia, informó el gurú de las pastillas fiel a la verdad, como yo podía corroborar, un vecino, un tal Herman Skigge, otro raro y curioso. Se ponen a fumar bajo el tejadillo para los fumadores, el uno frente al otro, moviendo la cabeza en silencio, o si no, se quedan sentados inmóviles y sin articular palabra ante la ventana en el cuarto del cliente. Salta a la vista que se llevan de maravilla, pero no sé yo si Skigge es la persona más indicada para administrar con buen criterio y de común acuerdo las finanzas de Busken. Además, hace tiempo que no lo veo. ¿A qué viene eso de dejar mis finanzas en manos de otra persona? La masa dineraria de mi amada madre que en paz descanse,

menuda arpía, las toneladas de alimentos del fabricante de botones con el que celebró un matrimonio de muchas campanillas ya pasados los setenta para divorciarse de él con más campanillas aún, quieren quitármelo todo y por eso me cortan las alas declarándome demente en virtud de sus análisis, van a controlar los libros de contabilidad que yo siempre he llevado al día con sumo cuidado, me van a someter a tutela, ¿con quién creen que están tratando? Una de las patillas estaba plegada y alineada con las gafas, la otra se hallaba en posición vertical dentro del hueco del puño del director mientras el pulgar daba vueltas a los cristales. En Hollywood estas escenas precisan de *close-ups*. Seguí el reflejo en las vitrinas, nada menos que octaédricas, que ornaban el semblante de la restauradora de mentes ajenas. Pedazo de idiota. Con su fichero. Que a qué me dedicaba yo en la vida normal, había preguntado el funcionario. Ella medio extrajo una ficha de su caja de Pandora sin extraerla del todo, le echó un vistazo, volvió a colocarla en su sitio y dijo: Aquí pone que es paleogenético, fuente desconocida. Pero en este otro documento, abrió una carpeta y fijó el dedo en una hoja con sello, figura como ingeniero robótico. Lluvia de silencio, cargado de respeto y consideración. Este cuestionario lo ha cumplimentado el propio señor Busken, ¿no es así, señor Busken? Manchas solares girando como un tiovivo en lo alto del techo, unas veces hacia la izquierda y otras hacia la derecha. En cuanto el dios de la casa, o sea *Rishár*, dejaba de mover las gafas, nada se movía allí arriba. Mi madre se llamaba Magda. Se me ocurre así, de repente. El señor Busken se niega a hablar y finge no oír, declaró Carola. Otro nombre en a. Por ahora hemos de mostrarnos cautelosos y reservados con respecto a si es o no un caso de negación y fingimiento, replicó *Rishár*. Carola: Cuando lo ingresaron pude comprobar en persona que sabe utilizar su voz como nadie, por decirlo suavemente, no paraba de despotricar y de soltar tacos, por qué no preguntan a Roderik y a Karel, o a Suzan, ellos también lo oyeron. *Rishár*, mano y gafas y copos de sol de nuevo en movimiento: Estamos esperando el resultado del análisis del profesor Teurlings. Carola: Nos toma el pelo, les prometo que está fingiendo. Vamos a esperar a Teurlings, perseveró el gerifalte. Fue entonces cuando el sudoroso lacayo público que se estaba cociendo en su propia panceta resolló: El señor debe de ser un *interlectual* de esos, ya saben a qué me refiero. Tras solicitar la autorización pertinente visitamos la casa del señor Busken donde —me asaltó un electrochoque de consternación que me hizo dar un respingo, como sin duda advirtió la de enfrente, pero enseguida supe neutralizar mi reacción cambiando de nalga y moviendo los pies sobre el reposapiés— nos encontramos un caos. Aquello estaba descuidado, mugriento, deteriorado. Pilas de loza con restos de comida llenos de moho, latas vacías o semivacías de alimentos o de lo que fuera. Ropa

sucia tirada por todas partes que, con toda probabilidad, el señor Busken se seguía poniendo un día sí y otro también. Sábanas sin cambiar desde no se sabe cuándo, un cuarto de baño francamente cochambroso, olor a podrido en toda la casa, ratones y excrementos de ratón, telarañas, moscas, ceniceros a rebosar, colillas a mansalva, botellas por doquier, lo primero que hicimos fue abrir de par en par las ventanas de todas las habitaciones. Me quedé mirando a mí mismo en los cristales de las gafas con forma de octaedro de Godzilla, acabado en a, su cara, y en especial su nariz, arrugada como muestra de repugnancia. Los de la ambulancia también comentaron que aquello estaba hecho un desastre cuando fueron a buscarlo tras la caída, apuntó ella. Yo no estaba oyendo nada porque estoy sordo. Pero el funcionario siguió tejiendo su informe, una casa repleta de libros, paredes revestidas de librerías del suelo al techo, en todas o casi todas las habitaciones, montones de libros apilados en las roñosas alfombras y papeles por todas partes, hojas manuscritas repletas de texto hasta en la escalera. Todo ello nos lleva a concluir que el señor Busken es o era uno de esos *interlectuales*, ya saben a qué me refiero. De nuevo ese silencio, seguramente estarían cayendo en la cuenta de que, además de ser tres veces doctor en erudición científica, tengo en mi haber cinco doctorados *honoris causa* y me veneran en todo el mundo en mi calidad de *homo universalis*. Un guarro, sí, usted lo ha dicho. Interludio a cargo de la mismísima Psique y sus caramelos de menta. Acercó la caja primero al narrador y después a los demás asistentes entre los cuales me hallaba yo, aunque justo estaba contemplando el techo. No teníamos la cabeza para dulces ninguno de los tres ni ella tampoco. Allí se quedaron las cándidas hostias con el retrato de la reina Guillermina de los Países Bajos en relieve. Me remontan a la Génesis de mi existencia, Het huukske, la tienda de golosinas de la Kerkstraat al pie de la catedral de San Juan. Un recuerdo de hace trescientos años que ha salido a la superficie sin hipnosis ni nada, mala pécora. ¿Algo para beber?, preguntó. ¿Un vaso de agua? Está usted muy acalorado. ¿Richard, tú? Pronunció el nombre a la holandesa. A mí ni me preguntó porque yo sencillamente no estaba. Nadie quiso nada. Intuí su artillería pesada al trasluz, como los otros dos caballeros, imagino. Richard tomó la palabra: Según los datos que obran en nuestro poder trabajó una temporada en el Ministerio de Guerra, o de Defensa, como se le quiera llamar, pero de eso hace muchos años. Estamos averiguando en condición de qué. De haber podido hablar, yo habría dicho: Como estratega en el Estado Mayor, el torso ataviado con macizos de cruces y medallas y condecoraciones en honor al mérito heroico y la excelencia. Según parece, no pasó de ayudante de la sala de correo. A juzgar por la información de la que disponemos en este momento, fue su último empleo como asalariado. La autoridad

pública, por su parte, prosiguió sin interrumpir su relato: De repente advertimos la presencia de otra persona, en un primer instante pensamos que vivía en la casa. Tras preguntar, nos enteramos de que era el vecino de enfrente, debe de mantener una relación estrecha con el señor Busken puesto que tiene un juego de llaves, un tal Slikking o Stippel o algo así. Será Skigge, supuso el director. El funcionario avanzó y retrocedió por su libreta pasando las hojas rizadas de tanto transpirar. En efecto, Skigge, aquí está, H. J. A. Skigge. Mandamos comprobar los datos. La comunicación con esta persona se hace muy difícil, apenas se le entiende, es que ejem pues ejem tartamudea terriblemente y además no articula, el director asintió con la cabeza, cualquier conversación con él se eterniza y teníamos el tiempo contado. Aparte de que se mostró poco cooperativo, el director volvió a asentir con la cabeza y dijo dos veces que sí, pudimos constatar que es muy suyo y que va a lo suyo, sin lugar a dudas. De hecho, el señor Skigge se llevó buena parte de los folios manuscritos en un bolso de viaje que él mismo había traído, intenté impedirlo, pero ni corto ni perezoso el hombre me empujó contra la pared, pasó de largo y abandonó el salón. Buen trabajo, Herman, fiel y leal amigo. Ojalá el despacho estuviera equipado con un ventilador que exhalara una bocanada de frescor sobre el chorreante burócrata. Guillermina también acaba en a. Margareta. Gemma. Nelletta. Amalia. Vagina. Fuga. Ópera. Ánima. *Dementia*. ¿Una hija? ¿Yo? ¿Y qué aspecto tiene? Una vez en el pasillo, el tal Skigge colocó el bolso sobre el andador que había por ahí y salió por la puerta principal con sus bártulos como si nada, cuando se trata de efectos que forman parte del inventario, cruzó la calle en diagonal y entró en su propia casa como pudimos confirmar gracias al nombre que figura en un cartelito junto al timbre. Los tres guardaron silencio durante unos segundos en el transcurso de los cuales se oyó, al margen de la respiración entrecortada del reportero, el grito asesino de un pavo real que no había dejado de chillar en todo el tiempo posado en su paradero en la copa de un árbol. Bah, volviendo sobre esos manuscritos, son de todo punto ilegibles e ininteligibles, osó observar la mula psiquiátrica, un abracadabra pata de cabra. Nueve aes. Veintidós letras. Claro que tú no entiendes nada, con tu cerebro plagado de agujeros azules y tu *seudopsicomecánica* de jabón líquido, pero que sepas que mi obra se estudia en la Academia de Ciencias y que ha sido objeto de numerosos galardones y nominaciones. El hombre escribe sobre rollos de papel de oficina que no quiere nadie, palabras inventadas, a veces invertidas, letras inexistentes, álgebra al estilo del egipcio de la era de las pirámides o sinuosos signos árabes, sin puntos ni comas, algún pentagrama con notas musicales o algo que se le parece, cuadrículas de cuadraditos pintados de negro como en los crucigramas, o de rojo o

verde, fruslerías multicolores, no hay quien se aclare con semejante nudo gordiano. Si eso es lo que piensas hazte un nudo gordiano y cuélgate. El pavo real me daba la razón. Le tranquiliza, argumentó el maestro extractor de la piedra de la locura. Ella: Esquizofrenia manifiesta. Él: Primero tiene que deshabituarse y desestresarse y después nos pronunciaremos. Ya me había percatado yo de que husmean en mis papeles, no soy imbécil, aunque ellos parten de otra premisa, probablemente la contraria. Cada vez que Herman viene a verme le entrego fragmentos ya definitivos de mis manuscritos que él se asegura de guardar bajo llave. El control se pasa al entrar, no al salir. La primera vez le confiscaron dos botellas, una de vodka y otra de ginebra. El rinoceronte salpicado de gotas de transpiración que no había tenido ningún reparo en allanar mi morada resopló: Me pregunto si H. J. A. Skigge podría ser la persona indicada para velar cuando menos de momento por los intereses del señor Busken, un confidente y amigo íntimo que pueda y quiera hacerse cargo de los asuntos del afectado durante el tiempo que dure el tratamiento tal y como lo haría él mismo y con su presunto beneplácito. Richard se puso las gafas, juntó las yemas de ambos dedos índice, abrió la boca y justo cuando iba a decir algo Psique se le adelantó. Por lo que veo, ese tal Skigge también tiene todas las papeletas para que se le ingrese, cacareó tamborileando con las uñas sobre la manzana al altísono. Rectifico: unísono. Siempre he sido un ejemplo de calma y madurez, siempre he hablado con propiedad, pero aquel día en mis entrañas cerebrales anegadas por los nervios, las palabras y otras certezas revoloteaban alegremente como espaguetis. Quiero decir: confeti. Skigge no es opción, sentenció el gran jefe con un gesto de desaprobación antes de volver a quitarse las gafas y guardárselas en el bolsillo de la chaqueta. Ahora bien, debemos medir nuestros juicios y nuestras conclusiones, Carola. ¿Era eso una reprimenda? ¿En mi presencia por mucho que los tres actuaban como si yo no estuviera? Craso error. Mi fiel compañero Herman y yo no necesitábamos derrochar palabras para entendernos, al Rey del Tartamudeo le confiaría sin reservas lo que fuese, con la salvedad de que seguía sin aclararme por qué habría de confiarle a nadie lo que yo mismo puedo controlar perfectamente, con lo ordenado que soy, además de hiperculto y superdotado. Con el sudor de su frente, el funcionario emitió el veredicto final: Si el señor Busken no está capacitado para administrar sus bienes y no hay otra persona que pueda hacerlo en su lugar, según confirman ustedes, será el juez de paz quien decida sobre ellos. Me fijé en el pavo real: pasó volando por delante de la ventana. Ya estaba todo dicho, sin consultarme a mí, así como así, sin más ni más, como si yo hubiera perdido la cabeza porque ellos lo habían maquinado y tramado de esa manera en sus ordenadores con carcasa

de manzana, pandilla de zumbados. Enviaré un escrito a dos o tres instancias ministeriales, tengo muchos contactos. Es probable que el juez de paz designe a un abogado y que sea este quien adopte las decisiones prácticas, evidentemente previa consulta al señor Busken, y con eso me refiero a quién hace qué, cómo, etcétera, siempre y cuando se determine que él mismo no está capacitado para ocuparse de sus asuntos. Richard volvió a decir dos veces que sí. Los tres me miraron sin ver que mis humores rebosaban furia, indignación, impotencia, humillación. Si solo hablara, suspiró el de la libreta antes de guardarla en un bolsito afeminado que colgaba del respaldo de la silla en la que estaba sentado. Además, parece que no oye y que no se entera de nada. El señor Busken es un Demóstenes, créame, en el habla y en el oído no le pasa absolutamente nada, insistió la cabrona pechugona. Al tiempo que articulaba esas palabras me miró, yo le respondí con la misma mirada, rostro de hierro fundido, ojos fijos, si no fuera porque estaba atado de los hombros a los pies, me habría levantado para mandarlos a ella y a su payaso parlanchín de paseo por la ventana desde el mismísimo segundo piso. En el garito de la mecánica de la mente la ventana se podía abrir sin problema y, de hecho, estaba entornada. A seguir coqueteando en la puñetera calle. Entre soplidos y resoplidos él agregó: Mientras tanto, hemos considerado que es lícito y necesario cambiar la cerradura de la puerta de la casa del señor Busken. Había un trasiego continuo de gente entrando y saliendo, imposible de controlar, comprobamos que ya no cuadraban los inventarios, faltaban cada vez más objetos, no solo libros sino también los armarios y las estanterías donde estos se almacenaban sin orden ni concierto, una lámpara de lectura, un fax clasificado como antigüedad, un televisor que, en cualquier caso, ya no funcionaba. El tal Schips, Skigge, le corrigió el director, se acercaba por la noche con una bicicleta de reparto y refuerzos, supuestamente un grupo de amiguetes del bar de la plaza, por lo que contaron los vecinos eran mudanzas en toda regla. Pues eso. ¡Viva, Herman! Los compinches de mi compinche son mis compinches, aunque yo no solía frecuentar ese antro con nombre de abuela. Prefiero beber en casa. La cólera me traspasó como una flecha, desde el bajo vientre a través de los muslos hasta las rodillas y de ahí por las espinillas y las pantorrillas a los zapatos confinados. Mis amagos de patada, más no me podía permitir, resonaron en el reposapiés de la silla de ruedas. Ya lo dije yo, manifestó la tragapsiques casi a gritos, con la tapa del ordenador de nuevo levantada y la luminosa manzana mirándome a la cara. ¡Fíjense en esa reacción! Pataleando de ira, con la cabeza roja, las manos temblorosas apretando los puños, el cuerpo agarrotado por la rabia, ¿lo ven? Se ha enterado de todo y está furioso por lo que ha oído y comprendido a la perfección. El tecleo de siempre. Carola, Carola,

para un poco. Intento del capitán por calmarla. El del bolsito colgado del hombro, correa larga, artilugio de cuero con hebilla decorativa sobre la barriga, tipo coqueto, pero demasiado gordo, se había puesto de pie y su voz se impuso sobre todo lo demás: En ese caso, por mi parte no hay nada más que hablar. Lo único que hace falta es que el señor Busken firme estos documentos para que yo luego pueda someterlos a mi unidad de servicio y al juez de paz, anunció con un golpecito de las húmedas puntas de los dedos índice y corazón en los folios que llevaban toda la tarde ahí encima de la mesa. ¿Me presta un momento su bolígrafo, señora? Más que nada para no tener que volver a abrir el bolso. La tragamentes echó los hombros hacia atrás sacando pecho de su armadura pectoral y contestó con un tono de voz muy distinto y la boca plegada en una curva de dulzura que entraba en conflicto bélico con la expresión de sus ojos: Claro que sí. Con grotesca gallardía tendió el bolígrafo al chupatintas soso y seco, inundándose sus gafas de migajas de luz, y de pronto descubrí que uno de los cristales estaba rayado. Sudando la gota gorda, el funcionario me ofreció el instrumento al tiempo que acercaba los papeles hacia la orilla de la mesa hasta situarlos justo debajo de mis narices, pero yo seguí mirando como miraba, por la ventana, donde no se veía más que azul. Apretando los labios y empujando los dedos entrelazados sobre el diafragma con toda la fuerza de mis brazos, dejé que mi ira estallara desde el tenso bajo vientre hasta lo más hondo, donde se ubican los aliviaderos del cuerpo, mientras en mi cabeza la escena se amenizaba con un vendaval de terrones de tierra. La ira se abrió paso por entre mis piernas y perneras transformada en chorro caliente. Pedazos de barro vaporoso en mi pañal de viejo. Entre gritos de asco la hidra se tapó la nariz con un pañuelo de papel. La piedrecita del anillo girada hacia abajo y el meñique doblado hacia la palma de la mano junto a los otros dedos. Esos detalles no se me escapan.

… creo que he echado una cabezada con los ojos abiertos, últimamente me ocurre con cierta frecuencia. Mientras dormito sin dejar de mirar al frente, los objetos pierden poco a poco su velo azul y se desvanecen en una maraña de pensamientos de la que yo me abstraigo, me sumerjo en un duermevela sembrado de destellos, como diapositivas que se suceden a una velocidad de vértigo. De pronto se oye un chapoteo, emerjo de las aguas sacudiendo mi ondulante cabellera y nado en círculos con la agilidad que me caracterizaba en tiempos ya lejanos. De un momento a otro, el agua se fragmenta en fracciones de tenebrosidad por entre las cuales me deslizo corriendo. Soy un jovenzuelo en un cuerpo ardoroso, mis bravos brazos se imponen al peor de los rompientes, mis piernas rezuman ligereza y celeridad y vibrante potencia, mis pies sobrevuelan el pavimento. Al

nadar y al correr me vuelvo ingrávido, mis pulmones se hinchan de aliento, como antaño, y planeo. Dormitando mientras no dormito, o viceversa, la luz se transforma en sinluz en cuestión de nanosegundos, turnándose una y otra vez, blanco impuro, negro sin llegar a oscuro, luz que no brilla, oscuridad que no anochece, y yo en medio, corriendo a nado y nadando a todo correr. ¿Duerme usted bien, señor Busken? ¿Sueña? ¿Con qué suele soñar? Hasta donde yo sé solo sé que no lo sé. Quiero decir… Del crepúsculo de diapositivas en revolucionaria efervescencia, donde hay veces que reconozco en la presteza del momento un retrato, un paisaje, una habitación, van cayendo letras, impresas como en un libro y también manuscritas, sin que yo sea siempre el autor o pueda leerlas, procedentes de todos los alfabetos, desde los asirios o incluso anteriores, de todas las lenguas que jamás hayan tenido o sigan teniendo reflejo escrito. No sé. Las letras aterrizan a mis pies en un arenal o en una senda boscosa o en el suelo de una estancia a la que he ido a dar en mi duermevela, pero también en el tablero de la mesa, que de pronto se extiende a la altura de mi pecho debajo de mis manos sobre mis gélidos pies hasta más allá de los muros de la casa. Aunque desaparecen enseguida, me da tiempo a comprobar que muchas forman palabras o sílabas en neerlandés o en otra lengua que domino o no, y algunas veces, hasta componen una frase completa, si bien el mensaje que transmiten no responde a ninguna gramática conocida y resulta inaccesible para cualquier habitante de la Tierra. Lo voy anotando todo. Pero se me parte el lápiz, y cuando por fin consigo sacar punta a ambos pedazos, estos también se rompen desmigajándose sobre mis anotaciones, o se me raja el bolígrafo y comienza a escupir, de buenas a primeras, proyectiles de tinta. Sin pensarlo ni dudarlo las limpio con el canto de la mano y acabo manchando lo escrito de órbitas de cometas en caída libre. A fuerza de apuntar y dibujarlo todo, monigotes de pie o tumbados en marcos rectangulares, pájaros, otros animales, ondas, tornillos, nubes, además de palabras, letras sueltas y combinadas, estoy confeccionando un manuscrito místico y altamente secreto que solo yo estoy autorizado a redactar, en mi calidad de elegido. En casa se inundaba no pocas veces de vodka o de ginebra, fragmentos enteros bañándose en lágrimas o, peor aún, tornándose invisibles, como engullidos por arenas movedizas o aplastados contra la tierra del bosque por unos corredores descuidados. Mis manos se mueven con tal inseguridad que el nuevo Pentateuco creado por mí a partir del dictado ajeno agrieta y arruga las sagradas escrituras de la Torá. Cuando en la oficina renunciaron a los faxes y me dieron permiso para que me llevara uno, el aparato dejó de funcionar al poco tiempo, pero afortunadamente me quedaban los rollos de papel que, de haber seguido funcionando el fax, habrían salido de él desenrollándose cual

lenguas blancas. Empecé a utilizarlos para escribir mis informes, comentando y explicando en el rollo siguiente lo que no había quedado claro en el anterior, tapizando la casa de principio a fin con retales y retazos de papel, en definitiva, desarrollando una obra de intergaláctica importancia universal. Como para explicárselo a esa trampera que se cree experta en Psíquica, sea lo que quiera que sea eso. ¿Oficina? ¿Yo? A pesar de tener una memoria lúcida como la luz del mediodía, el sigiloso progreso de la ancianidad le pone coto. Damas y caballeros, cuando casualmente me viene a la cabeza la palabra «oficina», pecio de la siempre pérfida memoria como otros tantos pensamientos errantes desencaminados y descarriados, no recuerdo una oficina concreta donde haya podido desperdiciar horas, días, meses, nunca más de medio año, semana arriba semana abajo, sino diversas paradas laborales fusionadas en un único espacio y múltiples actos de presencia amalgamados en una argamasa de aburrimiento y malgastada energía mental. ¿Oficina con fax? En cualquier oficina solía haber uno, o varios, vomitando todos a la par muchos metros de papel entre pitidos y zumbidos. Al salir del trabajo, cuando ya no quedaba nadie y el papel había cumplido la función para la que había sido regurgitado, yo lo recogía del suelo o de las papeleras y me lo llevaba para plasmar en el inmaculado reverso mis circunvoluciones científicas, filosóficas y artísticas. ¿Tú? Si tú no sirves para nada ni sabes hacer nada, aunque te crees muy importante cuando lo único que se te da bien es comerte los mocos y hacerte pajas. El mantra de mi madre. Igual que el lelo de tu padre el muy cabrón más intranscendente que el pedo de una mosca. Según parece, él la dejó poco antes de nacer yo y partió a otro continente sin volver a dar noticias del tipo que fuera. No he conseguido averiguar más sobre este gentilhombre, nunca he visto ni tan siquiera en una foto de carné a la persona a cuyas entrañas supuestamente debo mi fecundación, aunque creo —y en realidad incluso sé— que no fui fecundado, sino que llegué al mundo por vía metafísica y mitológica sin que aquella madre fuese mi madre por mucho que porte su nombre, en el fondo no la conocí hasta que pasó a ser una troglodita desdentada, calvorota a excepción de cuatro pelos grisáceos y greñudos plantados en un cráneo entreverado de arrugas y manchas, postrada en su pestilente cama de paralítica integral, siempre gritando y reclamando, que te follen, suripanta. El cliente vivió en la casa con su madre, la mujer se casó con un empresario o fabricante multimillonario que luego la abandonó, informó Richard. Él la atendió como pudo, dejémoslo en eso, pero cuando el médico fue a acreditar el fallecimiento se encontró con que la difunta estaba totalmente descuidada. Pues eso. Pues eso, repitió Carola. Pues eso, volvió a decir Richard. El goteador gordinflón de la libreta: No es de extrañar, con el

caos que había en esa casa. ¿Están seguros de que el señor Busken no entiende nada de lo que estamos hablando aquí y de que no es capaz de responder si yo le hago una pregunta personal? Richard se abstuvo de contestar, Carola abrió las aletas de su nariz de par en par y aspiró aire con gesto ostentativo mientras me espiaba. Como buen observador apreció la inapreciable rayita en el extremísimo extremo inferior de la lente izquierda de sus gafas varifocales cuando es probable que ella misma desconociera la existencia del desperfecto. A qué se debía esa rayita, cómo se rayan las lentes de las gafas, me tomé el tiempo necesario para meditar largamente posibles causas y motivos. Yo soy un pensador por naturaleza, tengo fama de filósofo. Pero ¡cómo va a ser ese hombre un intelectual!, había exclamado con desdén la *psiquifriqui* nada más oír la palabra o mejor dicho el barbarismo en boca del funcionario, reduciéndome a algo que ni tan siquiera había que denominar con respeto. Bah, espetó de nuevo. Estamos hablando del cliente Busken», Carola, la reprendió Richard. Ya lo sé, lo siento, pero ni te imaginas cómo se puso, me habló en un tono, de verdad, y míralo ahora, ahí sentado, con la mirada perdida, menudo intelectual, me pregunto si sabe contar hasta tres. A que a esa madre de todas las vacas le escribo de memoria en una tira de papel de dieciséis metros el último número primo, el quincuagésimo, compuesto por veintitrés millones trescientas cincuenta mil cuatrocientas y pico cifras según el método de Marin Mersenne. Venga, pásame ese bolígrafo. Mersenne era un monje francés del siglo diecisiete, vaca ignorante con tu rayita y tus carpetas y tu irritante xilófono. Me refiero a los cientos y cientos de libros que hallamos en su casa, puntualizó el representante del Estado. Y que conste que me los estudié todos, repito, todos, alma cándida. A eso debo mi erudición y mi saber infinito, aumentados y ampliados para beneficio de la humanidad con nuevos conocimientos en forma de publicaciones propias, mis obras han llegado a suscitar el interés de las altas esferas próximas al Comité del Premio Nobel, conservo la correspondencia. ¿De dónde ha sacado semejante biblioteca si malvive con una pensión de nada y algún dinerito extra de vez en cuando?, se preguntaron los tres. Yo podría darles la respuesta. Pues eso, y quedaron en silencio, a ellos qué les importa, no contesto y punto. El que se produzca una rayita en una lente puede ser consecuencia de un cambio de temperatura. Ocurre al salir de un ambiente caldeado y entrar en otro mucho más fresco, por ejemplo, al pasar de un sótano helador a un sol de justicia o viceversa. Lo leí en algún sitio. Ella duerme con las gafas puestas en un sótano helador como indican la frialdad de su ser y el resplandor de la pantalla del *laptop* en su rostro, y las lentes no soportan el cambio brusco a unos fogones muy calientes. Fundamentos de física. *If I were a rich man Ya ba dibba dibba dibba dibba dibba dibba*

dum. Los libros estaban en el castillo del magnate de los botones, los habían dejado allí los propietarios anteriores, que ya no los querían. El botonero se casó con mi madre y se divorció de ella tan pronto como empezaron a manifestarse las primeras taras y defectos, para deleite de la prensa amarilla y los programas de televisión orientados a la plebe imbécil, el revuelo fue inmediato, que si era una vergüenza, que si era un escándalo. La lectura no le atraía para nada, no había leído un solo libro en toda su vida y no pensaba cambiar de hábito, como acostumbraba a afirmar con orgullo. Quería que me dirigiera a él como tío Hector, a lo que evidentemente me negué de plano. Era amigo de aquel conde de Tres al Cuarto de Aquí y de Más Allá que organizó la *garden party* protagonizada por los gobios dorados, experiencia inolvidable donde las haya, entre otras razones porque desde entonces me cuento entre los allegados más íntimos de la Casa Real. Cuando me pongo a pensar debo permanecer concentrado para no mezclarlo todo desde el germen hasta la germinación. Ahora que lo pienso, el célebre autor de la pipa y de *La cama de piedra* luego me llamó por teléfono con una propuesta muy sugerente, me invitó a entrar en su club gastronómico y a asistir a los encuentros semanales en restaurantes de élite. Desgraciadamente, me vi en la obligación de declinar la oferta, muy a pesar mío y también suyo, dado que paso mucho tiempo fuera en expediciones de investigación y congresos científicos tanto nacionales como internacionales, en realidad en cualquier parte del mundo, a menudo como ponente principal. ¿Oficinista yo? Trabajé en la sede de la botonería de Hector, en el departamento de ventas creo recordar, mi presencia no suponía una carga para nadie, me dejaban tranquilo en mi hermoso escritorio en el jardín de la oficina donde me dedicaba a leer y a pensar, o simplemente me quedaba en casa. Allí lo aprendí todo sobre los botones, aunque el negocio flaqueaba por culpa de las cremalleras, el velcro y otros mecanismos de cierre. Tras mi propio divorcio de una persona de cuyo nombre no me acuerdo ahora mismo, aunque sí sé positivamente que acaba en a, fui a vivir a casa de mi madre que por entonces residía en el Shangri-La de Hector. Gargantillas de coral rojo como la sangre. Té de jengibre en tazas de frágil porcelana, meñique en ristre, cuando poco antes trabajaba en cadena en una fábrica de regaliz y esto y lo otro y aquello. Debo centrarme en una única vía de circulación en lugar de subir y bajar en mi cabeza escaleras secundarias, como las que aparecen en las láminas de M.C. Escher, Maurits Cornelis, donde las construcciones escalonadas conducen al espectador hacia arriba a la vez que hacia abajo. Aquello da vértigo y genera confusión y hace que uno se extravíe tanto que acaba perdiendo el norte. Las personas en silla de ruedas que padecen alzhéimer además de demencia ya no pueden pensar en línea recta si

es que todavía piensan algo, yo en cambio solo sufro algún que otro despiste y no siempre percibo, entiendo y recuerdo las cosas con la misma nitidez que antes, lo cual es algo muy distinto, y no solo eso, resulta incluso comprensible a la vista de mi edad avanzada y mis problemas de visión y de digestión. Lo que más se me olvida son los nombres y los días. A veces, iba a ver a mi madre y a Hector y aunque esas visitas no eran de mi agrado al menos disfrutaba de aquel espacio libresco que ya nadie pisaba, con el viejo polvo asaltándome los bronquios y dificultándome la respiración más de lo habitual. Me sigue faltando el aire, pero por lo visto no tiene nada que ver con los pulmones, me han hecho pruebas para descartar el «cancán» como lo llaman aquí para obviar a toda costa la palabra negra cáncer, el motivo de esa decisión pertenece a los compartimentos de la no comprensión puesto que para todo existe una palabra que expresa lo que significa, y cambiar, escamotear o evitar palabras existentes enturbia la lengua y el pensamiento, algo a lo que me opongo radicalmente como pensador y concienzudo usuario lingüístico. La bruja de mi madre: Qué se te ha perdido entre esos libros si no tienes ni dos dedos de frente, no terminaste tus estudios porque te echaron de todas partes, tu cabeza de chorlito no se quedaba con nada y te pasabas el día absorto en ti mismo mirando por la ventana al cielo y encima eras tan impertinente que nadie quería saber de ti. Es cierto que durante mucho tiempo mis talentos y mi extraordinaria inteligencia fueron infravalorados, una falta de reconocimiento que acepté con resignación y humildad. Trabajar tampoco, claro, cuántas veces has cambiado de jefe igual que tu padre vago como tú solo y con unas ínfulas de mierda y ahora a leer, qué te has creído si no te quieren en ningún lado porque no sabes hacer nada y pasas de todo y va el tío Hector y te da otra oportunidad magnífica en su empresa, pero tú prefieres tirarte el día en la cama mirando a las musarañas. También es cierto, me tomaba y me sigo tomando el tiempo y la calma necesarios para impulsar la maduración de mi mente. El señor Busken vive en un mundo paralelo propio y por ahora no hemos logrado adentrarnos en él, pero el doctor Teurlings nos presentará en breve los resultados de su estudio. Me parece perfecto, en cualquier caso, si no les importa, quisiera cerrar mi informe hoy mismo, porfiaba el funcionario, limpiándose el sudor del rostro con la manga de la chaqueta, aunque tenía a su disposición la caja de pañuelos de papel que le había acercado Carola. Está usted muy acalorado, dijo ella en tono compasivo. La rayita continuaba en su sitio. Pretendían controlarme poniéndome bajo tutela judicial, pero yo me negué a dar mi consentimiento, aparte de que mis manos de demente temblaban demasiado como para andar estampando firmas en formularios, lo que de todos modos no entraba en mis planes, además dio la casualidad de

que de pronto me olvidé de mi propio nombre, aunque aparece impreso en la puerta de mi morada de cliente y en el gran número de libros que he ido editando, por no hablar de mis cuadros y mis composiciones musicales tales como sonatas elegíacas dedicadas a Beatrice, y también se cita con sumo respeto en un sinfín de publicaciones ajenas. En los recuadros de los papeles del funcionario público donde yo rehusaba poner mi firma, en contraste con tantos y tantos días pasados cuando los admiradores acudían a verme a las librerías formando largas colas que llegaban hasta la acera para que a petición suya caligrafiara mi nombre en la creación de turno recién salida de la imprenta, la psiquiátrica imprimía su sello, rojo, alargado, con forma de rectángulo. El directivo procedió a sobrescribir el rojo con su nombre, ayudándose de la pluma que extrajo del bolsillo interior izquierdo de la chaqueta, color verde jaspeado, tinta negra, a quién se le ocurre usar una pluma estilográfica a estas alturas, la mayúscula R dibujada a base de arrogantes volutas y completada con un enrejado de sombras horizontales de las cuales sobresalían algunos trazos ascendentes y otros descendentes, ilegible como aparentemente se espera de cualquier firma, debajo de ella una raya a la izquierda y otra a la derecha. No hay detalle que a mí se me escape. Todo es igual de importante, aunque mirándolo de otra manera nada significa nada. Una observación que expongo en uno de mis tratados filosóficos y que no hace mucho saqué a colación en el consejo internacional de sabios reunido en Heidelberg, donde me invitaron a pronunciar una conferencia. Mi suerte está echada, refrendada y perennizada, mi holgura vital cercenada por unos fantoches desconocidos que se creen con poderes para actuar en mi nombre. El funcionario: Según ha podido averiguar mi departamento, el dinero proviene del matrimonio que contrajo la madre antes de enfermar, el señor Busken no tiene ingresos. Al apretar el sello con ímpetu sobre el tampón de tinta y después sobre los formularios, las gafas de Carola se deslizaron hacia abajo por el hueso de la nariz, un centímetro y luego otro, lo que me llevó a considerar que quizá la rayita pudiese ser consecuencia de un movimiento vehemente en que las gafas se hubieran desprendido de la cara con tan mala suerte que los cristales hubiesen entrado en contacto con una superficie ni blanda ni elástica, por ejemplo, la caja de teclas o la piedrecita en el meñique. Todas las opciones deben y merecen ser contempladas si el objetivo perseguido consiste en comprender las causas y los motivos de los acontecimientos y poder explicar racionalmente sus efectos, de ser posible con anticipación. Lo importante es seguir razonando y seguir haciendo preguntas, estimados y apreciados colegas, en primer lugar, con respecto a la existencia de uno mismo, he aquí el *quid* de todo, gracias por su benévola atención. Salva de embriagadores aplausos. Cuán equivocado

estaba el de la cabeza recalentada y exudada a propósito de mis ingresos. ¿Que yo no tenga ingresos? Me muero de la risa. ¿Y los honorarios obtenidos por mis libros y otras actividades artísticas o por mis innumerables charlas e intervenciones en televisión como interlocutor altamente cotizado en tertulias varias? Sin olvidar las dietas por mi presencia en el parlamento. Pero ¡cómo te van a interesar los libros! El menosprecio en la voz de Hector. ¡¿Libros?! Quería transformar la *libroteca* en una sala de billar para echar una partida con su amigo el conde y el gobernador de la provincia y el alcalde y el obispo y el príncipe Claus de los Países Bajos. A mí no me invitó jamás, a pesar de que en la repisa de la chimenea de casa se exhiben los trofeos que yo gané de joven en los campeonatos de billar. La esposa de Hector, o sea, mi madre, tampoco estaba invitada. ¿Los quieres?, preguntó Hector. Me lo estaba preguntando a mí, aquello alcanzaba mis oídos como en un sueño, por entonces aún no estaba sordo. Todos esos libros repletos de literatura y de historia y de ciencia y de no sé qué más, que si los quería yo. Fui incapaz de contestar debido a la tromba de esputo que de súbito obstruyó el tránsito hacia mi esófago, por utilizar algunas de las palabras latinas y griegas que figuran en esas obras, pero al tío Hector sin duda le bastó con observar mi rostro rebosante de exultación para conocer la respuesta. Escúchame bien, poltrón, no te estoy pidiendo que elijas, si los quieres te los llevas todos y me quitas esta porquería de encima, hasta la última estantería, si no los quieres llamo a un chamarilero. Mi madre desde la fábrica de regaliz: A qué viene tanto libro por no saber no sabes ni enviar un sobre, no tienes la más mínima formación, una expulsión tras otra los mejores internados y nosotros dejándonos la piel por ti. Se refería a ella misma y al amante de Java que vivía en nuestra casa cuando no flotaba en un barco por el océano. Se trata de una fase muy temprana en la vida de quien aquí les dirige la palabra, estimados oyentes, mucho antes de que Hector apareciera en escena. Aquel *pelopor* indonesio se llamaba Suwarsi Pudjojono, me acuerdo perfectamente, aunque con este dolor de espalda a veces me cuesta retener los nombres. Pero un nombre como el del entonces amante de mi madre se adhiere a uno sorbiendo y succionando como un pólipo. Tenía que llamarlo tío, cómo no, para hablar con él y también de él. Nunca le hablé. Ni él a mí. Él dentro, yo fuera. Primero en los internados con los *dorodendros* y cuando allí ya no me admitían él y ella me obligaron a ir a vivir con la tía Marie, una tía de verdad, hermana de mi madre, no un familiar ficticio como esa mole morena o más tarde con Hector. ¿Dejándose la piel por mí? ¿Ellos? ¿La tipa de cuyo útero me? ¡Que se los lleve!, gritó Hector. Estoy deseando deshacerme de esos trastos. Llévatelo todo, chaval, sí, el fax también. Así tienes para leer y para faxear, no es necesario que vuelvas por la

oficina. Mi madre y su voz, derivando al registro más alto: Dónde piensas dejar toda esa bazofia. Ya verás la cantidad de polvo que sale de esos libros, lo justo para que te cueste todavía más respirar y para colmo estás de nuevo en la calle sin un empleo en condiciones Hector, por amor de Dios, déjale fregar los suelos si hace falta. Los llevaré a casa, dije. ¿A qué casa te refieres? No a la mía, espero. Yo vivo allí ahora, repliqué impasible. Tú resides cual viuda de noble linaje en este palacio de los botones y yo vivo en tu chamizo. La furgoneta de Herman. Metimos todos los libros y todas las tablas y paneles de roble en la furgoneta de Herman, él y yo y algunos camaradas suyos del antro con nombre de abuela, compinches nombrados por el sudante andante de los formularios y el bolsito. El vecindario al completo fisgoneando por detrás de los visillos. ¿Adónde va ese Busken con tantos libros? Pues a fecha de hoy el señor Busken los ha escudriñado todos. También había material impreso con, ejem, fotografías eróticas, observó el transpirador gordinflón de cabeza chorreante. Sin duda se refería a las obras con ilustraciones anatómicas pertenecientes a la sección de medicina y ciencia de la librería que se encuentra en mi dormitorio. ¡Porno!, exclamó Carola abalanzándose sobre las teclas de su caja luminosa. Cinco pulsaciones breves. Tic tic tic tic tic. Expresión convulsa. Rayita. Gafas, copos de estrellas en el techo, comentario de *Rishár* con mención del nombre de Teurlings. El tal Teurlings también carga con un par de gafas sobre su rostro, un modelo oscuro como de gánster que le oculta los ojos. ¿Qué pongo? ¿Dos canguros enfrentados en un asalto de boxeo? Pensamientos y más pensamientos. Es muy fácil que un pensamiento lleve a otro, y este al siguiente, y este a su vez al siguiente, los pensamientos van y vienen, a costa del rigor. El pensador ha de ser consciente de ello en todo momento.

… mientras dormitaba he seguido viendo el camino de grava y el portón de los barrotes a través de miríadas de partículas polvorientas, soleadas y zarandeadas por el viento encima de mi ca beza. No me lo estoy imaginando, las dos hojas del portón vuelven a separarse y se giran de nuevo hacia mí. Unas fauces abriéndose, atiborradas de espinacas hasta la campanilla, de espinacas no, pero sí del verde siempre verde del bosque de la libertad, que se extiende sin límites hacia el exterior de este bastión penitenciario. «Ancha es la puerta y espacioso el camino», como ya escribieron antes de mí escritores sagrados, pero de qué me sirve, estando maniatado y bloqueado, con independencia de que esté dormido o no. ¿Por qué la bella Moniek me ha dejado justo aquí, en este terreno vedado a los clientes desde donde se contempla el portón? Se acerca otro vehículo, más voluminoso que los personamóviles habituales, negro como el destino, y esto a qué viene ahora. El galeón navega y atraca tan silenciosamente que si no

lo estuviera viendo no lo oiría llegar. Al otro lado del parabrisas hay dos negros lamas, dos jóvenes lozanos con sendas corbatas negras y gorras de capitán también negras caladas hasta las cejas en unos rostros plegados con rictus compungido tras haber soltado unas buenas carcajadas a cuenta de los chistes groseros intercambiados en el camino hasta aquí. En cuanto la señora Holkema abre sus puertas, entran con gran ceremoniosidad en el edificio, fingiendo comedimiento, y la saludan llevándose el dedo índice a la visera de la gorra donde el sol chisporrotea a gusto. Condenados al paro por culpa de los recortes, este sector, donde la reconversión no se considera ni esencial ni fundamental, ofrece trabajo, aunque sea ganando una miseria, tal vez uno de ellos fuese camarero y el otro obrero en una fábrica de neumáticos, ambos seguidores del mismo equipo de fútbol, me parece evidente que la profesión de estos personajes no casa con el medio de transporte en el que han llegado flotando. Las ventanillas laterales están blindadas por dentro con cortinas de un intenso color púrpura ribeteado con perifollos plateados, y la parte trasera, vuelta hacia el lado opuesto adonde estoy yo, está formada por dos portezuelas que los jóvenes han dejado abiertas antes de pasar por delante de la señora Holkema y desaparecer de mi vista. El automóvil se ha convertido en un cilindro abierto de un extremo a otro, me imagino a mí mismo tumbado en el interior. *Warte nur*. Aguarda. Nos ha abandonado una persona muy especial, pero su poderoso espíritu permanecerá para siempre entre nosotros. Qué hace esa abeja en mi rodilla, ahora avanza hacia mi mano, no hay trémolo que la disuada. ¿Acaso la insensata me toma por una flor y se siente atraída por mi aroma de ambrosía? Casi nunca, una vez entre mil y de puro milagro, se consigue atrapar o matar un insecto volador con la mano. Pero presten atención a este filósofo anciano y demente. Tan pronto como el bicho picador alcanza la cima de mi meñique, ataco con la otra mano y, no pudiendo dar crédito a lo que sin embargo es cierto, doy en el blanco cual bomba de Nagasaki, por un instante siento que se mueve, pero ya es tarde, querida abeja, aunque ni tan siquiera me lo había propuesto, pensaba espantarte con un simple gesto. Asombrado, y no poco pagado de mí mismo, tanto que se me corta el aliento, observo la criatura que se me ha quedado pegada entre el meñique y el dedo anular. Quién sabe si llegó a lanzar un grito menudo en el último extremo de su angustiosa desesperanza cuando ya se asomaba al abismo de la perdición, qué diablos me pasa, audible solo para sus congéneres. Por cierto, ¿pueden oír las abejas? ¿Qué quieres que pongamos en tu lápida?, me preguntó no hace mucho Babet, ausente unas veces y presente otras tras hacer las paces con Herman, lo recuerdo como si fuera ayer o la semana pasada, o el mes pasado o cuando fuese. Le contesté: Ponedme «Uf, ya pasó. Menos mal». De

todas formas, no quiero lápida, simplemente arrojadme al fuego y tirad mis cenizas por el váter. Babet se rio enseñando los dientes, aunque los de abajo le faltan, por lo que los fluidos de su boca se acumulan en el labio inferior. Herman también dijo algo, pero no le entendimos. Así que ningún poeta podrá recitar un centón en tu solitaria tumba, apuntó Babet entre risa y risa, a lo que Herman volvió a decir algo que nosotros no entendimos. En realidad, no tartamudea, el problema es que tiene un agujero en el cielo de la boca. Se tropezó llevando un par de tijeras en la mano y una de las puntas se le clavó en el paladar y la campanilla causándole un daño irreversible. Desde entonces resulta difícil seguirle el hilo porque ya no es capaz de articular palabras inteligibles. Con mucho esfuerzo consigo descifrar sus comunicaciones emitidas a base de sonidos animales, siempre y cuando sean breves y a ser posible vayan acompañadas de movimientos gesticulares, pues carezco de la serenidad necesaria para escucharlas con paciencia, yo pienso con premura. En lugar de tirar las cenizas por el retrete, también cabe la posibilidad de lanzarlas al firmamento a bordo de un cohete, hay multimillonarios que desean vagar *in eternis* entre los eones allí arriba en forma de arenilla si es que la arenilla tiene forma. Otra opción es hacer un diamante, por ejemplo, para la correa del perro, con ese fin se pueden utilizar las cenizas de la madre de uno. Esta fue la conversación que tuvo lugar aquel día en concreto, lo recuerdo claramente, a última hora de la tarde, al caer la noche, yo de pie en la puerta de la cocina dispuesto a sacar la botella de la nevera. Alarmadas por el grito de muerte de su colega y allegada, las abejas se arraciman a mi alrededor, estrellándose las más intrépidas contra mi persona a modo de pilotos kamikazes, pero de ningún modo su furia y furioso zumbido, prueba de descomunal agitación, es comparable a las miradas que la señora Holkema dispara contra mí como perdigones salidos de una escopeta de caza. ¿Y esos gritos y aspavientos? Quizá se crea que la estoy saludando con la mano. No te estoy saludando, mujer, solo intento mantener a raya a las abejas. En lugar de seguir haciendo gestos, la gobernanta levanta las manos al cielo para luego cerrar los puños y colocarlos con resolución en la cintura. Así, en jarras, se disuelve en el espacio, sin cerrar la puerta tras ella. Los borbones lucían flores de lis en su escudo de armas, Napoléon les dio la vuelta en su manto de emperador y de pronto se transformaron en abejas. Diez mil abejas caben en una barba, lo he visto en fotos. Sinónimo de abejas, seis letras: «ápidos». Otra palabra relacionada con la apicultura, cinco letras: «jalea». «Exánime», comienza como termina, también siete letras. Como símbolo sepulcral, la abeja representa la inmortalidad, aunque yo sostengo ahora mismo una abeja definitivamente difunta en la «palma», cinco letras, de la «mano», cuatro letras. Representa

asimismo la resurrección. Y el «alma», de nuevo, cuatro letras. Todo esto me lo sé porque soy una persona muy erudita. En el preciso instante en el que agito la mano para apartar a la difunta, vuelven a aparecer los jóvenes embutidos en sus negros trajes de pacotilla, propiedad de la funeraria, a devolver al baúl de los disfraces junto con los tocados correspondientes tras su uso. Entre ambos, uno delante y otro detrás, una mesa rodante con sarcófago. En los sótanos debajo del hospital, lo recuerdo de aquellos planos que vi un día, hay una sala, frente al ascensor, nada más cruzar el pasillo, que se conoce como morgue. Obviamente, ese envoltorio envuelve a alguien de siete letras que comienzan como terminan y ese alguien no volverá a despertar ni ahora ni nunca. Díselo a las abejas. ¿Se puede seguir llamando alguien a un muerto? Junto a la pareja erguida y el cuerpo horizontal camina una persona robusta, vestida de blanco como todos los de aquí excepto la señora Holkema, aunque este blanco es diferente, más oscuro, sí, blanco oscuro, la cabeza enfundada en un gorro de un material transparente, sujeto con una goma desde atrás sobre las orejas hasta justo por encima de los ojos. Juraría que lo he visto antes, me parece que no trabaja en el Hogar Madeleine sino en el Centro Médico. De ahí el blanco diferente. El sarcófago se introduce en la bodega de la chalupa de la muerte, por ahora el cilindro alberga a otro, el Gorro de Baño vigila. Las portezuelas se cierran sin la menor estridencia, por orden estricta de la empresa, hay que evitar los golpes para ahorrarles a los familiares pensamientos aún más tristes sobre lo que zas zas pum pum fue y se fue. Con admiración y orgullo por lo que hizo y lo que significó para nosotros y para los demás, lo recordamos con cariño. La muerte se separa del muelle en silencio, retrocede por el portón que se va cerrando silenciosamente, sin otro ruido que el susurro de los árboles. El de la cabeza encapsulada se queda mirando el carguero mientras se quita la piel de las manos, unos guantes igual de transparentes que la membrana que le recubre el cráneo. Alza los ojos y contempla el cielo que se encapota transitoriamente antes de volver a dar paso al sol. Mira a su alrededor. Me ve a mí. Levanta la mano en un ademán de saludo, agitando las ubres que acaba de retirar de sus dedos. ¿Él también creerá que le saludo cuando no hago más que espantar abejas? Grita algo cuyo significado se me escapa, pero suena simpático. Usted se ha salvado de momento, jajajá. ¿Es eso lo que grita? Sobra la risita. Somos malas hierbas. A mí echadme hoy mismo si es posible, ahora, sin más tardar, el pesticida que haga falta. Gracias a estos productos, las orillas del lago del parque de la *garden party* están impecables. A diferencia de los otros invitados eminentes del conde Uggelstein, yo me percaté de lo que sucedía por ahí entre las plantas. Vi cómo el jardinero nebulizaba la frontera del lago con veneno, la caja de Zyklon B colgada del hombro cual joroba, con tubo

y aspersor en uno de los extremos. Te puede pillar de improviso como un chaparrón, sin fecha ni hora, a menos que te pongas tú la soga al cuello, te tires ante un tren en plena marcha o tengas acceso a las pastillas adecuadas, pero para eso tienes que afiliarte a un club de suicidas. Mientras tanto, a seguir fumando como un carretero. También sirve un sorbo de derivado de nicotina, el resultado es espectacular. ¿Es usted consciente de lo que vale un koi?, bramó el conde anfitrión. Por su culpa me veo en la obligación de emplazarle a costear los gastos asociados a mis preciadas carpas doradas. Advenedizo de mierda. En el Centro Médico, donde está acuartelada la persona de blanco oscuro, los huéspedes alojados en las plantas superiores se precipitaban con tal fruición al vestíbulo central para luego convertirse en mermelada de frambuesa, ploc, que la dirección decidió cubrir el precipicio con una red a todo lo largo y ancho, entre otras razones, para proteger al público que deambulaba por el vestíbulo, no es ninguna broma chocarte con un cuerpo en caída libre. Se comentó en el periódico, Babel nos lo leyó en voz alta, fue entonces cuando me fijé en sus dientes. Puede que el de la cabeza de cristal iluminado por el sol no me dirigiera un simpático «jajajá», sino un simple «abuelo», lo que equivale a: viejo cascarrabias. En ese caso me veré obligado a sancionarlo por imperativo legal con la más severa degradación: en adelante no podrá tomar el ascensor, sino que tendrá que bajar a su cueva por la escalera. Blanco oscuro. ¿Estará relacionado con la penumbra? Antes de que a él le dé tiempo a poner fin a su grito y a su gesto de saludo, la señora Holkema vuelve a salir a la luz. No logro entender lo que comunica en tono enérgico al Gorro de Baño y al teléfono móvil que lleva pegado a la oreja, en un ferviente y fervoroso vaivén, tan pronto me vuelve la espalda como se pone frente a mí, el naranja de su trasero y el blanco genuino de su mandil, blanco como el papel del fax, deme ese delantal y lo lleno de palabras. Está claro que habla de mí. Con agrado en todas las gradaciones. Me cercioro de que ni ella ni la persona del inframundo pisen la menudencia que ha conseguido escapar a los álabes de la nave de la muerte y que se desplaza al menor suspiro de la atmósfera. Puede gritar todo lo que quiera y más, yo no la oigo. Murmullos y susurros, estoy pensando. De pronto veo que por la puerta sale Moniek, el tibio sol comienza a brillar con esplendor. El calor me acaricia la cabeza y el susurro de las copas de los árboles pasa a ser el del río Arno en Florencia y el sol dora las olas y yo estoy de pie en el puente y la veo llegar con andar elegante, mi *gentilissima*, y me llevo las manos al corazón embargado por la emoción y la felicidad estamos en el siglo trece y voy a escribir una obra maestra sobre parajes ajenos a este mundo y comenzaré por el infierno y mi libro dará que hablar siglos después sin que jamás nadie consiga comprenderlo hasta el

último detalle eso déjenmelo a mí. La enfermera Morton también lleva pegado un teléfono a la cabeza y habla con una voz que le sale de la oreja. Primero de espaldas la una frente a la otra, después mirándose a la cara, para finalmente llegar a la conclusión de que están hablando entre ellas, mi Beatrice con su vozarrón de madera maciza, la señora Holkema a gritos sin dejar de señalarme a mí y más allá. *Opera buffa*. El penumbroso vigilante del fúnebre féretro se aleja despidiéndose entre bambalinas, yo hago de figurante en un discreto aparte. Con paso firme, Moniek viene hacia mí, estamos en pleno siglo veintiuno. El pintor se llama Henry Holiday, prerrafaelita. El cuadro está en Liverpool, fui a verlo con no-recuerdoquién, el olor que se desprendía de ella era tan dulce que por un momento creí oler la escena en lugar de verla, al fondo los arcos de otro puente, y ella que no se separaba de mí, cogidos del brazo hasta la eternidad. Disculpe, señor Busken, me han dicho que aquí no puede estar, informa la persona cuidadora. Lo siento, no lo sabía. ¿Y esa mano? ¿Iba a sacar el silbato? Pues llego justo a tiempo. Antes de que se dé cuenta estará en su cuarto. Con la silla desbloqueada siento como que salgo a flote. Al final de mis días, habiendo alcanzado o superado la edad de los más fuertes, seguro que este dato se puede consultar en alguna parte, vuelven a empujarme como cuando todo estaba aún por hacer y arriba en el sobrado alguien cantaba una canción de cuna antes de salir de paseo. La bella Moniek me conduce sobre la blanca grava a la puerta que la señora Holkema ha cerrado tras ella con gran pundonor. Estiro el brazo sin éxito hacia la *pitiminímenudencia* que prácticamente rozamos al pasar. Al otro lado de la puerta se extiende el pasillo que no había atravesado hasta hoy, antes Moniek me ha sacado al exterior por aquí y ahora recorre el trayecto en sentido contrario. El escalón. Noto que le cuesta trabajo salvarlo conmigo sentado en la silla de ruedas, la oigo gemir, el cálido «aliento», siete letras, en mi nuca, me conmueve. La señora Holkema se encuentra a medio camino en el escaparate de un despacho, se levanta de un salto al vernos. ¿Adónde creen que van?, retumba una voz por el espacio. Por aquí no pueden pasar los cuidadores y menos los pacientes, quiero decir, los huéspedes. No tienes permiso para entrar en esta unidad, me pregunto qué haces aquí con el señor Busken. Lo siento, no lo sabía, rechina de nuevo mi ángel blanco, si no llevo ni una semana.Pues ahora ya lo sabes. Del otro lado todas las puertas que dan a esta sección llevan un cartel que dice claramente PROHIBIDO EL PASO A PERSONAS NO AUTORIZADAS. Eso te incluye a ti. Tú haces tu trabajo allí y yo hago el mío aquí. ¿O no sabes leer? Sí, pero pensé. Lo que pensaste era que esas palabras iban dirigidas a las gibas, pero no al camello. En algún punto detrás de las paredes del pasillo hay un movimiento de cacerolas, cazuelas, asadores, enseres metálicos, el agua fluye a raudales, se cae un cuchillo o similar, algo

afilado. Para cortarse la garganta o las muñecas con él o para tragarlo o para clavarlo en otras personas, de preferencia furias enfurecidas, aunque también cabe la posibilidad de enterrarlo en el corazón o el intestino o los riñones de todos los que aquí me incomodan con independencia de su condición, origen, confesión, color, lengua o género. Ese es mi sitio, ahí tienen el cuchillo que busco. Se sale al exterior del edificio por la puerta de la zona común, instruye la señora Holkema. No, no sigas, vuelve sobre tus pasos y entra por el otro lado. Este es el departamento de administración, aquí se gestionan los flujos entrantes y salientes. ¿Qué querrá decir con eso? Por ejemplo, ¿la carne destinada a ser fragmentada en cuadraditos para idiotas en la cocina con ayuda de un cuchillo de acero se considera entrante y la carne en estado de descomposición embutida en una funda con forma de caja queda registrada como saliente? El cadáver *Has Left The Building* por la puerta trasera. Además, no puedes aparcar al señor Busken en la parte de atrás, ladra la señora Holkema, con los brazos de nuevo en jarras, brazos carnosos como jamones frescos. Los pacientes no tienen por qué ver lo que sucede allí, me refiero a los clientes, claro, a los dependientes. ¿Me está llamando dependiente? ¿En virtud de qué? No necesito que nadie cuide de mí, siempre me he vestido yo solo, siempre he hecho la compra yo solo, sin tener que recurrir al juez de paz o a las láminas de Rorschach, insisto, me cuido y me las arreglo estupendamente yo solo. Sí, desde luego, sisea Babet tapándose el labio inferior con la mano ladeada mientras la baba le cae sobre la barbilla y la papada más abajo. Qué risa. En vez de girar la silla de ruedas y girarme de paso a mí también, colocándome de cara a la puerta por la que acaba de empujarme, Moniek tira de mí o mejor dicho tira de la silla en la que yo voy sentado conforme ella misma se va moviendo hacia atrás, de vuelta a la grava. De nuevo el escalón. En su intento por vencer el obstáculo inclina la silla hasta tal punto hacia delante que me habría caído de bruces, en este caso dando contra el suelo con la parte delantera de mi cráneo, de no haber ido atado. Pero ¿qué está señalando?, gruñe. El sonido de su voz no está en armonía con su hermosura, dejémoslo así. En efecto, ahí hay una menudencia que se debate entre la incompetencia y la supervivencia, constata ella por sí misma, yo también lo estoy viendo. Y cuando se acerca y se agacha: Ay, es una mariposa. Marchita y mortecina. Pobre animalito. Antiguamente las mujeres no estaban autorizadas a participar en la ópera, los papeles femeninos eran representados por varones acicalados como féminas, lo que debió de poner a prueba la empatía del público. Esta repentina reflexión irrumpe en la selva de mis pensamientos al escuchar un libreto tan tierno, digno de una soprano que lo interprete con emoción, versionado por un bronco avetoro común. Con la determinación que la

caracteriza recoge la criatura alígera del suelo, la deposita en el hueco de su mano y con un movimiento giratorio deja caer la mariposa en la palma de mi mano. Tres sensaciones: 1. el contacto de su mano inesperadamente aterciopelada con la mía, 2. el suave hormigueo del animalito por mis líneas de vida, 3. el tirón de la silla de ruedas, desbloqueada y por un instante fuera del control de la conductora, como si fuese a echar a andar, adiós portón, ya me despido yo a mí mismo. La mariposa, porque efectivamente es eso, del orden de los lepidópteros, no para de dar vueltas en mi mano, intenta enderezarse para alzar el vuelo, lejos de aquí, como yo, pero su frágil cuerpo presenta no pocos desperfectos, como es también mi caso, no pocos sino todos, una de las alas se ha rasgado, falta una antena, la otra se ha doblado pesarosamente por la mitad. Una mariposa azul, no de ese azul que de vez en cuando adopta el mundo entero ante mí, sino azul por naturaleza, ahora veo todos los colores con su apariencia real, empezando por Moniek, en el momento en que se agachó pude apreciar correctamente su cabello dorado como el sol del que antes la había visto apartar de un manotazo la susodicha criatura. Esto tiene difícil solución, sentencia con la yema del dedo en mi mano estirada, toca la criatura como las personas cuidadoras, pero sobre todo ella, acostumbran a tocar las cosas, disuadiendo la suavidad, atinando con tino. Antes de que ella decida alejarlo de un soplo o de un tortazo, cierro los dedos en torno al pequeño saltamanos que, al verse envuelto en las tinieblas, deja de moverse, ya se mueve mi mano por él. De pronto me acuerdo de mi madre. En un barco. La enfermera Morton me transporta a la carrera, atravesando las traviesas hasta llegar al césped, de la sombra al sol, donde están los otros. Todos se apartan al verme llegar en mi carroza e interrumpen abruptamente el intercambio de cacareos. Así es como mi retorno se ejecuta con solemnidad en medio de un silencio pontifical, como corresponde. Mieneke Kalckbrander es la única que rompe la atmósfera sagrada. ¡Buski!, exclama mientras me abanica con la mano, algo que obviamente no oigo ni veo.

… antes, constitución hercúlea, columna de perfección masculina, era un regalo para mis ojos poder contemplar mi cuerpo desnudo en el espejo, órgano viril erecto, bíceps y muslos rezumando fuerza, sigo siendo la misma persona, con la diferencia de que ahora estoy hecho un siete, incapaz de mantenerme en pie para verme la cabeza craquelada y medio calva en el espejo encima del lavabo de la celda sanitaria del enclave que me ha sido asignado en este lugar donde me retienen de forma ilegal. Me da igual que sea una frase bien construida o no. La voy a anotar ya mismo. En clave, por supuesto, a estos perros no les van ni les vienen mis exudaciones privadas.

Además, no se admiten animales domésticos, de lo contrario habría traído a mi cocodrilo. En mi pasillo reside una beata trastornada, va a todas partes con su cojín, colmándolo de mimos y de arrumacos, todo el santo día, un cariñito para mi gatito mi bichito mi bizcochito mi angelito. Moniek procede a descascararme, me libera de las correas y los cinturones con los que previamente me ató a la silla móvil y me sujeta al levantarme. Debo agarrarme a ella o a un objeto cualquiera para ponerme de pie, algo que desde el incidente con la botella se me hace muy cuesta arriba sin ayuda ajena, y si quiero caminar no me queda más remedio que plegarme en dos para resistir, aunque sea a pinchazos, el desgarrador dolor que atormenta mis vértebras espinales, también desde entonces. No es bueno permanecer tanto tiempo sentado, opina el terapeuta Rutger envolviéndome con su aliento de mentol, tritura un chicle tras otro sin dejar de hablar, le aconsejo que se mueva todo lo que pueda, señor Busken. Por ejemplo, se levanta de la silla y vuelve a sentarse, y luego vuelve a levantarse, con la espalda recta, cinco veces seguidas o tantas como aguante, aunque le duela, ya verá cómo el dolor va remitiendo. Acuérdese de seguir respirando tranquilamente. También le aconsejo que levante la pierna hasta donde llegue, estirándola bien, primero una y luego la otra, sin doblar las rodillas, izquierda derecha cinco veces cada una o tantas como pueda. Recuerde, respirando con normalidad en todo momento. Y cada cierto tiempo debería levantar los brazos, estirándose al máximo, siempre hacia arriba, mientras echa los hombros para atrás hasta que suene un crujido. Respirando. La respiración es fundamental. Mire, así. Y me enseña los movimientos, uno tras otro, como tratando de ponerse al nivel intelectual de alguien cuya capacidad de comprensión supuestamente no rebasa la de un niño de corta edad. Es cierto que me pegué un cabezazo, pero la suposición de que esté loco, sea un ser astral o esté tocado de la cabeza se basa en un desafortunadísimo equívoco del escuadrón de resentidos, quiero decir, desentidos, que en este asentamiento se inmiscuyen en mis asuntos a base de informes y expedientes y análisis y pantallas de texto y tampones de tinta y cuchillos de plástico. Por añadidura, Rutger sin duda se cree en la obligación de tener que demostrarme las actividades una a una por mi sordera, el cliente no me entiende porque no me oye, cuando yo oigo absolutamente todo, incluso el pegajoso y levemente chirriante runrún de lo que está masticando. Ahora vamos a caminar un poco. Me lo da a entender mediante señas, simulando pasitos en el aire con los dedos índice y corazón. Lenguaje de signos a modo de braille para disminuidos auditivos y alienígenas del multicosmos, el cliente se tapa los oídos con cera como los mareantes de Ulises. No se doble, intente caminar erguido. Para mayor claridad aprieta el puño contra mi espalda en el

punto donde se concentra el dolor, mis alaridos abren grietas en la blanca cal de las paredes. Alienígena emitiendo señales galácticas. Ida y vuelta por el pasillo con el andador. Procure que los pies miren al frente, no los gire hacia dentro. Señala sus propios pies enfundados en calzado de terapeuta. Coloque los dedos en la dirección de la marcha, no se haga el cojo. Es capaz de caminar bien. No deje de respirar, señor Busken. Respire hondo. Con el abdomen. Y va y me lo aporrea. Inspire por la nariz y expire por la boca. Cada martes y cada jueves, no siempre a las dos en punto, más bien tirando a las dos y media, ni tampoco hasta las cuatro exactamente sino hasta que un cuarto o dos cuartos de hora antes de tiempo se harta. De mí, claro. Su colega-terapeutizante, Hilde, los lunes y los miércoles, siempre puntual, de las diez y media en punto hasta las doce y media en punto, que es cuando estalla por los pasillos el fragor del timbre eléctrico en la mayor anunciando el almuerzo. Es muy importante retener correctamente estos días y horas para que no se trastoque de ninguna de las maneras la planificación estricta de mi vida y mi trabajo. Hilde habla poco, no recurre a la pantomima, ni falta que le hace, se explica de maravilla. De edad incierta, fina como un fideo, pero fuerte como un luchador, de sonrisa bondadosa, aunque de trato implacable, las manos al igual que las de Rutger de hierro galvanizado. Ella me obliga a tumbarme en la camilla dispuesta en una sala equipada para la ocasión, en cueros, aunque con el miembro reducido a mera anécdota, cubierto por un paño blanco o, en ocasiones, azul. Levanta alternativamente mis piernas subiéndolas a duras penas sobre mi torso como palancas mientras suda y jadea de lo lindo. Unas veces aprieta la mano contra mi rodilla para estirar la articulación en lo que dura la subida, otras, dobla mi pierna como una barra de pan flexionando el tobillo contra mis nalgas. Tan pronto tengo el pie en la oreja, de donde no se mueve en muchos segundos, como el pezón aplastado por la rodilla, una y a otra vez dale que te pego, hala, venga a estirar y a doblar, primero la pierna izquierda y luego la derecha. Sucede que se me escapa una flatulencia, no siempre silenciosa, y temo que se me pueda escapar otra cosa, lo siento, aunque no lo digo en voz alta porque no digo nunca nada, cuando sucede relajo por un momento los puños y giro las manos hacia arriba, ella entiende mi embarazo. No importa, me indica y reanuda su labor de quebrantahuesos. Después del anverso, el reverso. Sus dedos de acero me agujerean la piel, con la palma o el canto de la mano me golpea, arrea, aporrea, baquetea la osamenta vertebral de abajo arriba y de arriba abajo. A cada topetazo rayan detrás de mis ojos chiribitas de luz azul y estrías terminadas en ángulos agudos y puntiagudos, no porque no diga nada me he quedado sin voz, bramo y berreo hasta donde el aliento me permite, atragantándome, agitando brazos y piernas, soltando pedos pedorros,

sin querer. No importa. ¿Se encuentra bien?, pregunta Moniek. Me tiende ambas manos y yo le agarro una, mi otra mano continúa cerrada en un puño. Cuando la abro sobre la mesa donde están mis manuscritos y artículos de papelería, debidamente ordenados, resulta que a la mariposa le queda aún un hálito de vida, le tiembla una alita, retuerce su trenecito de aterrizaje, permanece bocarriba. Me propongo volcar la criatura con ayuda de un lápiz del portalápices de latón donde guardo mis lápices de colores para que al menos no tenga que vivir por más tiempo su ya de por sí penosa situación al revés, pero mi mano tiembla con furor y además me cuesta andar. La enfermera Morton me coge del brazo y me aparta de la mesa. Venga, señor Busken, no tengo tiempo para estas cosas. Cogidos del brazo como si fuéramos a casarnos bordeamos la cama con paso dificultoso, la silla de ruedas y el andador en dirección al baño. Una vez ahí veo relampaguear mi cabeza por el espejo, lo justo para volver a tomar conciencia de mi repulsión hacia mi propia persona y la humanidad en general. ¿Se defiende usted solo o quiere que le ayude? Mi vigorosa amada secreta con voz de barítono, que me apuntala con resolución, se refiere a si soy capaz de abrirme el pantalón y de bajármelo para luego dejarme caer sobre la urna. Aquí se aprende a orinar sentado, imagino que por cuestiones de igualdad o nulidad de género, del mismo modo que existen niñas-mujeres encantadoras con voz de vaquero, valerosos varones como yo tenemos que verter nuestras aguas en postura sedente. Asegúrese de sujetar bien el flautín y de apuntarlo al interior de la taza, instruye. Flautín. Menuda profanación. Hecho del más cotizado platino y oro, engastado con diamantes cual cetro de monarca, se quebró en el campo de batalla. Se trata de no dar más trabajo al equipo de limpieza. Ella, Moniek es la institutriz, yo, el doctísimo Busken, profesor emérito de cibernética, el orinante. Cuando hay alguien mirándome esto no va demasiado bien, como si dentro de las tuberías hubiese un tapón que taponase la oleada, viéndome reducido a simple rezumante o como mucho goteante, mermada la fuerza de propulsión no puede haber torrente concupiscente. A veces fluye solo sin que yo me percate, y cuando me percato soy incapaz de cortarlo, pues los frenos tampoco obedecen como antes. Para camuflar mi torpeza comienzo a tararear. *It feels so right, now hold me tight*. Y la enfermera Morton gritando cada vez más alto: ¡Su pañal! El pañal cuelga entre mis rodillas. Una húmeda bola de papel de estraza o no sé qué otro material en la que se va dibujando un islote amarillento, y según creo ver también unos trazos de un amarillo más intenso, de tonos leonados. ¿Por qué no ha usado el silbato al menor amago? Tampoco es tan difícil, solo hay que acordarse, así no acabamos nunca, señor Busken, vaya, vaya, no lo hará a propósito. Contemplo el suelo sin dejar de tararear, con los

codos sobre las rodillas. Por debajo de mis pies y a lo largo de ellos, quince y medio. De mis pies a la pared, diecisiete enteras. Todas las baldosas son blancas. Necesito comprobarlo siempre, soy un hombre de certezas y de firmezas, basta ya de tanto cambio. Cuando giro la cabeza veo también para tranquilidad de mi mente que el cepillo de dientes se ha guardado en el vaso encima del lavabo, el tapón de la pasta de dientes no está, hay determinadas cosas que hago a propósito, otras no, pero soy incapaz de enroscar el tapón yo mismo porque me lo impide el irrefrenable temblor de mis manos, en cambio sí que consigo desenroscarlo, aunque la mitad de las veces se me escurre de entre los dedos. Si cae dentro del lavabo lo recojo y lo dejo junto al tubo de pasta de dientes para facilitarle la tarea al equipo de limpieza, si se aleja dando botes por el suelo no puedo agacharme para no sobrecargar la espalda, si es que logro seguirle el rastro. Explicación peregrina donde las haya. Al parecer, aún no han venido a limpiar mi morada. Rutger tiene costumbre de dejar caer sobre el linóleo su llavero u otro objeto con el fin terapéutico de enseñarme a recoger cualquier cosa que se me caiga, se pone en cuclillas con la espalda recta y se inclina hacia delante con el brazo estirado sin doblar el lomo, ¿ve cómo se hace?, es un ejercicio magnífico, su espalda se lo agradecerá, acuérdese de la respiración. Y esas muelas venga a molturar, ni que los movimientos de mandíbula fueran beneficiosos para la postura. A veces hago como que no me entero, no estoy dispuesto a hacer el bobo. Demencia vascular, reza el diagnóstico de Carola, qué sabrá de mí la de las gafas rayadas, falta de dopamina, cacareando sin ton ni son. En días normales, a unas horas en las que el cliente está físicamente ausente, el tapón vuelve con el tubo de pasta de dientes por mediación de la persona, denominada «equipo de limpieza», que pasa el aspirador por todo el cuarto incluido el baño, friega los suelos, hace la cama y enrosca el tapón. Por lo visto, hoy no es un día normal, mi cama está sin hacer, he perdido la cuenta de los días y, por extensión, de mí mismo, no es día de Hilde, no es día de Rutger, tampoco es viernes porque los viernes me transportan al despacho de Carola o de ese otro lobo de la misma chorrada, un psico que no psiquia, tampoco es sábado o domingo porque esos días hay otros asideros a los que aferrarse, por ejemplo, jugar al bingo con premios estelares o visitar la Sede del Silencio, quizá sea Nochebuena o Año Nuevo o la Fiesta del Azúcar o tal vez se celebre algún evento nacional por la libertad, el rey y el pueblo con carreras de sacos, vapuleo de gansos y lanzamiento de tazas de inodoro. *Barbecue* al estilo estadounidense. Eso proclama el tablón de anuncios. En resumidas cuentas o *ad summam*, por decirlo en latín, la lengua clásica en la que redacté mi primera disertación, sí, debe de ser un día especial, me han aparcado a una hora inusual bajo unos árboles

que me estaban vedados, lo noto también en el vaso en cuyo interior se apoya mi cepillo de dientes, el interior presenta restos del agua con la que me he enjuagado la boca y que de ser un día normal habrían sido eliminados por la persona de limpieza antes o después de enroscar el tapón del tubo de la pasta de dientes. ¿Estamos?, pregunta Moniek, me quedan cosas por hacer y quiero irme a mi casa. Desplazo mi mirada hacia su rostro, denota impaciencia, aun así, me sigue conmoviendo en mi muda adoración. Ha mojado una manopla de baño en el lavabo y me la acerca. Usted sabe limpiarse solo. ¿Qué hace con ese lápiz en la mano? ¡Será posible! Me quita el lápiz de color, verdemar, y lo guarda en el vaso con el cepillo de dientes naranja, no es su sitio, su sitio está en el portalápices junto con los otros lápices de colores encima de mi mesa de escribir. Aparte de que un lápiz no se digna compartir espacio con un cepillo de dientes en un vaso de lavabo, el lápiz es un artículo de sibarita en tanto que el cepillo de dientes pertenece a la plebe de las cosas. Además, la combinación del sereno verdemar con el naranja chillón perturba mi sentido de la ética. He dejado de tatarear. Con una mano le cojo el trapo mojado y con la otra me agarro a ella para que tire de mí, encorvado hacia delante me aseo por detrás, entre gemidos y sin soltarme, errando y desacertando, mientras siento cómo ella hace de contrapeso. Debido a mi postura y mis gestos, el silbato de árbitro cae del bolsillo corazón de mi camisa y sin que yo suelte su mano ella lo recoge como hace Rutger con su llavero. Si hubiera silbado lo habría oído estuviera donde estuviera y enseguida habría ido a verle, el silbato es muy útil, señor Busken, si se lo doy es para que lo use, maldita sea, ya puede volver a sentarse. Con el silbato recoge el tapón del tubo de la pasta de dientes que, al parecer, estaba junto al borde blanco del suelo de la ducha al lado del váter, blanco contra blanco sobre baldosas blancas, no lo había visto hasta que lo he visto. Ella ya se ha incorporado y retira la mano para dejar caer la tapa con un golpe sobre el asiento del inodoro, la temperatura de la tapa es agradable, resulta reconfortante para mi trasero húmedo. Y ahora deme eso. Con ambas manos arrebujo el súper pañal, lo arranco como puedo de mi calzoncillo y se lo doy. Con vergüenza. Me siento avergonzado. Ya no soy nadie, qué queda de mí. Otro golpe. Esta vez de metal sobre metal. El cubo de basura. La enfermera Morton sale un momento y vuelve con un pañal nuevo. Hay un montón de ellos en la penúltima balda del ropero, empezando por abajo, que se sitúa entre mi mesa de trabajo y la cama. En ese mueble de madera barata está también mi esmoquin para cenas de gala y otros eventos sociales donde me reciben con regularidad como invitado de honor, embajadas, palacios, universidades y recientemente el nuncio del Papa. De nuevo en cuclillas, como antes, acomoda el objeto poco

flexible en mi *directoire*, como pasó a referirse mi malvada madre a los calzoncillos cuando entró a vivir en el palacio de los botones dándoselas de gran señora por el mero hecho de figurar en las *garden party*. Del mismo modo, el orinal de pronto se transformó en *pot de chambre*, aunque pronunciado con ese viejo sabor holandés a regaliz salado tan suyo. Contemplo el cabello de Moniek desde arriba, reluce como cobre, no me atrevo a acariciarlo, ni en broma. Desnudo por la parte de abajo y con las rodillas separadas, Papageno se convierte en el centro de todas las miradas, aunque logra taparse el pajarito arrugado con la manopla. Hasta que ella se la arranca de entre las manos para enjuagarla bajo el grifo, enseñándole su culito de plástico a muy escasa distancia. Ni en broma. A ambos lados de la taza del inodoro hay un agarradero, agarro uno de ellos para incorporarme, sujetarme, apoyarme mientras con la otra mano trato de subir el tejido que yace desordenadamente a mis pies, con el pañalón asomándose por encima de la goma. Espere un poco, truena la enfermera Morton, será mejor que le eche una mano, no se vaya a caer. ¿Realmente no sabe hablar o me tiene tanta manía que sencillamente no quiere dirigirme la palabra? A lo mejor se niega a usar el silbato porque le puede el odio. Ya lo siento. ¿Podría usted al menos colaborar un poco? Manía: cinco letras. Odio: cuatro letras. Sus palabras me acongojan. Si supieras, amada mía, deleite de mi senectud, consuelo de mi regresión. Te amo, te amo desde el siglo trece o antes, te obsequiaré con todo mi tabaco, te ataviaré con las piedras más preciosas, te cantaré alabanzas hermosas y esplendorosas ambientadas con mis creaciones musicales para arpa y percusión, te amo tantísimo. Ojalá tuvieras una voz distinta. ¿Está bien ahí? Me ha subido el calzoncillo hasta justo debajo del ombligo. Comprueba una última vez si el trasto que me recuerda a un periódico doblado no se mueve. Palpando. Con decisión. Con toda la mano. Entre mis piernas. Falta el pantalón, de la cremallera ya me encargo yo. De nuevo cogidos del brazo como novios, *circunsonorizados* por la sinfonía para órgano de Saint-Saëns, mi radiante ranúnculo y yo andamos con paso ceremonioso por los altos vestíbulos de mi imaginación, pero no sin antes señalar el vaso en el lavabo, el lápiz no está en su sitio, ella me lo vuelve a colocar en la mano. *Ainsi, tu es mort, mais tu n'as pas disparu*. Siempre comienzo de esta manera cuando me invitan a hablar ante la tumba de renombrados científicos, artistas o notables con los que he llegado a colaborar en mi dilatada vida. Con siempre quiero decir: abrir con una cita en una lengua extranjera da caché, unas palabras de Proust o de Shakespeare, y hacerlo con una sentencia en latín es un signo de distinción. *Bene agere et nil timere*. Esta máxima emerge de mis pensamientos al divisar una mariposa azul exánime en mi mesa de estudio. ¿Cómo ha llegado hasta ahí? Aparentemente se arrastró unos

centímetros por el papel, lo insinúa la minúscula huella de fino polvo incoloro que el animalito debió de sacudirse de encima como lastre ya inútil antes de exhalar su diminuto espíritu. Moniek ha seguido mi mirada, nos detenemos un instante, ya me di cuenta fuera, no había nada que hacer. No la entiendo. Entiendo lo que dice, pero no el contenido de lo que dice. ¿Se va a quedar en su cuarto hasta la hora del té? ¿Dónde se quiere sentar, aquí o ahí? Aparta la silla de la mesa dejándola preparada para que yo pueda sentarme al tiempo que señala la silla junto a la ventana. ¿Aquí? La mariposa muerta se mueve con mi aliento. *So laß uns Abschied nehmen wie zwei Sterne, durch jenes Übermaß von Nacht getrennt*. «Dos estrellas separadas por la desbordante noche». También es una cita hermosa. Rilke. De nombre Rainer Maria. Un día se acercó a estrecharme la mano y me puso la otra encima con gesto afectuoso. Un colega afable. O algo del *Eclesiastés*. O un palimpsesto. Me he confundido, quiero decir salmo. Y a continuación de tan solemne sexto, corrección: texto: Estamos profundamente conmocionados por esta pérdida. Primero una abeja muerta, después una persona difunta en un baúl y ahora esta mariposa. Es porque no tengo cuchillo. Profundamente conmocionado pego tal sobresalto que el aire acumulado en los algodones del pañal explota en la ranura de mis posaderas, a lo que la enfermera Morton entra en acción sin consultarme previamente. Corta el trozo de papel en el que el animalito está de cuerpo presente y se lo lleva. Suena un golpe. El cubo de basura. El equipo de limpieza tiene trabajo de sobra. Mire esa mesa, está hecha un caos. ¿Dónde está su libro? Comienza a remover mis cosas, en el rollo de papel en el que llevo escrita parte de la obra de mi vida han quedado restos de polvillo. Ni lo toques, mujer, hago como que le voy a pegar en las manos. No me sea tan protestón, señor Busken. Aquí tiene su libro. Todos nos volcamos con usted, haría bien en mostrarse un poco más amable y educado. Vuelve a darme uno de sus toquecitos en la sien, junto a la oreja, lo encajo a la par que lo estoy viendo, un destello de luz azul celeste en el interior de la cabeza. Una mariposa azul celeste en una piedra medio cubierta por las aguas que la riegan a borbotones haciendo espuma. Un recuerdo repentino tremendamente remoto que se esfuma enseguida. Lleva asociado el sonido u. En el tren, pasando por paradas anteriores de vuelta al inicio. *Cositas*. Oigo que se aleja de mí, imagino que en dirección al pasillo, su turno ha terminado, se marcha a casa. Sin embargo, entra de nuevo en el baño, que carece de puerta, yo estoy sentado de espaldas en la silla, en la otra punta de la habitación. Y pienso: mi persona cuidadora se deja caer a su vez sobre el asiento del inodoro con el fin de aliviarse. Tras un momento de silencio seguido del ruido de la ropa resuena un gorgoteo asombroso, como si se lanzase al agua de la taza un chorro potente desde cierta altura.

¿Acaso orina ella de pie cuando la población mundial femenina suele hacerlo sentada? Aunque no es lo habitual, las mujeres pueden eliminar el exceso de líquido sin necesidad de sentarse, como he llegado a observar con mis propios ojos, no es nada nuevo para mí, pero lo que me sorprende es este ensordecedor estrépito de agua sobre agua. ¿Tendrá que ver con la anulación de cualquier distinción de género en instituciones como esta donde todos los miembros del personal, femeninos, masculinos, visten el mismo pantalón intersexual? Las mujeres llevan pantalones porque se quieren parecer a los hombres, se dejan el bigote y la barba y mean de pie porque tienen que romper no sé qué techo, eso es lo que dice Babet, a ver si a ellas también les da por mear fuera del tiesto como a los hombres, en el suelo o en el asiento del váter. Hay que subirlo, puntualicé yo, porque a los hombres tampoco nos gusta mojarnos. Risa ronca y rasposa de Herman. La diferencia entre sexos desaparece, peroró Babet. Cuando el tren llega tarde, para variar, la megafonía ya no se dirige a las señoras y los señores, somos todos iguales, también las mujeres, con independencia de sus frivolidades, quiero decir, habilidades. Lo que quieres decir es sexualidad, la interrumpí yo. Qué pesado eres, si no tienes la última palabra revientas. Por entonces Babet llevaba una prótesis dental en la mandíbula inferior, pero el artilugio se le desprendió en plena perorata. Ni corta ni perezosa se lo quitó y lo depositó baboso, pringoso y lustroso encima del periódico en medio de la mesa junto al florero. Pasa lo mismo con los *homosuales*, prosiguió, y con los *transtales*. Herman emitió un sonido. Sí, dijo Babet, esa es la palabra que estaba buscando, *transalgo*. Son seres humanos o personas que se cambian de mujer a hombre o al revés porque no se sienten a gusto con su propio sexo, pero sí con el otro, lo comentaron en la tele, pero claro tú no la ves. Quizá la bella Moniek del pantalón ceñido, que en este justo momento está tirando de la cadena, fuera un hermoso efebo antes de entrar a trabajar aquí, con pechos incipientes, pero aún con pene, se lo extraerán en breve, también queda pendiente la desmasculinización de su voz, algo que están estudiando en la consulta de una de esas personas que poseen los conocimientos necesarios y disponen de los instrumentos adecuados. Adiós, señor Busken, hasta mañana. ¿Está cómodo, necesita algo más? He vuelto a guardar el silbato en el bolsillo de su camisa. Una palmadita en el hombro, amable, reconfortante, así es como estoy tentado y dispuesto a interpretar el gesto, aunque resulta áspero al tacto, otro punto que merecería una corrección feminizadora en caso de que así se deseara y se pretendiera. Hace medio año tal vez se llamaba Nico, Niek o Nick para los amigos. Culito. Palpando. Con toda la mano. Entre sus piernas. Al igual que ella entre las mías. Yo palpándola a ella. ¿Me lo consentiría? Adiós muy buenas, se despide

agravando todavía más la voz. La puerta se cierra. Con paso firme de recluta marcha por el pasillo enlosado. También puede suceder lo contrario. Quién sabe si es una bella mujer decidida a transformarse en un hombre apuesto, como era yo en mis años siderales, en cuyo caso es probable que las primitivas reinetas doradas maduras y listas para ser recolectadas hayan quedado reducidas al tamaño de una ciruela a la espera de que el constructor culmine la última fase del proceso ensamblando el pene donante y los accesorios correspondientes. Ahora todavía se llama Moniek pero dentro de nada pasará a llamarse Nikolaas Speculaas, ya lo dice la canción, el seis de diciembre san Nicolás le traerá como regalo dos pelotas de goma en una red, sin olvidar el *speculoos*, por supuesto. Cabe incluso otra posibilidad, se habla a veces de un fenómeno en el que se es mujer y hombre a la vez, esta constelación se denomina *hermafato* termostato *hermafalia* parafernalia *hermafondita*. ¿Adónde ha ido a parar mi vocabulario siempre tan exquisito? Se me van perdiendo las palabras como perlas de un collar. La culpa es del olvido. Empezó con las caras, los nombres, los títulos de los libros. Que no me acuerde de una fecha o un número de teléfono o un código postal no me preocupa demasiado, pero mi riqueza léxica siempre ha sido mayor que los tesoros de Alí Babá y de Príamo juntos, y ahora va menguando, palabra tras palabra, desde que aquí me depravaron, rectifico: privaron, de mi libertad, lo tengo comprobado. Además, aquí siempre estoy cansado. Antes no. Siempre he sido un hombre muy activo y ocupado, antiguamente, dinámico y atento, mujeres, hombres, en la cama no tenía preferencias, ahora tampoco, por cierto, soy poli-cómose-llame, omnívoro. Se lo expliqué a Beatriz futura reina de los Países Bajos cuando me preguntó. Al estar presente su consorte, de ascendencia alemana, decidí expresarme en su lengua y la de Hölderlin y Einstein por cortesía y para conveniencia suya, al fin y al cabo estudié en Heidelberg y en Jena, *immer Wollust und Frohlocken*, dije, ¿quién dice que no a la lujuria y el regocijo? Obviamente no con todas las mujeres u hombres o ambos o varios a la vez, diseñé una serie de normas y pautas, les dediqué unas cuantas publicaciones a las que debo mi reparación internacional. El cónyuge de Beatriz se dirigió a mí como Herr Doktor y me dio permiso para que yo lo llamara Hugo, insistió mucho, después asistí a su sepultura en las criptas de Delft, entre todas esas cabezas coronadas, existen fotos de aquello, fue en 2006, se dejó fallecer por eutanasia, *so laß uns Abschied nehmen* estamos conmocionados, otra despedida, adiós muy buenas, se puede saber qué es, mujer, hombre, mujer y hombre o de género neutro como Jesucristo, si solo pudiera palpar un poco, no, no puedo, estoy bajo tutela, de nueces de paz y de abotargados, ya no puedo administrar mi propio dinero ni mis propios bienes porque estoy

cansado, siempre fatigado, desde que lo he perdido todo a causa de las pastillas y las inyecciones y la porquería depresiva que echan a la carne, necesito un cuchillo. ¿Es esto lo que entiende por pensamiento lúcido concentrado oportuno y revelador, cliente Busken, filósofo de la patria? Lo fui entre mil novecientos y tantos y dos mil y tantos, dos milenios, últimamente me bailan las fechas. Mi alma ha envejecido y sufro de nostalgia. Si no piensan con tino y dejan que los pensamientos fluyan libremente de aquí para allá de esto a lo otro de atrás para delante y de arriba abajo y del desván al sótano, señoras y señores, estimados viajeros, será mejor que se compren una caña y se dediquen a pescar, tantos pensamientos y más pensamientos y otros pensamientos y medios pensamientos que revolotean como partículas flotantes formando un cosmos sin rozarse entre ellos, este es el universo del mundo mental, me dirán, pero yo les digo que no, estimados oyentes, les digo que no. Mis ojos somnolientos regresan al papel sobre el que estuvo tendida la mariposa antes de desaparecer. Por el efecto de mi respiración pesada hasta el último resquicio de polvillo se ha ido volando. El papel ha recuperado su blancura, pero continúa estando arrugado. Tengo la cabeza vacía. Con el extremo del lápiz me golpeo los dientes. Comienzo a escribir. En el blanco papel. Un elogio fúnebre. Estoy demasiado distraído. Demasiado conmovido. Demasiado resentido. Demasiado todo a la vez. ¿Dónde están mis pensamientos? El desasosiego me corta el aire. Pánico. Demasiado pánico. Será mejor que hasta la hora del té me ponga a colorear, tengo a mi disposición nada menos que veinticinco lápices de colores de la marca Caran d'Ache, todos ellos ordenados en el portalápices de latón con la punta mirando hacia arriba. Me vendría bien un cuchillo para afilarlos. Por aquí debe de haber un sacapuntas, pero desaparece cada dos por tres. Abro el libro por una página cualquiera y lo hojeo hasta dar con una lámina en la que aún no ha ocurrido nada. Un bosque o un jardín. En primer plano, rodeado de troncos de árboles, flores y césped, un estanque con peces, naturalmente los pinto de naranja. Entre los troncos, más al fondo, una casa con un balcón de madera y unas contraventanas también de madera junto a unas ventanas. Por encima del bosque, un prado alpino con vacas y un caballo, muy parecidos a los que veo cuando aquí me siento junto a la ventana, y más arriba aún, unas nubes esponjosas que dejo en blanco, blanco blanco, no blanco oscuro, flotan en medio del azul, en el portalápices hay varios tonos de azul con los que anoto palabras especiales, o letras, fabrico mi propio alfabeto. El estanque lo pinto de verdemar, aprovechando el lápiz que tengo en la mano. Soy un dotado artista del color. En la academia de artes me galardonaron con distinciones y me recibieron con ovaciones por cómo coloreaba, sigo coloreando muy bien. Mi mano tiembla demasiado, trazando sin control me salgo de

las orillas del estanque al césped para el cual tenía en mente otro verde. Y las flores alrededor, rojo-de-*dorodendro* con un puntito amarillo en el centro, o amarillo con un circulito central *dendrodoro* como el botón de un abrigo o de un vestido sin agujeros a modo de corazón. Estoy demasiado cansado, demasiado confuso, últimamente me sucede cada vez más. Me separo de la mesa, las patas de la silla dan voces mientras se deslizan por el suelo, voy a ponerme junto a la ventana sin dejarme caer de nuevo en la silla y volver a levantarme cinco veces seguidas o las que aguante mi espalda donde una horda de indios alborotados me ha dado con sus *tomahawks* clavando uno de ellos en la parte trasera de mi cabeza. Consigo llegar a la cama, debo rodearla para alcanzar la silla al otro lado, cuatro o cinco pasos de nada, pero noto que me flaquean las piernas, jadeo, me falta el aire, mi cuerpo necesita descansar un poco. La cama no solo no está hecha, sino que parece más desordenada que cuando me desperté, me despertó la voz grave y sonora de Nick Morton. Aterrizo de espaldas en la superficie de caucho de color hígado que cubre el colchón, la estrujada sábana bajera me moja el pecho, huele a pis, si ya respiro mal iré a peor. Presentaré *comandas*, se van a enterar, no saben bien con quién están tratando, llegaré al Tribunal Supremo si hace falta. Detrás de mis ojos se forman ondas tormentosas, de papel, de agua.

… por aquí se ve casi negro, pero más adelante presenta un color azul oscuro e intenso y todavía más allá adquiere un tono azul de libélula traslúcida y al fondo del todo, donde acaba el mundo, se vuelve blanco. Viene directo hacia mí dando tumbos desde las infinidades en cuya albura nacen olas inmensas. Si me quedo de pie, a cada rato se desploma sobre mi cabeza una de esas olas como si se me cayese el techo encima, me tira al suelo y me arrastra por el negro fango mar adentro hasta donde ya no hago pie y comienza el reino de los tiburones. Por suerte, soy un gran nadador premiado con numerosas medallas en importantes campeonatos de natación y, en último caso, siempre puedo construir una balsa. En este vasto azul salado no me perderé ni me hundiré, ya está mi madre para gritarme. ¡Te vas a ahogar! Me zarandea con tal brutalidad que cuando por fin suelta mi brazo me sumerjo de nuevo en el oleaje. Bofetada. Otra. Y otra. Una vez que empieza a repartir bofetadas no hay quien la pare. Llegó a causarme daños cerebrales. ¿Te vas a ahogar? ¿Quieres ahogarte? Pues ahógate. Desde luego, no pienso derramar ni una sola lágrima por ti. La franja de fango negro se extiende ahí donde termina la playa, repleta de piedras y porquería, y comienza el mar. Al cruzarla corriendo, los sellos de los pies se van estampando en la negrura hasta que una ola los borra rápidamente. En cambio, al permanecer quieto, el fango sube a presión por entre los dedos de los

pies y al cabo de un rato absorbe los pies enteros. El agua me asalta de nuevo dejándome el tiempo justo para lanzar un grito antes de ser arrastrado al azul intenso y ser devuelto de forma automática a tierra firme gracias a la resaca. Me siento feliz. El sol. Un sol arrollador. Cada vez que el mar me trae a la orilla, mi pantalón corto un tanto pueril se seca enseguida. La mujer, mi madre, camina por la playa en lontananza. Estoy seguro de que esa mujer es mi madre, aunque tampoco lo estoy tanto. No me interesa. No me acuerdo de ella. Está con un hombre. No es mi padre porque no tengo. Ahora es ese hombre el que está con mi madre, la mujer en lontananza. Hace tanto sol que apenas la distingo en la clamorosa luminosidad, pero sí veo que el hombre le pasa el brazo por la cintura y la atrae hacia sí. En respuesta a la estúpida pregunta del tipo levanto los cinco dedos de una mano y, de la otra, los dos con los que estoy sujetando un lápiz, tiene la punta roma, he perdido mi sacapuntas y tampoco tengo cuchillo, la punta se transforma en el cono de ceniza de un cigarrillo envuelto en volutas de humo. ¡Siete años! ¡Qué mayor! Él también lleva pantalón corto, sin más, como yo, el suyo es kaki, con acento inglés en boca de mi madre, el último botón empezando por arriba se sitúa justo debajo de su ombligo. En ese ombligo cabría la mitad de mi dedo meñique, está completamente hundido en la piel de color café con leche. Aunque el tipo no es gordo como un buda, su barriga se tensa en torno al cráter y tira de él de modo que podría ver el interior en *close-up*, eso quiere decir de cerca, pero aparto la cara, aparto todo mi cuerpo, no tengo ganas de hablar con él. ¿Y mi padre dónde está? En tanto que mi madre aparece a veces en mis universos, jamás se ha manifestado ningún padre. ¡Pórtate bien! Mi madre, de pronto con voz más bien áspera. ¿No puedes ser un poco más amable? Bofetada. Echo a correr por la negra línea de la marea, con el agua salpicándome el pantalón por dentro y por fuera, mojándome la cabeza llena de sonoras palabras, sílabas, letras. Se las grito al rompiente, a las cinco olas coronadas por blancos caracoles de espuma que se encabritan como caballos en la zona azul del mar. ¡Qué mayor! ¡Pórtate bien! *Tujuh*! Significa siete. Para colmo, cada uno luciendo su deje particular, a cuál más desastrado. Insoportable. Por no saber no saben ni hablar. Me he visto de repente trasladado a un pasado tan pasado y tan remoto que muy raras veces lo frecuento. Lugares de alguna parte en lo más hondo de mi ser que creí que habían quedado derribados, tapados y sepultados para siempre como carne añeja, la mía propia entre ella dentro de muy poco, no falta nada. Podemos tratar de desenterrar todas esas *cositas* bajo hipnosis. «Cositas». Tres sílabas, siete letras. El padre Vliegenthert dándome la tabarra: Deje de pensar tanto en la muerte, querido señor Busken. Hay que cambiar el chip, verá. Voces. Ruidos. Aves sobrevolando el mar cuajado de coloridas

piraguas de pescadores. Una de las aves viene hacia mí zambulléndose una y otra vez en el aire, pero su pico erigido en pinzas no consigue lo que se propone, atrapar algo pequeño y voluble capaz de evadirse en todas direcciones, no veo lo que es hasta que cae de la bóveda celeste a mis pies. Cual plano cráneo de gigante pétreo yace en la negrura una piedra negra en la que rompen las olas para luego envolverla e inundarla, si sopla viento, pero no hay oleaje la arena se arremolina alrededor y encima de ella, así que es fácil tropezarse si no se tiene cuidado al correr. ¡¿Y ese rasguño en la pierna?! ¡Estás sangrando! Mi madre, ya con la mano en ristre, embutida en el traje de los pálidos triangulitos, cuadrículas y rayitas, que por otra parte abundan en mis manuscritos al igual que las aves y las olas. Una niña, del mismo color café con leche que el hombre, pantalón corto sin más ella también, en su caso con flores, *tujuh* como yo, mira al igual que yo el animalito caído del cielo que se está recomponiendo de la persecución posado en la espuma que adorna la piedra rocosa. *Kupu kupu biru kecil*, dice. Ya lo sé, le espeto. Esa niña morena y yo, yo soy un *sinjo belanda*, un chico blanco, hablamos la misma lengua, llevamos mucho tiempo casados. *Biru* significa azul, *kupu kupu* es mariposa, mariposita rectifico yo, porque *kecil* significa pequeño. Ella me da un empujón y me caigo al agua embarrada junto a la roca. Ahora la empujo yo y también se cae. Ella de nuevo a mí y yo a ella. Las saladas olas se abalanzan sobre nosotros como tejados que se derrumban aparatosamente. Soy feliz. Vuelve el ave, sale del sol, se oye un zumbido, el pico enfila la piedra como la punta de una flecha. Tic. Glup. Entre zumbidos, el ave regresa al rutilante *biru* en curva ascendente. Nosotros flotamos en las negras aguas arrastradoras y presenciamos la escena. A veces la reconozco a ella en una diapositiva fugaz. Cómo era, cómo era todo y cómo dejó de ser, hace ya mucho tiempo, fue, pasó. Gran pesar y punzante nostalgia. Ella, floreada, chapoteando a mi alrededor en la negra espuma sin dejar de salpicarme, las burbujas de luz en aquel torbellino de gotas. Bajo hipnosis sin duda oirá y hablará con normalidad. Siempre y cuando quiera colaborar. Entonces ¿qué pongo? ¿Dos canguros enfrentados en un asalto de boxeo? Me pellizcan el brazo y me sacuden…

… yo limpiar aquí. Hacer cama, señor. Una mujer tocada con un pañuelo gris que le llega por debajo de la barbilla y que solo deja al descubierto ojos, nariz y boca. Los tres fragmentos de piel tienen el color del tabaco negro, la picadura potente que fuma Herman. Está ocupada en ajustar un paño mojado en una escobilla de goma, con el mango en posición vertical frente a su figura regordeta, las manos enfundadas en látex rojo, con una de ellas me da un golpe en el brazo, en el hombro, lo que me despierta sobresaltado. No es aconsejable que

se me toque sin avisar cuando estoy ausente sin ver ni oír nada. Puede dar lugar a traumas y turbulencias en mi unidad interna de cuidados mentales. Esta mujer es una persona alóctona. No digas nunca «negro», insiste Babet, es hiriente y racista. Es mejor decir «de color». «Moreno» tampoco vale porque tiene el mismo problema que negro, la gente no tiene la culpa, son personas normales como tú y como yo y como Herman y como los judíos, por poner otro ejemplo, qué culpa tienen. «Alóctono» también es *denigr*-como-se-diga para personas que vienen de fuera, hay que decir «persona no occidental o con antecedentes migratorios». Blanco es blanco. Durante su lección magistral sobre el cambio lingüístico contemporáneo, que radica en sustituir unas palabras por otras sin que se modifiquen los conceptos, como por ejemplo cambiar «paciente» por «cliente», «interno» por «alojado o huésped», «morir» por «irse», una evolución que personalmente considero descabellada e innecesaria dado que hace peligrar la claridad, lo cual desapruebo tajantemente en mi condición de usuario lingüístico lúcido, Babet se metió en la cavidad bucal un puñado de cacahuetes garrapiñados con pimentón y mientras seguía hablando los fue recogiendo uno a uno con la mano porque se le había olvidado que no tenía con qué masticarlos. Los colocó encima del periódico alrededor de los dientes de su prótesis inferior. En el cuarto que me ha sido asignado en este asilo, junto a la puerta del pasillo, que está abierta, de modo que cualquier paseante puede echar una ojeada en el interior y verme a mí tumbado en la cama, lo cual me desagrada, hay otra mujer. Sin pañuelo, occidental, cabello rubio canario, las manos también enfundadas en látex rojo, aferradas al tubo de un ruidoso aspirador. De un puntapié, zas, apaga el aparato y a continuación grita algo al pasillo. Entra con muchos aspavientos la persona cuidadora llamada Sjoerd, deshaciéndose en reprimendas aun antes de cruzar la puerta: ¿Me puede explicar qué está haciendo, señor Busken? Sabe perfectamente que durante el día no está permitido tumbarse en la cama. ¿Acaso está usted enfermo? ¿No se encuentra bien? De ser así, tendría que haber llamado al timbre, que para eso está. Se ha metido en la cama vestido de arriba abajo y con el calzado puesto, señor Busken, esto no está bien visto aquí, y usted lo sabe. Al parecer, me apellido Busken. La primera letra de mi nombre de pila debe de ser una E. Es lo que se puede leer en la puerta de mi humilde morada. Venga, arriba, Sjoerd también me sacude, que estas señoras tienen que hacer su trabajo. Muy bien. Agárrese a mí. Ya está, poquito a poco. Consigo sentarme, las piernas fuera borda, se me cae un zapato, un mocasín. Tengo zapatos de cordones para ocasiones especiales, pero ya no puedo atármelos yo mismo. Necesitaría que alguien me ayudase, pero ¿quién? Mi hija ha emigrado. La mujer del aspirador observa: Tiene dos *carcetines* diferentes. Debe ser: calcetines.

Lleva un arito en el labio inferior, el arito se llama «labret», me siguen asombrando mis propios conocimientos. No tiene que ser ninguna broma que te hagan un piercing en el labio, quien quiera puede utilizarlo como llavero. La mujer del pañuelo, más correctamente *hiyab*, trapo no se puede decir bajo ningún concepto, nos inculca Babet mientras se le cae la saliva, cierra la puerta del estrecho ropero y la frota con un paño. E. Busken ya se había apercibido de que la puerta se había quedado entornada, pero el huésped que porta este nombre es demasiado famoso y se siente demasiado exhausto para cerrarla, además para cerrar y quitar el polvo a las puertas de los armarios está el personal. Se asoma otra mujer al marco de la puerta del pasillo, Mieneke Kalckbrander, antigua estrella de cine, de ahí que recuerde su nombre. ¡Aquí estás, Busigusi! Te estaba buscando. Hay galletas Sprits para acompañar el té. Te has echado una buena siesta, ¿eh? ¿Has tenido dulces sueños? La de veces que aquí me preguntan por mis sueños. Y que qué he soñado y que si en mis sueños mi cráneo es embestido por vigas que se mueven enérgicamente de un lado a otro. No sueño nunca. Sjoerd me acerca el andador. Que si prefiero la silla de ruedas, quiere saber. ¿Se queda con el andador? ¿Le ayudo? Por supuesto, rechazo cualquier ayuda, Hiyab se dispone a cogerme del codo para tirar de mí, le sonrío con caballerosidad, pero no tolero que me toque. La del aspirador: Caray, se siente, tampoco hace falta que pongas ese careto, abuelo. Será despedida antes de que finalice el día, la echarán a la calle hoy mismo, condenándola a la nada. Haré valer mi autoridad para que así sea. El andador no avanza por más que empujo, me tambaleo, por poco zozobro, pero afortunadamente consigo mantenerme en pie sin gemir de dolor en presencia de otros. Está usted apretando los frenos de mano, dice Sjoerd. ¿Qué día es? ¿Es hoy o todavía ayer o años atrás cuando todos seguían vivos? ¿Es por la mañana y debo cepillarme los dientes? Su zapato, dice Sjoerd. Hiyab se agacha al suelo para darle la vuelta al mocasín que está al revés y después colocarlo justo delante del pie del calcetín gris, lo cual le agradezco de nuevo con un gesto de la cabeza, tan galante como siempre, me abstengo de volver a sonreírle, mi rostro no está para sonrisas. Con lo que te gustan las galletas Sprits, dice Mieneke Kalckbrander. La rubia amarilla del arito en el labio también dice algo mientras da otra coz como la de antes para reanudar el zumbido del aspirador, y Sjoerd también dice algo y la persona alóctona también dice algo. En este último caso se trata de lo siguiente: del pañuelo emerge una mezcolanza de sonidos entre los que se distinguen algunos vocablos en neerlandés. Mientras habla, la mujer señala el tablero de la mesa con la barbilla. Esos papeles que los ordene él, ni los toques, déjalos, grita su colega despedida. No se vaya a resbalar, que está el suelo mojado, advierte Sjoerd. Al llegar a la puerta, Mieneke

Kalckbrander me coge del brazo y me acompaña en mis pasitos cortos. Tanto lo uno como lo otro me disgusta, pero pese a mis denodados esfuerzos por liberarme, ella no desiste y continúa hablándome como si no se percatase de que soy sordo y no la oigo. Un día me pusieron unas conchas sobre las orejas y me colocaron un dispositivo en el puño con un botón que debía pulsar con el dedo pulgar cada vez que percibiera un sonido procedente de las conchas. Delante de mí, en la pared de la sala donde ocurrió lo que estoy relatando, colgaba una imagen de un pabellón auditivo con indicación de los tubos, conexiones, cables y construcciones serpenteantes que se entrelazan dentro de la cabeza, me la quedé mirando sin mover ni un músculo. Estridentes pitidos, naranja. Chirridos, color metal. Zumbidos, marrón oscuro. Alguna voz humana. Era la del audiólogo, así se había presentado, tendiéndome la mano nada más entrar, yo no se la estreché porque sufro demencia. Un hombre en la cuarentena con las mejillas sin afeitar y un aliento poco fresco y una joven espigada frente a una pantalla. ¿Se ve algún movimiento? Ninguna reacción, informó ella. El especialista del oído acercó la mano a mi cara y la agitó. Al apartar los ojos de la oreja en la pared blanca, pude ver que movía el pulgar como si estuviese apretando un botón ficticio, tras lo cual me inquirió con la mirada mientras señalaba el botón que yo sostenía en la mano. Mi propio pulgar permaneció inerte y le devolví la mirada inmaterial e intemporal de los majaretas que me acompañan día tras día en este zoológico. Andas medio torcido. Te sigue doliendo la espalda, ¿verdad? Mieneke Kalckbrander camina erguida como una vela, pero en lugar de dar pasos poniendo el pie medio metro delante del otro avanza muy despacio situándolos de tal modo que en parte se solapan. Al andar hace pequeños gestos con la mano como si sus dedos estuvieran equipados con aletas e intentasen apoyarse en el aire a su alrededor, tiene tendencia a pegarse a sus convivientes, como ahora a mí, en lo que parece un pase de baile de arrastre. Ya no está para realizar los desplazamientos podales propios del tango, la tontaina de ella, aunque sostiene haber bailado el *jive* con Fred Astaire. Déjalo, mujer. Yo tampoco me atrevo ya con un tango, y eso que llegué a participar en concursos, con mi pareja de baile, su vestido de pliegues generosos abriéndose en abanico, su fragancia de flor danzarina, los trofeos a la mejor actuación que nos entregaron año tras año, aún conservo las fotos, hasta que empezó a dolerle la rodilla y aquello se acabó para siempre. Mi cerebro repite: yo tampoco ya. Repetir: Se acabó para siempre. Como todo. Yo tampoco estoy ágil, célere y elástico, para qué negarlo, pero Mieneke Kalckbrander solo contribuye a ralentizar aún más el avance de mis pies rastreros, al colgarse de mí carga todavía más peso sobre el pesado andador. Por mucho que intento sacudírmela de encima continúa agarrada a mí sin

dejar de cacarear, el dolor me reconcome la columna vertebral, toso en busca de aire. Oigo que dice: Despacio, siguiendo la línea sin que se rompa. Dando pasitos se llega muy lejos. Nosotros caminamos en *slow motion*. Ya sabes que eso significa a cámara lenta. Cómo tiemblas, amigo, estás hecho un saco de sacudidas. Mieneke Kalckbrander lleva sandalias de rafia, las uñas de los dedos de los pies en un color diferente cada una, como aquella caja de pinturas. Aquella caja de pinturas que me regalaron por mi cumpleaños en un siglo lejano, tendría yo diez u once años. Para enjuagar el pincel hacía falta un vaso con agua, el agua se volvió turbia como un caldo negro que teñía cualquier color nuevo que yo aplicaba sobre el papel. Con el regalo venía un solo pincel, rápidamente entró en la temporada de muda, se le fueron cayendo cada vez más cerdas hasta que al final solo quedaron dos. La falta de medios minaba mi talento y mi maestría. ¡Qué chapuza! Mi madre, pellizcándome la oreja doblada en dos y dándome al mismo tiempo un puñetazo en la cabeza. De ahí mi sordera. Desde luego, no sabes hacer nada. Nada de nada. ¿Artista tú? ¡Ni lo sueñes! Lo tuyo es pintar líneas en la calzada, y ni eso. ¡Eh!, grita Mieneke Kalckbrander, estoy hablando contigo. Basta de espiar el suelo y los dedos de mis pies. No te hagas el imbécil. ¿Te digo quién ha muerto? Wim Turfkruyer. Ni idea. Ya sabes, Wim Turfkruyer. Ni idea, no sé quién es. Estamos profundamente conmocionados. Con gran abatimiento y desolación. Uyer con y griega, continúa mi acompañante a la que en realidad acompaño yo muy a mi pesar. Ya me extrañaba a mí, llevaba al menos una semana sin verlo, siempre con su azada a cuestas, y ahora resulta que se ha largado sin más ni más, eso me dijeron hará una hora o treinta minutos. Para Wim Turfkruyer, quienquiera que haya sido, se acabó. Uf, ya pasó. Pero su poderoso espíritu permanecerá para siempre entre nosotros. Regresará a la casa del Único, como se promete en el libro de los salmos. Morir no está bien dicho, hay que decir irse, aunque yo no tengo ningún inconveniente en que se utilice la palabra muerte, negra como un negro. Aquella caja de pinturas me la regaló mi tía Marie, que tenía un ojo de vidrio. A veces, al lavarse la cara, se le caía en el lavabo donde empezaba a dar vueltas como una peonza rrrrrrrr hasta que se quedaba quieto en el desagüe mirándola fijamente. Una de las muchas batallitas recurrentes, con onomatopeya y todo. El público desternillado de la risa, con la tía Marie a la cabeza, menos yo. ¿Cuándo vas a parar, carrusel de mis devaneos? Banales y triviales nimiedades sobrevolando cual destellos el campo de mis pensamientos, desviándome de mis cavilaciones filosóficas. En el carrusel de la feria al que me subía en tiempos colgaba sobre los caballitos saltarines una borla, nosotros la llamábamos *flosh* a la francesa, y quien lograba arrancarla podía montarse otra vez sin tener

que pagar. Ojalá pendiera sobre mi mariposeo mental una borla que me permitiese pensar de verdad. Desde la caída soy incapaz de concentrarme. Por los pasillos y portales de mi cabeza y mi vientre reverbera el eco de un coro de voces, cada una de un color. Sílabas. Letras. Nosotros somos personas del día, dice Mieneke Kalckbrander. El tío Jan de la tía Marie se pedía cada día coles de Bruselas. Tiene que ver con el ojo de vidrio. Yo mismo pude ver cómo la tía Marie se lo quitaba y lo cambiaba por una col cruda. El público desternillado de la risa, menos yo. El tío Jan era socorrista de una de las piscinas más emblemáticas de la época, donde yo podía ir a nadar gratis. En casa de la tía Marie y el tío Jan, ambos se fueron en el sentido de que murieron, dormía en una cama en el desván bajo el tendedero. Si uno consiente el aleteo sin unas pautas de pensamiento bien marcadas y bien delimitadas, al final nada tiene que ver con nada. Es algo a lo que dedico no pocos pensamientos. La zona común, el llamado salón, con macetas plantadas de plástico en los alféizares y también en el centro. Entramos a trompicones como en el gabinete del Bosco. Los espantajos sentados a las mesas tienen cabezas de pescado y rabos de perro, meros hocicos sobre patas de gallina, brazos y manos que se menean como ramas de árbol en condiciones climatológicas intempestivas. De todos los clientes aquí reunidos, yo soy el único normal. Hay un vaso de plástico para mí en mi sitio de siempre, pero como tengo telarañas en el cerebro me siento en otro lugar distinto. Una persona cuidadora femenina se pasea con una jarra de estaño y va sirviendo un líquido de color estiércol. Té de Dorothee, exclama uno de los residentes, que tiene un trombón por nariz. La graciosa travesura se repite aquí y allá, jajajá. *Eröffne dich feurigen Abgrund o Hölle*. Abre tu ígneo abismo, oh infierno. No me llamo así, yo soy Fienie, como dice mi cartelito, me llamo Fienie desde hace dieciocho, casi diecinueve, años. Ah, bueno, la joven del acné. Primero hay que soplar, avisa. Quien no sopla primero se quema los dedos y los labios con el hirviente agua de pozo cuyo ardor trasciende el fino plástico, y en efecto, curiosamente, pese a las reiteradas advertencias, se oye y se ve con cierta frecuencia cómo fulano o mengana se abrasa la mano lengua paladar campanilla, a lo que el presunto té, acompañado de alaridos de dolor y blasfemias, inunda el tablero de la mesa, o se desliza por el antebrazo rumbo al codo o a otras partes del cuerpo desgraciado, e incluso de otros cuerpos vecinos, momento en que comienza a crecer el galimatías de voces protestonas en la obra de teatro popular para idiotas que me propongo escribir aún. Sea como fuere, hoy amenaza calma absoluta y ausencia de calamidades. Junto a cada vaso hay un plato de plástico con una galleta Sprits. Desde luego, no es un día cualquiera. Estás en mi sitio y ese es mi té y mi Sprits, sisea una serpiente desde el otro lado de la mesa. La oigo, pero la pantalla no registra ninguna

reacción. Vamos a hacer otra cosa, ¿de acuerdo?, propuso el orólogo. Voy a hablar por mi micrófono, algunas palabras breves, si las oye usted, las repite por el suyo, ¿entendido? Mira la pantalla, Sara. Vamos allá. Leyó unas palabras anotadas en un cartón blanco. Perro.Pelota. Libro. Galleta. No se ve nada, dijo Sara con su voz de pito. Lo cual es completamente lógico, puesto que soy sordomudo. Al pasar él la mano por mi barbilla sin afeitar, la sensación auditiva era la del viento susurrando en las copas de los abetos. Hoy será un día especial pero la Sprits está igual de fofa y blanda que siempre, sacan las galletas del refugio antiaéreo horas antes de distribuirlas por los platos, una fechoría imperdonable, las Sprits deben estar al dente, arenosas y crujientes, es algo que yo defiendo a capa y espada, del mismo modo que no se pueden servir patatas sin el jugo sabroso de un buen trozo de carne, no esa infusión acuosa de los cubitos Maggi, las veces que me habré quejado por escrito para tratar de enderezar la situación. La señora Van der Kolk está en lo cierto, dice Sjoerd, que se encuentra de nuevo a mis espaldas sin que yo le haya oído llegar. Las personas cuidadoras aparecen siempre repentinamente sin hacer el menor ruido, lo cual es motivo de sobresalto al menos para mí. Está usted sentado en el sitio de la señora Van der Kolk, señor Busken. Hoy está un poco desorientado. Su sitio está ahí. ¿Desorientado? Si ni he tocado la Sprits de esa mujer, cubierta de moho azul tirando a gris. Cuando me levanto, agarrándome al andador, noto que el pañal se me ha quedado pegado al culo y aunque nada tiene que ver con nada me doy cuenta de que vuelve a imperar el azul, azul y más azul, como el pavo real que nos mira desde el vano de la puerta que da al jardín, todo se ha vuelto de nuevo azul, empezando por las escamas del reptil Van der Kolk. Venga, E., siéntate. Mieneke Kalckbrander en el papel de madre, la madre que nunca he tenido, sentada frente a mí en su sitio de siempre. Ha partido su Sprits en trocitos que desliza uno a uno dentro de su boca arrugada con un delicado control de los dedos para luego chuparlos, lo que no corresponde, las Sprits deben ser arenosas y crujientes. Y ahora tómate el té. No te olvides de soplar. Me enseña cómo hacerlo. A veces le da por llamarme E. La letra E está escrita en la puerta de mi morada. En una ocasión me preguntó qué seguía a esa E. Pues Busken, qué si no. ¿Cómo te llamas en primer lugar? Estaremos más a gusto si tú me llamas Mieneke y yo te llamo Ernest o Eduard o Evert o Egidius o Ewald o como te llames. Mientras decía eso la miré en silencio y después miré hacia otro lado. Con quien desconoce mi nombre completo y por ende ignora quién soy en mi calidad de eminencia de excelsa erudición y sublimes actos de belleza, toda confianza está fuera de lugar y cualquier conversación es indeseable e inútil, y lo deploro. En fin, no me estás oyendo, continuó. Lástima, porque eres encantador. Mentira. Quien se atreve a ponerme

la mano encima, se lleva un tortazo eléctrico. Tenía las manos ásperas, callosas, despellejadas, me refiero a Wim, repesca Mieneke Kalckbrander el hilo de su soliloquio. Como papel de lija. De tanto trabajar y cargar peso, cuando te cruzas, te cruzabas, con él siempre estaba haciendo cosas, a cualquier hora y en cualquier lugar. Mientras pronuncia estas palabras mira las palmas de sus propias manos y luego las palmea para limpiarse las migas. Repite la operación, es preciso repetir la toma, una y otra vez, a petición o mejor dicho por orden del director, que le habla a través de las ventosas que le tapan los oídos, nunca vale con la primera. Mieneke Kalckbrander está como una cabra. Yo lo registro todo, aunque no se me nota. Ahora entra en el salón un cliente plumífero, torso, espalda, brazos, piernas recubiertos por una pelusa ensortijada, desnudo si no es por la toalla que lleva anudada a la cintura. Ahí llega Jurgen, dice Mieneke Kalckbrander, todo el mundo lo conoce. A diferencia de mí, yo no conozco a ninguna de las individualidades de este espacio del horror, quitando hasta cierto punto a Mieneke Kalckbrander. Hola, Jurgen. ¿Te vas a dar un baño? Y en un aparte: No está bien de la cabeza. Un gesto en el aire de su afamada mano junto a la frente. Si no te la vas a tomar, me la tomo yo, ¿te parece? Ya está desmenuzando mi Sprits. ¿Tampoco te vas a tomar el té? Té verde, pruébalo. Pero no te olvides de soplar. Uno de los carceleros, no es Sjoerd, se lleva al protagonista llamado Jurgen. A los miembros del personal sí que los conozco a todos, además por su nombre, pero de este en concreto no me acuerdo ahora mismo. Desde que tengo problemas de movilidad se me olvidan algunas cosas, nombres, por ejemplo. Y títulos de libros, entre ellos los que yo mismo he traído al mundo en el transcurso de mi larga, bien aprovechada y apasionante existencia, tanto literarios como filosóficos y científicos. Les dio por llamarme «la resurrección de Goethe». ¿Cómo se llama mi hija si es que tengo una? ¿Y cómo me llamo yo? Que nadie me lo diga, tengo que acordarme solo. Al anciano llamado Jurgen se le cae la toalla. La persona cuidadora recoge el taparrabos del suelo y vuelve a cubrir el componente escuchimizado y el plano trasero del desorientado varón. Lo veo, aunque no quiero ver dónde estoy. Mieneke Kalckbrander me dice con los labios manchados de granitos de Sprits: Ha perdido el norte para siempre, *poor* Jurgen. Ella, como todos los demás, ha seguido con ansia el desarrollo de los acontecimientos en medio del murmullo de voces y las risas burlonas que se han extendido como un reguero. Míralos, animales de circo sin brújula ni noción de cómo se puede deducir de las estrellas dónde se sitúa el norte, dónde se encuentra uno mismo y qué hora es, basta con documentarse un poco y tener a mano un sextante. Sombras sin nombre. Depende. No solo conozco a Mieneke Kalckbrander, también conozco a Wolff, notorio pervertido, está sentado a unos asientos de

donde estoy yo y aparta con su Sprits el vapor del pis de murciélago para luego mojar la delicia en el repulsivo líquido con sus repelentes manos hechas de arcilla pegajosa de médico de cabecera tocón y sobón con las que… mejor no pensarlo. Su careto en el periódico sin franja negra en los ojos. No autorizado sin consentimiento mutuo. En reiteradas ocasiones. Las víctimas declaran. De ahí que conozca su nombre. Conque yo no voy a cumplir cien años. ¿Y él sí? Ridículo sombrero. Míralos ahí sentados. Si no cacarean, entre ellos o consigo mismo, desvaríos siempre, miran al frente sin inmutarse, con balanceo corporal o no, las manos casi siempre inquietas, toqueteando lo que sea, tamborileando, y cada cierto tiempo las levantan, las posan sobre la cabeza y las dejan ahí un rato. Y yo en medio viéndolo, a la fuerza. Anoto todo muy atentamente con plena conciencia del norte y de los otros continentes, y de las estrellas y de mi horóscopo. Soy tauro, es decir, soy una persona bondadosa y fiel y brillante. En una mesa adyacente vacían ruidosamente la caja del dominó. Primero colocan todas las fichas con los puntos mirando hacia abajo. Después las mezclan y eligen una cada uno. ¿Quién tiene la puntuación más alta? Yo, yo tengo seis en un lado y cinco en el otro, me toca empezar. Tú empezaste ayer. Pues hoy también. Pero ayer gané yo así que hoy me toca a mí. Las reglas dicen que empieza el jugador con la puntuación más alta. Lo percibo todo en azul. Azul acero. Azul sonoro. Mieneke Kalckbrander se ha levantado de la mesa y se aleja arrastrando los pies. Me bebo el agua verde que se ha enfriado hasta quedar tibia e insípidamente insulsa. Enfrente de mí se sienta una mujer, primero coloca una rejilla acribillada a balazos entre ella y yo y luego vacía una caja. Nosotros también vamos a divertirnos, dice. Lo estás deseando, se te nota. De la caja salen fichas apiladas a modo de pequeñas torres, al parecer de dos colores. Tú rojo y yo verde. ¿Acaso es mi hija? Mi hija se llama Selma. No me acuerdo de la mujer sentada al otro lado de la mesa, pero sí recuerdo el traje de las caritas sonrientes que envuelve su esqueleto y el botón lateral que cuelga de un frágil hilo y que se va a soltar de un momento a otro, y el tono de su voz. Me acerca varias torrecillas, ni que estuviéramos en una mesa de juego de un casino, las fichas se pierden, pero a veces se recuperan, duplicándose, multiplicándose prodigiosamente, como me sucedió tres noches seguidas en Wiesbaden. Flotaba y nadaba en dinero, rodeado de juveniles damas y caballeros fragantes y fulgurantes, hasta el inodoro rebosaba champán. Con las fichas que me han facilitado, al parecer son rojas, debo formar rayas ininterrumpidas de cuatro, en horizontal, en vertical o en diagonal. La mujer, moño en la nuca, ten cuidado que estás a punto de perder también el pasador, debe hacer lo mismo con sus fichas verdes, y ambos tenemos que impedir que el otro complete sus rayas. ¿Entiendes? No me importa especialmente

que me tutee sin preguntar, pero me molesta sobremanera que según parece dé por descontado que yo estoy igual de chiflado que ella y el resto de los presentes cuando a mí se me conoce por mi intelecto matemático-estratégico. Tienes que introducir las fichas aquí arriba, en estas ranuras. En lugar de mirarme a mí harías mejor en mirar mi dedo. En la mesa del dominó, una voz observa: No te oye, Mieneke, está más sordo que una pared. Mi discernimiento lingüístico me dice que la expresión correcta es estar más sordo que una tapia. De hecho, es sabido que las paredes oyen. Quien sabe, sabe. No es sordo, replica Mieneke Kalckbrander, *close-up* de sus manos en la nuca, ocupadas en acomodar el moño y el pasador, debe de haber deducido de mi mirada insistente que la construcción amenazaba con descomponerse. Hay veces que está distraído, eso ocurre cuando oye cosas y voces y música dentro de su cabeza, y tiene que prestarles atención, claro. Lo conozco muy bien. Además, habla sin parar, aduce Dominó mientras planta una traviesa en la negra línea férrea dando un golpe que me sobresalta. No habla porque piensa, se concentra en sus sabios y profundos pensamientos, dice Mieneke Kalckbrander. Y a mí: Empieza tú. Anhelo el alcohol, la blanca bebida de aquellas botellas glaciales, el placentero estremecimiento entre los omóplatos al primer sorbo, la plenitud de la felicidad al segundo, la libertadora embriaguez mental tras la enésima copa, los íntimos intercambios de ideas con un espíritu gemelo, Dios mío las chorradas que podía llegar a soltar Babet cuando se reunía con nosotros, y también la sensación de escribir borracho sentado a solas a la mesa del comedor bajo la lámpara de techo, a lo que salga, atizado por la propia brillantez de ideas y de palabras. Aquí me lo han arrebatado y vedado en el marco de la descontaminación, pero los alaridos de la nostalgia y la apetencia continúan intactos. Un día infusión de frutos rojos, al siguiente té verde y al otro un líquido caliente con sabor y aroma a alcanfor que impregna las papilas durante horas. Ay, la botella, partida con distinción simétrica en dos mitades exactamente iguales. En este mismo momento me abalanzaría sobre las losetas para beber el néctar de los dioses. Sáquenme de aquí. No pienso participar en este infantiloide pasatiempo de día absolutamente estúpido para personas de mi edad y mi formación, propiedad de la sección de terapia ocupacional como se puede leer en el lateral de la caja que tengo delante, por la simple razón de que yo no he vuelto a la infancia, todo ello sin perder de vista la circunstancia de que mis manos tiemblan con tal violencia que difícilmente puedo introducir una ficha en la ranura que sea. De acuerdo, comenzaré yo, dice Mieneke Kalckbrander. La ficha azul cae al fondo de la rejilla a través de los orificios de bala. Ahora te toca a ti. Al ver que me limito a apretar los dedos para controlar mis manos, sin mover ni tan siquiera los ojos, dice de nuevo de acuerdo, y

después: Jugaré yo por ti, ¿te parece bien? Tú dime dónde quieres que introduzca la ficha. ¿Aquí mismo para bombardearme nada más empezar? La ficha azul que retira de una de mis torrecillas, ese gesto de la mano, copiado de Anna Pavlova en *La muerte del cisne*, se desploma sobre la ficha también azul que ella ha introducido con anterioridad. El aterrizaje de los discos de madera en el fondo o encima unos de otros se acompaña de un golpe seco como el de un ave picoteando una piedra. Mieneke Kalckbrander: Pues yo hago esto. Pum. Y ahora tú piensas ¿ah sí? Toma. Pum. Me toca a mí, te veo venir, *mister*. Pum. Azul encima o al lado de azul, se va formando una pared tras los orificios de bala. Mieneke Kalckbrander aplaude alegremente juntando sus manos cubiertas por una costosa póliza de seguro. Interviene de nuevo Dominó: ¿Cómo vamos, amiga? Lo mismo da jugar contra un tronco de madera. También se gana siempre. ¡Bien hecho! Repito: Sáquenme de aquí. De pronto se oyen voces y más ruido, ajá, una pelea, allá voy pertrechado con mi cuchillo, que me viene de perlas. Alguien que pasaba por detrás de Wolff le ha quitado el sombrero de un tirón y con un amplio movimiento del brazo lo ha mandado de paseo por la sala. El elegante tocado vuela por el aire de mano en mano, se desliza por el suelo de pie en pie, con Wolff siguiéndole la pista entre bramidos, los colmillos echando espuma, repartiendo golpes a diestro y siniestro, el muy cerdolí. Recuerdo haberle oído ese epíteto a Babet. Azul y más azul. Gritos azules. Todos, menos yo, vociferando, chillando, participando en el revuelo que yo observo en silencio, aunque no quepa en mí de júbilo, atento a las personas y acontecimientos retratados en azul al estilo de Picasso en sus años parisinos. Según nos contó Babet, el doctor Wolff pasaba consulta con el sombrero puesto. Guardapolvo blanco como un pintor de paredes, explorapulmones alrededor del cuello, y el sombrero. Desvístase por la parte de abajo, guapa. ¡Guapa! Si solo necesito una receta contra el escozor y la sequedad. Y de pronto me veo en la camilla, con las piernas levantadas, la parte de abajo a la vista. Y él con guantes de plástico y el sombrero y va y me buenóoo con un tubo de esnórquel dentro y el aliento suyo y se abre el albornoz el muy cerdolí y yo yo buenóoo. El desaliñado borsalino acaba con un plof sobre el juego de fichas que me separa de Mieneke Kalckbrander y acaba tirándolo junto con los vasos de plástico vacíos de los que aun estando vacíos salen no pocas gotas del poco líquido que quedaba. El cubrecabezas las surfea cual tabla de surf al tiempo que las fichas caen al suelo a golpe de xilófono. Lo oigo con precisión en medio del fragoroso vocerío de los marginados que corren a mi alrededor y el demás ruido de sillas que se vuelcan, mesas que se mueven, andadores que chocan entre sí, las impotentes llamadas a la calma de Sjoerd y de otros dos amansalocos que han llegado a toda prisa, sus nombres se

me escapan con tanta conmoción como hay por aquí. Fienie, que está recogiendo los vasos y los platos en un mueble con ruedas, se ve empujada contra la ventana, donde le cae sobre el hombro una planta artificial, sus gritos sobrepasan cualquier otro sonido como en el ocaso de los dioses, *Götterdämmerung*, tercer acto. El experto en dominó vuelve a exclamar: ¡Bien hecho! Yo disfruto. Caos, gran caos. Y ahora que lo pienso: el sintagma «gran caos» está compuesto por dos palabras de cuatro letras cada una, del mismo modo que las fichas deben ordenarse en la rejilla en rayas rectas de cuatro piezas, una coincidencia curiosa. Que no se me olvide anotarlo luego. Tengo la suerte de no olvidar nunca nada. Por eso me noto la cabeza tan llena. Ojalá estuviera equipada con un grifo y pudiera abrirlo de vez en cuando para evacuar lo superfluo, pero qué es superfluo en un cerebro tan poderoso como el mío. El médico se precipita sobre el tablero de la mesa donde Mieneke Kalckbrander ha atrapado con ambas manos el valioso sombrero como si fuese un animal que le hubiera estropeado la jugada al pasar. Dame, jadea Wolff, con su vestimenta exquisita, sus carísimos zapatos, los restos de cabello desordenados en greñas, el rostro rociado por la saliva, cada gota que se volatiliza recortada de forma individual en el sol azul que riega el salón, y se apropia de lo que le pertenece. Aquí tiene, señor Olfsen. ¿Olfsen? Oigo que Mieneke Kalckbrander pronuncia el apellido con sarcástica educación. Por dos veces, dirigiéndose a mí y a algunos otros espectadores, tan decepcionados como yo al comprender que el espectáculo ha terminado desde el momento en que el señor Olfsen abandona el salón de té desabollando y desempolvando su «sombrero», ocho letras, con la manga de la chaqueta. Hay que ver, continúa ella, el señor Olfsen, notario, o agente, lo que sea, algo relacionado con inmuebles, *whatever*, y su sombrero, poco menos que Jesus Christ Superstar y su corona de espinas. No se lo quita ni para dormir ni tampoco en el váter. ¿Olfsen? Como es evidente, a mí no me pasa nada, no me falta ningún tornillo, están firmemente alineados, los cuatro en raya, sin perder el norte, lo sé con total certeza, aunque los jirones de niebla comienzan a invadir el campo de mis pensamientos anunciando una borrachera incipiente, esa es la sensación que tengo. Del mismo modo que he observado cómo una garra con uñas prensiles de un monstruoso animal prehistórico, probablemente del Paleolítico, mitad ave, mitad simio, mitad cactus, le arrancó a Mieneke Kalckbrander el sombrero de las manos, observo ahora que de la frente de Mieneke Kalckbrander emerge un cuerno en espiral que acaba en una afilada punta de lápiz. Como criptozoólogo, controvertido, pero de fama mundial, logré cazar en las tierras vírgenes del sureste de Nueva Guinea un ser equino con semejante protuberancia en la cabeza, un ejemplar femenino para ser exactos, utilizando una trampa de diseño

propio formada por redes de hierro, y con digamos la ayuda, aunque entre comillas, de algunos indígenas primitivos, más tontos que nadie. Se puso hecho una fiera, removiéndose como un huracán furioso, acabó soltándose y se largó a todo correr, resoplando, rebuznando y silbando por la nariz, al redoble de sus rítmicas patas de damisela, pero conseguí eternizarla en una fotografía que he incluido en mi libro, aquella mancha blanca de contorno irregular entre los árboles al fondo es ella. Jirones brumosos de asombros varios. ¿Olfsen y no Wolff? A veces se me puede olvidar algún nombre, lo reconozco, no me duelen prendas, pero de ahí a confundir nombres y caras. ¿Distraído? ¿Yo? Mantengo mis abundantes pensamientos a raya para no perderme en ellos, si me pierdo sufriré demencia y no podré administrar mi propio dinero. ¿Qué día es hoy? Hoy es un día diferente. Percibo cierta intranquilidad que parece alcanzarme hasta a mí, la estoica imperturbabilidad en persona. ¿Qué diablos hago yo aquí? ¿Y por qué no hago nada? Lo que hago, aunque no es ninguna acción, es mirar sin moverme. Mirar al frente. Mieneke Kalckbrander ya no está de pronto de nuevo sentada al otro lado de la mesa así que miro por la ventana, al cielo, menos soleado y menos azul, con algunas nubes haciendo cabriolas. Se diría que también allí y en las copas de los árboles sopla la intranquilidad como sobre una superficie de té hirviendo. Agente inmobiliario o *whatever* en lugar de médico de cabecera y delincuente sexual. Mieneke Kalckbrander se halla debajo de la mesa juntando y recogiendo las fichas. Su mano de porcelana se asoma cada cierto tiempo al borde de la mesa para ir dejando los discos apilados en torrecillas. Bien hecho. Al rato, o sea, en este momento, está sentada de nuevo frente a mí y mi vista panorámica, guardados ya el tablero agujereado y las fichas de ruleta, aunque sostiene otro objeto pensado para ocupar a dos personas con el fin de vestir el ahora y la nada. Propiedad de la sección de terapia ocupacional. Dos tablas de las cuales me acerca una. Esto os va a resultar más fácil a ti y a tu temblequeteo. Constato que me está hablando. Solo hace falta usar un dedo. Primero hay que enderezar todos los retratos. Mira, se hace así. Me lo enseña con su tabla y al ver que no me inmuto levanta también las caritas de la tabla que me ha asignado a mí. Los retratos los ve el jugador, no el adversario. Bien, pues eliges uno de tus muñequitos y yo tengo que adivinar cuál has elegido y tú adivinas el que he elegido yo. Por ejemplo, yo te pregunto si es una mujer. Si no es una mujer, tumbo en mi tablilla a todas las mujeres. Como ya sé que es un hombre te pregunto si tiene bigote. Si tiene bigote, dejo los bigotes y elimino los sin bigote. ¿Entiendes? Si tú me preguntas si lleva gafas y yo te contesto que no, empujas a todos los gafotas con el dedo para que desaparezcan. Hasta que. Verás, este juego se llama Quién es quién. Pregúntaselo a él, se inmiscuye

Dominó de nuevo. Ya no sabe ni dónde tiene la cabeza ni los pies, ese tipo está como una enredadera. Mieneke Kalckbrander, en torno a cuyo cuerno suben y bajan tenues circulitos como de fino humo: Tú ocúpate de tu propia enredadera, idiota redomado. Además, el señor Busken es el señor Busken y no ese tipo. Ya estás tardando en volver con tus amiguitos y amiguitas, imbécil, que eres un palurdo. Mira cómo mueve las manos, observa Dominó cuando Mieneke Kalckbrander ha dicho lo que tiene que decir, aunque personalmente desapruebo los calificativos con los que ha caracterizado a su rival, yo jamás me expresaría en esos términos. Como si sujetara un cuchillo en cada mano y se hubiera liado a cuchillazos, interviene alguien en otro punto del salón, una mujer, abundando en las palabras de Dominó. Es la beata con cara de acelga que se pasea todo el día con el cojín engurruñado en forma de bola bajo el brazo sin dejar de acariciar su gatito cariñito. Solo falta la loca de Malle Babbe con su nutria muerta. Mieneke Kalckbrander sale de nuevo en mi defensa, aunque no es necesario, ya me defiendo yo solo aportando una aclaración: Marca el compás, ¿no lo veis? Dirige la música que oye en su interior. Beethoven jajajá, fanfarronea Dominó. Chunda chunda tararí tarará badam badum níiiiiiii. Qué gracioso. Hace como que toca las cuerdas de un violín, infla las mejillas para soplar aire a un fagot tuba clarinete, finge hacer ruido con las tapas de unas cacerolas. Alguien en la nave de los locos canturrea pompompompooooom. El audiólogo le pellizca a su juguete Sara en el cuello satinado, ¿se ve algo en la pantalla? Mieneke Kalckbrander persiste contra marea y viento, obviamente quiero decir contra viento y marea: Por eso no habla y no oye lo que ocurre a su alrededor. Se le nota en los ojos, miran hacia dentro, hacia lo que ve y piensa y recuerda e imagina en su interior. ¿Sabéis quién ha muerto? Wim Turfkruyer. Tampoco hablaba mucho pero también era siempre muy amable. Yo tenía un buen trato con él. Siempre con la carretilla y la azada y el termo. Un enamorado de todo lo que crece y florece. ¿Te marchas, E.? A eso me dispongo, sí, atravesado sobre la silla, con la mano temblorosa tratando de alcanzar el andador que se me va al primer roce. Es un mal bicho y está mal hecho. La cantidad de cartas y llamadas telefónicas que habré intercambiado con los fabricantes de estos artefactos, en neerlandés, en inglés, en alemán, en francés, en español, en swahili, docenas de ellas, todo siempre bien explicado en un tono correcto-educado-neutro-instructivo y aludiendo a mis conocimientos sobre el tema, basados en mi experiencia como promotor e ingeniero industrial. Tengo bocetos y dibujos de taller y he solicitado patentes. Hace falta un sistema de frenado más eficaz, al margen de los frenos de mano que permiten hacer un alto durante el paseo para tomar aliento, se necesita un freno que inmovilice el instrumento mientras no esté en

uso. ¿A qué se refiere, señor? Me refiero a que, estando parado, el caminador no avance ni eche a andar mientras no se pretenda lo contrario, y que se mantenga inmóvil en posición de estacionamiento automático, como al bloquear una silla de ruedas, ¿me sigue?, se soluciona con una simple palanca o manivela o botón o bisagra. Le haremos llegar nuestro catálogo, señor. De camino al salón de mi casa, con la fría botella recién sacada de la nevera en la mano, me tropecé con el andador en el pasillo, donde lo había dejado aparcado al volver de la compra, di contra el hierro y me hice daño en la rodilla, pero afortunadamente la botella no se me escapó. A raíz del choque, el trasto con ruedas pasó él solo de posición de parada a estado de marcha, describió media curva a mi alrededor hasta ubicarse a mis espaldas con la parte frontal vuelta hacia atrás, y me dio en las nalgas y las corvas, los puños a izquierda y derecha de mi cintura, como si me atacase y me cercase un animal sin que yo pudiera verlo. Sé a ciencia cierta que en ese momento aún sujetaba la botella con fuerza, la membrana de hielo del congelador de la nevera se había quedado pegada a mis dedos, pero tras un repentino movimiento reflejo me caí contra el soporte situado entre ambas empuñaduras, aún hoy percibo los gemidos de las ruedas bajo el súbito peso, adiós botella, también oigo todavía el ruido del cristal al romperse tan inoportunamente, crac, el deambulador salió disparado lejos de mí dejándome sin apoyo y me caí de espaldas dando con la cabeza contra las baldosas, de nuevo, crac. Ahora el carrito se adentra en la zona común sin que me haya dado tiempo a agarrar bien uno de los mangos. Agitando los brazos en el vacío pierdo el equilibrio y mi zapatilla derecha y vuelvo a desplomarme por culpa de uno de estos armatostes, esta vez de bruces y dando contra el suelo con el hombro tras recorrer primero toda la pata de la mesa. Estos bichos deben permanecer bloqueados e inmóviles siempre que no se usen para andar. Lo someteré a votación en el Parlamento. El silbato de Nico Morton se sale del bolsillo de mi camisa y se aparta de mí dando botes tonantes hasta que, de pronto, mientras voy cayendo, se hace el silencio, un silencio como no he oído nunca antes aquí. Un hilo silencioso se desplaza despacio de oído a oído en el interior de mi cabeza como si se fuese enrollando en una bobina en un lado y luego en otra bobina en el otro lado en un deslizamiento continuo. Un silencio virtualmente visible, pues, es visto solo por mí, detrás de mis ojos cerrados, durante un número excesivamente reducido de segundos. Cuando vuelvo a abrir los ojos me encuentro mirando fijamente la parte inferior de la mesa así como el *directoire* con perneras de Mieneke Kalckbrander que se me revela en las penumbrosas profundidades más allá de las rodillas separadas. El silencio perdura, en el sentido de que todos están callados y no resuena ningún rumor comunitario, pero se oye y hasta se siente que

es un silencio que precede a algo que está a punto de ocurrir. Cuando trato de incorporarme, choco con la madera justo encima de mí dándome un golpe en la coronilla, en el tablero de la mesa algo se mueve y se revuelve, ni lo uno ni lo otro afecta al silencio, el hilo silencioso no se rompe, ni tan siquiera experimenta la más mínima vibración. El silencio es tal que parece que de repente me he quedado sordo. Vuelvo a tumbarme, apoyado en mi martirizada espalda, las manos entrelazadas sobre el vientre como si estuviera rezando, una postura en la que puedo ir directo al ataúd, sobre mis párpados el peso del plomo, en algún momento llegué a percatarme de que el azul cambió a gris y luego a nada. Una voz. Habla. No a mí en particular, habla desde un espacio en el que no estoy yo al tiempo que sí estoy, metamorfoseado como en los libros de Ovidio. En mi silencio penetran fragmentos de lo hablado. Día especial, señoras y señores. Nuestro Hogar Madeleine, quince años. Gritos y aplausos. Qué peste. Celebramos. En el tablón de anuncios. *Barbecue* con acento estadounidense. Nuestro hermoso jardín. Un sol magnífico. Ojalá aguante. Habla el gran jefe Richard pronunciado como *Rishár*. En mi ausencia a la vez que en presencia reconozco su voz, que vuelve a sumergirse entre rugidos de alegría y de tamborileo sobre mesas. Exultación en la guarida de las mofetas. El que apesta soy yo. En pleno desplome, fui consciente, se me escapó. Conviene tapar los aliviaderos corporales con estuco, cola, cinta adhesiva, espuma aislante, antes de guardarlo todo en el ataúd para evitar que los efluvios, por más que la caja esté cerrada a cal y canto, alcancen a los familiares si los hubiere, quizá mi hija, aunque se me antoja inverosímil, y a otros posibles allegados, no sabría quiénes, llevo semanas sin ver a Herman y Babet, no ha venido nunca, los cuales podrían vivirlo como una experiencia desagradable. No sucede aquí sino en los sótanos del Centro Médico bajo la batuta del drácula vestido de blanco crepuscular, primero el descenso en el ascensor, después el ascenso, catapultado, rectifico, taponado, en una caja, pasando por la señora Holkema hasta la puerta de atrás y de allí al todoterreno de Caronte para abandonar las instalaciones por el portón de salida. Las abejas y las mariposas lo saben muy bien. Y los escarabajos y los gusanos. *To know him was to love him*. O por decirlo con el *Eclesiastés*: Todo tiene su tiempo y todo tiene su hora. *Ainsi tu es*. Lo que percibo es un estridente cricrí de grillos, el chirrido del silbato de latón que se ha caído de mi camisa, de él se ha apropiado un cliente de este negocio de chalados que no para de enviar señales en código morse. Una multitud de voces mezcladas con otros ruidos, aplausos, golpes, el silbato. El silbato lleva dentro un guisante que impacta contra el latón por el efecto del aire causando ese penetrante trino de árbitro en sol mayor. Continentes en movimiento. El norte. Hay que saber dónde está el norte para

encontrar el camino a casa. Hormigueo de colores. Estoy en una nave. Mi exaltada madre también está. Y el hombre de Indonesia. Se llama Suwarsi Pudjojono. Recordar nombres siempre se me ha dado muy bien. Señor Busken, ¿se ha hecho daño? ¿Señor Busken? Una figura vestida de blanco normal, arrodillada a mi lado. Viene a estucar y a taponar mis aliviaderos. Otra figura blanca se inclina hacia mí con un zapato mío en la mano. Sin ver la cabeza es imposible deducir si son hombre o mujer. Tampoco importa demasiado en esta era de confusión de géneros. Se ha caído, cloquea Mieneke Kalckbrander imponiéndose a la barahúnda carnavalesca que se ha desatado en el refugio de animales.

Menos mal que está Mieneke Kalckbrander para dar explicaciones. ¿Puede levantarse, señor Busken? ¿Se puede usted incorporar? Me lo pregunta la figura que está arrodillada como una pastora en un portal de Belén, se pone en pie y pasa las manos por debajo de mis axilas. Cuidado, Karel, está muy delicado. De nuevo Mieneke Kalckbrander. La persona cuidadora llamada Karel, masculina, aunque el nombre de pila tampoco resulta siempre decisivo. Me sacan de debajo de la mesa y logro tomar asiento, después consigo levantarme gracias a Karel que hace de polea, pero cuesta mantenerse sobre unas piernas de cartón mojado, con las rodillas pegadas entre sí y los pies en posición de ganso. El ser humano es una criatura dotada de razón, predestinada a mantener la moral y las buenas costumbres. Ayer o anteayer o hace un rato o no sé cuándo se me ocurrió que podría comenzar con este axioma el discurso que voy a pronunciar en el coloquio de filósofos. Un comienzo así abre muchas posibilidades, por no decir todas. ¡Huele a mierda! ¡Se ha cagado encima!, se oye aquí y allá. Vulgarismos propios de los bajos fondos. ¿Puede caminar? Yo le sostengo. Karel me sujeta con sus fuertes brazos. Espera, el zapato. La otra patiblanca es Suzan, una hembra de gibón, el cabello recogido en una trenza de la que todos, menos yo, gustan de tirar, hoy se la ha atado encima de la cabeza, con la punta colgando junto a la oreja como una borla. Se inclina servicialmente, hasta yo huelo como huelo, y coloca el mocasín delante de mí. Ponga los pies mirando al frente. Se ha puesto usted dos calcetines diferentes, qué divertido. Empuja el antebrazo dentro del nido de sudor que es mi axila. Cuidado. Vamos a llevarlo a su habitación. Los pies al frente. Respire por la nariz. Cómo jadea. ¿Tiene dolor? Lo mismo podría haberme preguntado si me duele algo, también es correcto. Algo me presiona el pie a través de la suela de la zapatilla que en ningún momento se ha soltado, algo que se queda pegado y que produce un ruido rasposo al rozar el suelo, lo oigo con el pie y hasta con el tobillo. Es el botón lateral de Mieneke Kalckbrander. Karel también se inclina ante mí, recoge el botón y lo deja encima de la mesa del Quién es quién. En el interior de mi cabeza cuelga de

nuevo el hilo del más absoluto silencio, las pantallas de todos los audiólogos del mundo cortocircuitan, desaparece también la visión. Un cenit blanco, más blanco de lo que nunca ha sido el blanco, ahí estoy yo de repente, aunque sin ser consciente de que sea yo, y mientras …

… al final, las mujeres de látex sí se han metido con mis papeles y artículos de escritorio. Para mi disgusto, han puesto una encima de otra las tres tiras largas de papel que cuelgan a izquierda y derecha de la mesa cual sábanas en la última cena para luego arrugarlas como un acordeón, cuando yo estoy trabajando simultáneamente en las tres. En la primera está tomando forma una obra filosófica de alcance planetario con diagramas y más de mil notas a pie de página, en la segunda se despliegan mis memorias bajo el título provisional de *Excelentísimo*, que fue como me recibió el rector magnífico de la Universidad de Bogotá, y en la tercera anoto genialidades surgidas en la inconmensurable opulencia de mis pensamientos. Todo en clave con letras y signos de diseño propio que solo yo puedo descifrar, para que nadie más pueda tomar conocimiento de lo que escribo, siendo sobre todo las franjas dos y tres de singular naturaleza. Para la filosofía uso varios lápices de colores en aras de la claridad, las memorias las redacto íntegramente con el lapicero rojo cuya punta se quiebra con tanta frecuencia que a fuerza de afilarla el instrumento ha ido menguando cada vez más y, para colmo de males, no encuentro mi sacapuntas. Lo vi en el despacho del quiatra Teurlings. Que nooo, señor Busken, este sacapuntas es mío, déjelo donde está, por favor. El objeto del que sabía a simple vista que era mi sacapuntas se reflejaba brillante en sus lentes oscurecidas. Para mis ocurrencias reservo el negro, antes, en casa, usaba una pluma estilográfica, aquí me han dejado sin tinta después de que alguien, no yo sino un intruso desconocido, están todos perdidamente chalados, volcara o vaciara a propósito un frasco que aún conservaba cuatro quintas partes del líquido negro, provocando manchas con aspecto de pisadas o huellas dactilares de furiosos fantasmas hasta en las cortinas. Herman, hace mucho que no lo veo, me trajo rotuladores negros, pero a mi juicio su grafía popular no está a la altura de la nobleza de mis reflexiones. Cómo desenredo y recoloco yo ahora todo ese papel sin rasgarlo o maltratarlo de otro modo. Me basta con una sola ojeada para analizar la situación, la respuesta no se hace esperar, comienzo a temblar violentamente como si dentro de mí bramase un viento glacial, de lo más hondo de mis entrañas escala hasta mi tráquea un rabioso gruñido para el que no dispongo de suficiente aliento, mi nariz y mis ojos desprenden un líquido ardiente, la defecación se abre paso por mi pañal. Qué hacer con mi rabia. Y con mi vergüenza. Mi indefensión.

Mi dependencia. Tranquilo, señor Busken, no se ponga nervioso, tranquilo, tranquilo, no hiperventile, no se altere, todo está megamaxibien. Quien me habla es un joven adulto de vestimenta blanca sembrada de bolsillos que me suena de algo y que me sostiene, pero últimamente, desde que ya no bebo, se me olvidan las cosas. Fumar menos o, mejor dicho, dejar de fumar también es funesto para la memoria. Antes siempre me acordaba de todo. Soy Karel, ya sabe, no tiene por qué mirarme con tanto asombro y tanta rabia. ¿Karel? No conozco ningún Karel. ¿A qué vienen esos gruñidos y esos mocos y esos jadeos? Inhale por la nariz, exhale por la boca, con calma. ¿Está llorando? ¿En serio? ¿He hecho algo mal? Vamos a lavarnos, señor Busken, lavarnos jajajá lavarnos. Si no tiene usted ningún motivo para llorar. Eso dice él, el llamado Karel. ¿Y él que sabe? Está todo escrito en la pelota de papel erigida en caos, mis penas y mis condenas, mis abscesos, callos, verrugas, palabras y pentagramas con música, signos, dibujos, griego, ruso, georgiano, hebreo cada uno en su alfabeto así como Voltaren como remedio para el dolor de articulaciones y el escozor interdigital, para uso externo. Cómo me aclaro yo ahora con todo lo escrito. Han plantado el portalápices encima del acordeón, lo cual enardece aún más mi ira, el portalápices tiene que estar allí, a la derecha, encima de las franjas de papel, ese es su sitio, si no, me distraigo de mis certezas, así es como debió de desaparecer el sacapuntas, todo ha de estar y permanecer en su sitio, eso redunda en beneficio de la moral y el equilibrio de los metales. Es cierto que en los últimos tiempos me olvido todo el tiempo de esto y de lo otro, antes no me pasaba nunca, pero también hay mucho que sigue en su sitio, que no he olvidado y que sí sé. Seguramente piensan que sufro demencia. No quería decir los metales sino la mente. Mi hija, por ejemplo. Se llamaba Alma. Cuatro letras. Imagino que la habrá despedazado un oso polar con dientes como cuchillos de acero, no de plástico. ¿Era guapa? En ese caso se parecería a mí. Alma Busken. Yo me llamo E. Busken, como dice el cartel en la puerta como si fuera la cubierta de un libro. Aunque me trata de señor, lo cual demuestra educación y por tanto merece mi aprecio, el susodicho Karel me habla como a un niño de corta edad y además de pocas luces. Mientras me quita la ropa y el pañal cacarea: Ay ay ay se ha hecho usted popó, un pequeño accidente, pasa en las mejores familias, no llore, señor Busken, no pasa nada de nada de nada, lo resolvemos en un pimpampum. La pequeña Alma en su parque en el salón de casa con las bolitas del ábaco. ¿Qué es esto? ¿Un elefantito? A que no. ¡Es un pajarito! ¿Y qué hace el pajarito? Bajo la ducha, el agua un pelín caliente, se me pasa el temblor y hasta me invade cierta sensación de bienestar, pero mi rabia no se difumina y mis lágrimas siguen cayendo, del cabello a la espalda. Con un par de guantes previamente

enjabonados, Karel me frota por delante y por detrás, de arriba abajo y entremedias. Yo me mantengo firme aferrado a unas barras de hierro, soy la estatua de Rembrandt de pie que los servicios municipales están limpiando a presión de cara a la visita de un gobernante de un país africano, no se dice negro ni moreno, que pasará por delante de la escultura en su recorrido por la ciudad. Beatriz, sentada en su carroza junto a su paje con cara de galleta rellena de melaza, agita la mano con rutinaria abulia ante el vulgo apiñado en las aceras, hola hola estúpida moralla, *pauperes spiritu*, a mí en cambio me tira no uno sino dos besos entre risas. ¿Esta mañana no le han duchado?, pregunta Karel. Confusionismo. ¿A qué se refiere? ¿Qué quiere decir con esta mañana? Dado que me encuentro desnudo bajo unos chorros de agua, esta mañana es ahora, como todas las mañanas, son las seis y media. La ducha refrescante tras el sueño reparador del folleto de presentación. ¿Y tampoco le han afeitado? Ropa limpia, dos calcetines iguales, pañal nuevo, estoy sentado en la tapa que cubre la taza del inodoro, inclinado hacia delante, cabizbajo, encogido por la vergüenza. De izquierda a derecha y de derecha a izquierda hay quince baldosas y media. Si en una fila la baldosa cortada por la mitad cierra la hilera de baldosas por la izquierda, en la fila siguiente la abre por la derecha, y así alternativamente. Desde donde estoy sentado yo hasta la pared de enfrente hay diecisiete baldosas enteras. Todas ellas blancas. Continúa siendo importante comprobarlo de continuo, nada más sentarme en el váter con los codos apoyados en las rodillas cuento una y otra vez todas las baldosas por hábito compulsivo. Soy un hombre de certezas, todo en su sitio, todo a su debido tiempo. Si me fallan las certezas puede pasar cualquier cosa, últimamente estoy tan tan no sé, la culpa la tiene la tutela, seguro, una nieve azul volando y revoloteando por mi cerebro, por eso respiro tan mal, como para ponerme a hablar, y el dolor de espalda, aunque aliviado por la cálida lluvia, está de nuevo aquí en toda su virulencia, esa sí que es una certeza. (Risa socarrona). ¿Ha puesto el tapón en la pasta de dientes? El tapón no se pone sino que se enrosca y no se enrosca en la pasta de dientes sino en un tubo que, en este caso concreto, contiene pasta de dientes. Las certezas se cimentan en una formulación precisa, un adagio que cumplo a rajatabla. «Tapón»: cinco letras. Al igual que «pasta». Por supuesto que sí, el tapón está en su sitio, donde me lo encuentro cada mañana tras el cruel despertar como inamovible certeza que luego se me escurre siempre de entre los dedos, no aposta, determinadas sucesos me sobrevienen sin aposta, sobre todo cuando aún no me he despertado del todo, como ahora. O debe ser um, quería decir *adagium*. El pajarito hace pío pío. Y señalo el ciertamente anguloso y giboso bicho volador de madera contrachapada en la lámpara también de madera

contrachapada que cuelga del techo del dormitorio infantil, cortado y serrado nada menos que por mí mismo, todavía me veo trabajando en mi proeza. Listo, dice Karel, a quien no he visto nunca, lo declaro bajo juramento, Señoría. Como nuevo, está usted hecho un pincel. ¿Quiere volver con los demás o prefiere quedarse aquí en la habitación? Voy a por la silla de ruedas. ¿Dónde quiere sentarse? ¿En la ventana? Pues allá vamos. Usted me dice dónde y yo le llevo. Ojalá fuera eso cierto. Sáquenme de aquí. Libérenme. En el exterior, la luz del sol se desplaza por el campo dibujando rayas y cubos. Las nubes van y vienen, tapando y destapando el sol, como si allí arriba procedieran a correr y a descorrer sucesivamente unas cortinas grisáceas. El aire está a merced del viento, seguro que afuera se le oye soplar en las copas de los abetos, la ambulante luz parece deformar el panorama, las colmenas con las abejas, el ganado que pasta apaciblemente bajo el árbol, el lejano caballo que cada cierto tiempo levanta la pata delantera de la hierba, de vez en cuando el sol roza por un momento la esfera del reloj en lontananza, iluminándola en lo que podría ser una sonrojada sonrisa. Nos vamos a quedar sin nuestra vista idílica. Karel envía estas palabras directamente a mi oído mientras se agacha para abrocharme la hebilla del cinturón que rodea mi torso. Con tanto temblor y sacudida va a volver a caerse de la silla si no le ato, lo hago por su seguridad. Afortunadamente, estoy sordo como una valla y no oigo el resto de desgracias que va desgranando: Desde allí hasta allí y a partir de donde está el caballo van a echar hormigón para ampliar todavía más el aparcamiento. Desde donde está usted sentado junto a la ventana solo se verán coches al otro lado de aquel muro lleno de hiedra, techos y más techos de vehículos pintados como huevos de pascua, parados o en busca de un hueco libre. ¿Adónde ir con mis pesadumbres? Y más o menos por ahí habrá un helipuerto para casos de trauma muy urgentes y también para visitas oficiales, por ejemplo, de un ministro o de esa ministra, ¿cómo se llama la que se ocupa de nuestra salud? No la vas a dejar allí dando vueltas en su huevo de pascua, es una persona importante y vendrá en *heliocoptario* ron ron ron tolón tolón. Lo entiendo todo, alto y claro, pero por suerte sufro demencia. Me atiborran de pastillas sin que sirvan de nada. No voy a bloquear su silla, es más cómodo para usted; si quiere desplazarse, puede mover las ruedas solo, no necesita a nadie que le empuje, se empuja usted mismo con las manos y los brazos. Luego vuelvo y nos afeitamos. ¿Está bien ahí? ¿Señor Busken? ¿Señor Busken? Todo el mundo me grita. Ante mis pensamientos ondean retales de lona oscura, de sol a sombra y de sombra a sol, como si llevara puestas unas gafas diferentes cada vez, ahora con lentes blancas, ahora con lentes negras, aunque yo no uso gafas, es un decir, estoy intranquilo, de ahí ese revoloteo de ninguna parte a ninguna parte. Las nubes en el

firmamento flotan bajo la luz hacia mí y por encima de mí. Una llanura de hormigón para insectos de hélice. Ya no hay certezas. Habrá guerra ron ron ron tolón tolón y se hundirá el mundo. De pronto me acuerdo del papel pintado de Mondriaan. Antes de que se me concediera una audiencia con el meneamentes supremo Teurlings, me convocó varias veces su ayudante. Un despacho con papel pintado de Mondriaan que me hizo tomar plena conciencia de mi sofocante enclaustramiento. No por los colores sino por los motivos, Mondriaan, pintor de distritos urbanos despoblados con calles que se cruzan, pisos con habitaciones huecas, bloques amontonados unos al lado de otros y encima de otros percibidos por mí en tono azul negruzco azul grisáceo azul blanquecino cuando los colores reales se evaporan ante mis ojos por enésima vez, cuatro paredes enteras que vienen hacia mí con bochornosa parsimonia, tanto que cada visita contribuye a empeorar mi falta de aliento, EPOC, jadeo desesperado, asaltos de pánico por temor a asfixiarme, he estado a punto de asfixiarme muchas veces. Me caía bien, Piet Mondriaan, y yo le caía bien a él, trato amistoso y cortés por parte de ambos, pero yo me abstenía de sacar a relucir su arte de la escuadra y la regla y su uso del color, sin duda alegre pero poco variado para mi gusto, y él se guardaba de comentar mis desnudos femeninos y masculinos ambientados en una naturaleza voluptuosa. El día de mi primera visita, el mocoso me estaba esperando en su despacho, pero no se presentó ni se levantó de la silla para tenderme la mano por encima del escritorio, una mano que en cualquier caso yo no habría estrechado, ni tan siquiera alzó la mirada. Siéntese, señor eh Busken. Es usted el señor Busken, ¿verdad? Señor E. Busken, sí, lo tengo aquí. Ya está usted sentado, claro, jajajá. ¿Prefiere usted una silla normal o se conforma con las dos ruedas? Como quiera, señor Busken. El sujeto se llama Frederik Calvé, por cierto, me he enterado por los pasillos, a través de Mieneke Kalckbrander, creo recordar, Mieneke Kalckbrander sabe de estas cosas. Freddy de la crema de cacahuetes, dice. Freddy Mayonesa. Él también posee uno de esos armonios en cuya tapa aparece la manzana luminosa mordisqueada. Con su permiso, vamos a charlar un poco, señor Busken. ¿Sabría decirme qué día es hoy? ¿Qué día de la semana y del mes? ¿Cuántos años tiene? Empecemos por sus vivencias más lejanas, su más tierna infancia. ¿Se llevaba bien con sus padres? ¿Eran cariñosos? Callado como una piedra observo cómo él también comienza a teclear sin esperar a que yo responda. Pues que espere. Estoy sumergido en un silencio helador en el que los cuadros rectángulos rayas de mi colega Mondriaan me acechan desde todos los ángulos posibles para transmutarme a mí y a mi silla de ruedas en un cubo más. Que si mis padres eran cariñosos. Ahí donde las nubes que pasan raudas por encima de mi cabeza deslizan franjas de sombra

sobre el campo van a verter en breve hormigón, no me fío de las cosas ni tampoco de los acontecimientos. Sáquenme de aquí antes de que estalle la guerra. Necesito tener un cuchillo. Centrémonos ahora en sus estudios. ¿Cómo fue el entorno, el mundo, que le vio crecer y que le formó? No dice usted nada. ¿No le apetece hablar de lo que yo le propongo? Puede proponer usted los temas que desee. Prefiere no hablar de nada. Sabe hablar, ¿verdad? Según la información que obra en mi poder, está usted capacitado para articular palabras. ¿Es eso correcto? Y aquí se afirma que, además, oye perfectamente. El imberbe lleva el cuello de la camisa desabrochado. Absorto en su teclado informa con gran lujo de detalles del silencio que yo continúo transmitiéndole. A veces levanta los ojos y me mira mientras yo le miro fijamente a él. No soy yo el primero en parpadear. Luego vendrá el tal Karel a afeitarme. He tenido un sueño un recuerdo una ocurrencia, algo en una nave y no sé qué más. Cómo jadea usted. Intente no mover las manos si puede. Su temblor hace temblar hasta las ruedas de su silla. Por desgracia, no oigo a Freddy, es lo que sucede cuando a uno le ponen bajo tutela, me dan treinta euros por semana, peluquería incluida. Mire, señor Busken, tengo aquí una serie de cartas, les voy a dar la vuelta y usted me va a decir lo primero que piense nada más verlo. Qué formulación más desastrosa. Con toda probabilidad se refiere a las imágenes que figuran en las cartas, sospecho que me las mostrará de una en una y que espera de mí que diga espontáneamente lo que creo ver en ellas. No me esperaba que a estas alturas se siguiera utilizando el test de manchas de tinta del viejo Rorschach, ese sí que estaba chiflado. Llegué a coincidir con él, lo conocí en Der Elephant en Weimar y durante un tiempo nos escribimos. Obviamente, he tenido oportunidad de ver sus representaciones abstractas obtenidas mediante la técnica del reflejo o la duplicación con anterioridad a las sesiones de Mayonesa. Se pueden consultar en cualquier obra de *psicoquiatría*, ya sea en color o no, una disciplina que, en parte debido a las chapuzas del amigo Rorschach, no es más que una ciencia de arena suelta y conchas molidas. Cómo voy a responder de forma espontánea a algo que conozco, palmo a palmo, de arriba abajo, en el supuesto de que fuera a responder, claro, lo que evidentemente no haré porque no hablo, y menos con los primates y las especies exóticas de mi alrededor, se debe a los siguiente dos puntos sufro la enfermedad o el mal o la dolencia de Alzheimer, lo cual no es precisamente una gripe pasajera, debo confesar que no conozco a Alzheimer en persona, además soy un anciano sordo e impotente y tembloroso y paso frío todo el rato y me cuesta andar, de ahí la silla de ruedas ¿entiende? A ello se suma que han cambiado la cerradura de la puerta de mi casa. Me callo a modo de protesta, me callo, me callo y me callo. Al segundo de mostrarme la

imagen de turno la vuelve a poner bocabajo y me lanza una mirada inquisitiva mientras me da a entender con un gesto de la mano que aguarda mi reacción con interés, en otra sesión proyectó cien diapositivas a un ritmo frenético para que yo le dijera después qué imágenes recordaba, una cara edificio plaza árbol. No digo nunca nada porque me he cortado la lengua con un afilado cuchillo de metal, con la sangre de la boca inflándome las mejillas, saliendo a chorros como de un grifo, sangre roja, no azul, me acuerdo muy bien. Dentro de mí flota la tristeza como un jarabe pegajoso, todo el día, en realidad desde hace años, en realidad desde mi concepción. Por eso me cuesta tanto respirar. Siendo todavía un mero concepto de hombre ya me sentía incómodo en aquella oscuridad colmada de pavor que se volvía cada vez más oscura y pavorosa conforme iba creciendo de espermatozoide a embrión a feto a rata lampiña sin dientes incapaz de morder y cortar el cable, y no tenía cuchillo. En la parte trasera de mi cráneo se ha abierto de un hachazo una grieta en la que introduzco las yemas de los dedos para sentir cómo mi cerebro se mueve a base de golpecitos, esos son mis pensamientos, pienso mucho. Mayonesa me fue mostrando sucesivamente todas las manchas de Rorschach. La araña multicéfala y multípoda. La alfombra extendida. La pelvis humana. El murciélago. El falo levantado hacia el cielo como un minarete. Los payasos vueltos el uno hacia el otro tocados con sendos sombreros puntiagudos, de nombre Sigmund y Carl Gustav, dos expertos en psicorrompecabezas. Del primero traduje un tratado analítico al neerlandés acompañando la traducción de un prólogo extremadamente crítico, sobre el otro publiqué un polémico prospecto que reduce su ideario a escombros. Seguro que los gerifaltes de aquí tienen conocimiento de ello. De lo extraordinario que soy yo. Antes, en clase, mis charlas eran acogidas con aplausos como trombas de agua y otras muestras tempestuosas de adhesión, por entonces aún no estaba sordo, así que los recuerdo. Antiguamente, las etiquetas de los tarros de crema de cacahuetes de la empresa Calvé ponían «untuosa hasta el fondo». Todavía veo a la tía Marie con el cuchillo del desayuno en la mano rebañando la manteca con color de heces enroñada en el fondo de cristal. Los intentos por untar las resecas cagarrutas duras como balas en el pan acababan por sistema en un caos de trozos de miga separados de la corteza en fragmentos desflecados. Aporté a los fabricantes sitos en Delft unas sugerencias de oro para lograr una cremosidad más duradera, y pronto se hizo patente que gracias a mis recomendaciones habían multiplicado y maximizado sus beneficios, pero ni tan siquiera tuvieron el detalle de hacerme llegar unas palabras de agradecimiento ni mucho menos un porcentaje del incremento de las ventas. No debo consentir que mis pensamientos se desparramen como las manchas de color. Freddy da

un golpe en el tablero de plástico de la mesa con algo, un bolígrafo, para reconducir mi atención hacia las imágenes. La negra máscara de terror de Halloween con los blancos ojos triangulares. El sujetador celeste. Es una mariposa de color azul claro. De nuevo nubes. Todo absolutamente simétrico, la izquierda es igual a la derecha y viceversa, la hoja de papel sobre la que cayeron las gotas de la mancha de tinta o de pintura siempre doblada a lo ancho, jamás con la parte de arriba tocando la parte de abajo para que la imagen superior sea idéntica a la inferior y al revés. Cuando le hice una pregunta al respecto, poco antes de su inesperado fallecimiento, mi querido amigo Rorschach se limitó a esbozar una sonrisa. Si no desea hablar, si no quiere o puede decir espontáneamente lo que representa cada una de estas figuras, quizá pueda poner por escrito lo que le sugieren. El joven Calvé desliza hacia mí una libreta y algo para escribir, pero yo no oigo lo que dice, la pantalla del audiólogo se queda en blanco. Ahora les da por llamar audioprotesista al audiólogo. De ahí viene todo. Mis manos tiemblan y giran sin gobierno, incapaces no ya de agarrar el bolígrafo y el cuadernito sino de desplazarse en dirección a ellos. Aun cuando lograse cogerlos, se me caerían enseguida. No tengo fuerza en los dedos ni en ninguna parte, todo mi cuerpo se sacude de tanto temblar. Inquietud, miedo, desidia. Para poder escribir necesito que la luz esté quieta, además de silencio y un cuerpo tranquilo. La aparición de un terreno para helicópteros donde ahora hay un árbol con un caballo amarillo debajo acaba de un plumazo con todas las certezas de una persona altamente sensitiva como yo. El caballo de Buda se llama Kantaka. Un destello que irrumpe en mi mente para salir enseguida de ella. Freddy vuelve a estampar puntitos en el tablero de la mesa con el bolígrafo toc toc toc, la otra mano no se aparta de las teclas toc toc toc, a dos voces como en un canon. Mientras tanto, me observa y dice: Si tampoco le apetece escribir, tal vez pueda usted expresar o representar visualmente lo que ve. Compruebo que cierra los puños y se me ocurre que igual está interpretando a unos troles peleando entre sí, ¿me equivoco? Pues sí, y además rotundamente, cacahuete cremoso, en tu insoportable cueva de Mondriaan, con esa manchita que tienes abajo en el cuello. Como soy incapaz de coordinar mis temblores, quien más quien menos saca sus conclusiones, todas ellas erróneas, del arbitrario ajetreo de mis *extremistas*. El lector empático habrá comprendido de inmediato que E. Busken se refiere a las extremidades. Siento dolor, el cinturón con el que me atan a la silla me aprieta tanto el estómago que me hace daño, como tantas otras veces lo agarro con ambas manos en un intento por liberarme de él, tirando, luchando, dando patadas. ¿Troles? Lo que yo veo es una vagina abierta de par en par, con las paredes dentadas como la hoja de una sierra, y entre medias una zanja de color verde

bilis cual fruto infecto herido de muerte. ¿Cómo era la relación con su madre? Freddy sin duda cree que el brusco movimiento de mis manos sobre mi vientre representa el rabioso gesto de abrir en canal una bolsa de la compra, un marsupio o un pliegue de la piel, algo de lo que emerge algo diferente, como cuando se practica una cesárea, de hecho, hay animales que guardan sus crías en una bolsa ventral. ¿Fue eso lo que le llevó a preguntar por mi madre? No se sabe cómo nacen las ocurrencias, las ideas, las asociaciones que luego hacen fluir los pensamientos. Lo hablé en su día con Rorschach. Él tampoco tenía la respuesta. Freddy, a la izquierda el tictoc del bolígrafo, a la derecha el tictoc de las teclas del ordenador, vuelve a opinar: ¿Le parece correcto que, basándome en los movimientos de sus brazos, anote que usted ve dos canguros enfrentados en un asalto de boxeo? Del bamboleo de mi cabeza, que no logro controlar, deduce posiblemente que le estoy haciendo una señal a modo de respuesta silenciosa: Adelante, muchacho, por pesado. Nubes. Olas. Pájaros. Mariposas. En mi cerebro no reina nunca el silencio. Todos esos raudos y fugaces pensamientos susurran como hojas de papel que se alejan volando, los susurros se entremezclan con un zumbido unas veces creciente y otras decreciente, un murmullo constante como de bocas diversas y diferentes, pensamientos sonoros siempre repetidos siempre recurrentes siempre circulares, si es que se les puede seguir calificando así, cómo denominar si no mis vacilaciones cavilaciones meditaciones, mi multiverso susurrante y murmurante, así lo llamaré, siendo cada pensamiento una mancha de color sonora. El señor Busken vive en un mundo propio y no permite que nadie acceda a él. En una de las paredes de Mondriaan, alguien abre de pronto, sin antes llamar, una puerta también de Mondriaan, y del rectángulo correspondiente sale mi sacapuntas. ¿Cómo van las cosas por aquí? Si no hay inconveniente, me gustaría estar un rato mirando y escuchando. A Calvé: Buenas tardes, compañero. Mayonesa se levanta de un salto al ver entrar al jefe supremo y permanece respetuosamente de pie hasta que este tome asiento frente a él, a mi lado, en la silla que en un principio estaba reservada para mí. Al cliente: Muy buenas tardes a usted también, señor Busken. Si se hubiera quedado en eso, vaya, pero al tal Teurlings con sus negras gafas con aspecto de órbitas de calavera no se le ocurrió nada mejor que acompañar sus palabras de un golpe, miento, dos golpes de la mano, uno entre mis omóplatos y el otro debajo. Una licencia intolerable contra la que mi cuerpo protesta convulsionándose, un dolor punzante justo encima del coxis, imposibilidad de tragar, se me escapa un grito extraño, como si quien gritara no fuera yo. No hay que tocarme inadvertidamente sin que yo sepa que se me va a tocar y menos en zonas del cuerpo que no puedo ver con mis propios ojos ni alcanzar con mis propias manos porque en

parte a causa de mi sordera por miedo se paraliza mi conservación conversación consagración cómo se llama contemplación concentración. Estaba usted abismado en sus pensamientos, *quiatra* Teurlings se gira hacia mí en su silla, y yo le he interrumpido, discúlpeme, ha sido un fallo imperdonable por mi parte. Los planos urbanos de Mondriaan se reflejan y se desplazan de un lado a otro en la oscuridad ante sus ojos. ¿Cómo me verá él? ¿Oscurecido como un exótico «alóctono» con antecedentes migratorios de género difícil de clasificar? Hoy por hoy uno ya no sabe lo que se debe o no se debe decir. ¿Se puede usar el término «alóctono»? Llamar «puta» a una *prostuta* es una falta de sensibilidad, asegura Baber, *prostuta* tampoco está bien dicho, continúa, lo correcto es «trabajador del sexo», concluye. Siempre la palabra masculina, también para las trabajadoras. Por eso de la abolición de los géneros. Hombres, mujeres, *homosuales* de ambos, y todos pueden usar el mismo baño en los bares y los aeropuertos. Me encantaría surfear con usted las olas de sus pensamientos, oigo decir al fantoche de Teurlings. Yo solo escucho, sin inmiscuirme, haga como si yo no estuviera si le parece. A un metro de distancia de donde estoy sentado yo, cruza ostentosamente los brazos y las piernas, el rostro blanco como el yeso, con los ojos de oso panda clavados sobre mí en actitud expectante. En una de las lentes de sus gafas se dibuja una rayita. Lo que yo pienso es: primero devuélvame mi sacapuntas. Aquel día, después de arrancarme mi propiedad y acercársela por encima del tablero de cristal de su majestuoso escritorio, ya fuera de mi alcance, acabó depositándola con el orificio mirando hacia abajo sobre el papel secante. A este respecto se me plantearon dos dudas. Teurlings empezó a escribir y a poner crucecitas y otras marcas en un formulario con un bolígrafo del asilo como el que usa Carola cuando lo usa o el que maneja Freddy para dar sus golpecitos, blanco con el logo del Hogar Madeleine en un vulgar dorado. Uno: no se necesita sacapuntas para escribir con bolígrafo. Dos: tampoco hace falta papel secante. Quiero decir. Todavía soy capaz de querer decir algo. Aunque en realidad no hay por qué querer decir nada, quiero decir, nada que requiera una explicación. De un zambombazo, cuyo eco resonó por la madera de la mesa y sobresaltó al sacapuntas, Teurlings estampó un sello en el documento. El cliente E. Busken está loco de remate. Y añadió su firma. La T con aspecto de horca, unas pocas briznas de hierba, garabatos ilegibles como la mayoría de las firmas, raya final. Yo observo. Sufro nostalgia. Nostalgia de lo que no fue y debería haber sido. O de lo contrario. Del mismo modo que el gurú Teurlings me mira a mí yo le miro a él. Lástima que no consiga permanecer inmóvil, suntuoso y soberano, manos brazos cabeza torso, todo en mí se sacude se menea se agita se revoluciona, la lengua se me cae sobre

la barbilla a causa de mis desesperados jadeos en busca de aire y no hay manera de volver a meterla dentro. Sáquenme de aquí, llévenme de vuelta adonde estaba antes de estar en ninguna parte y donde nadie se acordaba de mí. Una bolsa de plástico sin costuras en la cabeza, bien atada alrededor del cuello. Teurlings pregunta a Mayonesa: ¿Seguro que sigue habiendo pensamientos? Y el chiquilicuatre responde lo que se ha citado antes: El cliente vive en un mundo propio y no permite que nadie acceda a él. Solo mira. No dice nada. Debemos guiarnos por su lenguaje corporal. Teurlings: ¿A esto lo llamas tú lenguaje corporal? ¿Estos golpes y tirones y sacudidas? Calvé: No responde a todo por igual. Con independencia de su inalterable estoicismo, piensa, hay cosas que le conmueven más que otras y a las que su cuerpo reacciona a pesar de todo. Teurlings, celoso de su honor y su dignidad: No hace falta que me lo expliques, joven. Y prosigue: tiene algo de Asperger, pero me parece que no es eso. Habrá que pensar en otra medicación, es importante que recupere la calma, para empezar. Una vez más están hablando de mí, por encima de mi cabeza, como si yo no estuviera presente en la deliberación, soy una caja de zapatos vacía o algo similar, me atribuyen una locura que me deshumaniza reduciéndome a un muñeco en una silla de ruedas, sin pensamientos, a lo sumo capaz de emitir un alarido o un gruñido de vez en cuando. Un *quiatra* está facultado para recetar pastillas, un *gólogo* como Freddy no, su cometido consiste en deducir de la conducta y los pensamientos del cliente por qué está más perdido que un pollo sin cabeza, una dolencia para la cual o contra la cual existe medicación a juicio del *quiatra*. ¿Asperger? Verbo tomado del latín que significa rociar. Como enfermedad afección trastorno lo desconozco, no figura en las cajetillas de tabaco. ¿Qué medicamentos habrá para o contra eso? No sufro Asperger-Alzheimer-Parkinson ni tampoco demencia, felizmente, porque para todo no hay medicación y no la habrá si siguen sin buscarla. Lo único que tengo es un dolor de espalda inadmisible. Debido a que los andadores no están provistos de un sistema de frenado en condiciones. Ahí está el problema. Y también sufro temblores. Unas veces muy violentos. Otras menos. Por lo demás no me pasa nada, ni «cancán» ni otra enfermedad para la cual de todos modos no hay pastillas, aunque aquí me siguen administrando medicación como granos a las gallinas, así es como lo dicen ellos, medicación, cuando no previene cura alivia ni mi dolor de espalda ni el temblor de mi cuerpo ni tampoco *mi* devuelve la capacidad de oír y de hablar. Debe de ser algo que le ocurrió en la infancia, sostiene Mayonesa. La madre. El señor Busken padece delirios megalómanos, ay, ese Freddy, lo que uno tiene que oír, debido al hecho de que ignoraron sus talentos y frustraron por sistema sus ambiciones, jamás ha culminado ni conseguido nada, apenas guarda recuerdos. Se trata

de una ciencia profunda que ofende a los clientes. Sentado frente a él me limité a contemplar mis manos temblorosas, apretujadas debajo de mi estómago, y a mover un poco la cabeza. Delirios megalómanos. Un título muy adecuado para mi próximo poemario. ¿Sabe decirme en que año estamos, señor Busken? ¿Cuánto son ocho por cinco? ¿Ocho menos cinco? Si yo le digo «raro», ¿puede formar con estas cuatro letras otra palabra también de cuatro letras? ¿Conoce más palabras de cuatro letras? «Filo». Hace referencia a la lámina cortante de un cuchillo, con el que se le puede cortar el pescuezo tanto a «animales», ocho letras, como a «humanos», siete letras. ¿Puede deletrear de detrás hacia delante la palabra «hiedra»? Me pregunto para qué haría yo eso. ¿Qué es lo que ve en esta composición de manchas? Se trata de una ciencia muy profunda. No me explico de dónde ha sacado que yo no me acuerde de nada, que espere a ver mis memorias, dieciséis tomos de al menos mil páginas cada uno. Siete de ellos, mi vida, por ahora no cronológica, ya están en manos del entusiasmadísimo editor, quien me ha comunicado que, por diversas razones, es conveniente aplazar un poco la publicación. Los recuerdos flotan como troncos en un río, flotando, salto de uno en otro. Así es como en este momento ocioso, en el que miro fijamente la luz que se mueve en el exterior, recuerdo de pronto cómo yo. Estoy en una nave y esa mujer que es mi madre y ese Suwarsi Pudjojono están conmigo y cómo yo siendo el niño que era por entonces estoy llorando. De pena, una pena que nunca más me abandonó. Repentinamente, como surgidas del mar, nos envolvió una nube danzante de mariposas azules, una de las cuales se posó en mi mano. La cubrí formando una cúpula con la otra mano y observé a través de la rendija junto a mi pulgar cómo de pronto el animalito que al principio no se movía trataba de huir de la oscuridad entre aleteos y a empujones. Ya te protejo yo contra todos esos *burungs*, conmigo estás a salvo. Con sus picos que parecían pinzas de metal, los *burungs*, aves en esa lengua tan hermosa, se llevaban de un picotazo las mariposas que se habían posado en la barandilla para descansar de su largo viaje, un golpecito en el hierro por cada una de ellas. Toc. Toc. Toc. Los pájaros también aparecieron así de repente. A lo lejos aún se vislumbra una borrosa franja de la tierra de la que nos estamos alejando, y la lejanía se vuelve cada vez más lejana y más definitiva, trago saliva porque lo estoy viendo. Ese Suwaryoyó, así lo llamo en mi cabeza, y esa mujer están muy juntos, yoyó viste uniforme blanco con pequeñas anclas negras en la solapa, gorro blanco con tejadillo y encima otra pequeña ancla negra, y un par de relucientes zapatos negros recién cepillados. Lo había visto más veces con ese atuendo. Se dedica al practicaje. Una palabra aparatosa, cuatro sílabas. Respiran hondo mientras se tocan mutuamente, los brazos de mi madre bajo la chaqueta arrugada hacia arriba de yoyó.

Cuando el rugido del barco, prolongado, potente, pardo, estremece el cielo haciendo vibrar los rayos del aplastante sol y espanta a los pájaros, y también a las mariposas, mi garganta comienza a sollozar no sé por qué. Porque ese sonido se lleva algo que no volverá jamás. *Cositas*. Me olvido de las manos y a través del agua de mis ojos, la recojo con la lengua y sabe a mar, veo que la mariposa se cae sobre mi zapato, porque de pronto había que ponerse zapatos, los pies descalzos también se fueron. En esa misma fracción de tiempo, aún está sonando el rugido, ese hombre suelta a esa mujer, que es mi madre, da unos pasos hacia atrás y, aún lo recuerdo, aún lo estoy viendo, aún estoy oyendo mi propio grito mientras intento retener y apartar de un tirón la pierna, planta su tacón con esa lámina de hierro como de un caballo encima del animalito que yo quería haber conservado para siempre, estaba poniendo a punto su mecánica de vuelo azul marino para salir volando, lejos de los pájaros. Ser atropellado por un caballo y evaporarse al sol como una mucosidad o ser engullido por un ave en la bóveda azul celeste, razono más tarde, meditando acerca de mi propio destino, qué más da. A mí que me administren una de esas pastillas asesinas plagadas de letras X y Q e Y y Z. O una inyección de arsénico. Que pase pronto. También podría encargarme yo, pero no tengo cuchillo. Aparte de que estoy atado. Jamás nos olvidaremos de ti. *The light is dimming, and the dream is too*. Adiós luces, adiós sueños. Al piloto práctico le da tiempo a soltar palabrotas y llamarme de todo al comprobar que mi mano ha dejado una mancha de grasa en su impoluto pantalón, ¡maldita sea! *orang bodoh*!, o sea, imbécil, *orang kotor*! o sea, guarro o cochino, antes de saltar la barandilla, tras lo cual esa mujer me propina dos tortazos, uno a cada lado, izquierda y derecha, y finalmente también se echa a llorar. Yoyó abandona la nave por una escalera de cuerda y, una vez abajo, salta a una embarcación más pequeña que le estaba esperando y que parte enseguida rumbo a la lejanía donde aquella tierra ya se ha hundido en el mar. Un último grito de él, y otro de ella, pero ya no se entienden. Bombas de humo negro brotando de la chimenea de la embarcación, que no tarda en desaparecer, pájaros, mariposas, grillos, abejas, larvas. Me doy prisa por huir de mi madre, esa bruja sensiblera, exaltada e irascible. Vestía una falda, y blusa y zapatos de color malva, de pronto todo el mundo llevaba calzado, el suyo con correas por encima del empeine. Tortazo va tortazo viene, soy un petardo y no valgo para nada, debería haber sido una niña mona no un mico como yo, y encima tonto, en realidad ella no necesitaba ni quería un hijo, nací por accidente, fue tu padre quien se empeñó en seguir adelante, si no es por él te ahogo en el acto, tu padre, otro fracasado al que se le iba la olla, menos mal que se largó a la primera, pedazo de vago errante, tú no vas a conseguir nada ni vas a ser nadie, no te hagas

ilusiones, quiero ir a la universidad para convertirme en un famoso inventor, por ejemplo, de un método de bloqueo para andadores y otros objetos útiles para comodidad de la humanidad entera, ¿tú?, cómo se te ocurre, escribir textos y libros, ¿tú?, para eso hay que tener la cabeza muy bien amueblada, en la mía solo hay serrín, restos de sacar punta a mis lápices y mierda, barrendero, basurero, sí, aunque igual eres demasiado imbécil hasta para eso, o friegaplatos, o guardagujasidavueltaguardafrenosvaivén, esto lo dice Babet antes de dejar sus dientes enfundados en espuma con apariencia de pequeñas larvas blancas sobre la mesa encima del periódico, bibabús patatús tarará. Zumbidos alrededor de mi cabeza, un hormigueo como de diez mil patas de insecto, de abejas que cuelgan en racimos de mi barbilla y mis mejillas, procedentes de las colmenas situadas en el límite del futuro terreno de aparcamiento con pista de aterrizaje para helicópteros, bañadas por pálidos paralelepípedos de sol enfocados al mundo humano al fondo. Vendrá el fotógrafo a retratarme en estas circunstancias, con el semblante plagado de abejas a excepción de los ojos, las orejas y las ventanas de la nariz, para el anuario de la asociación profesional de apicultores Me nombraron socio de honor en reconocimiento a mi dedicación y a mis méritos, especialmente en tiempos de guerra. Todo esto mariposea por mi mente cuando la persona cuidadora llamada Karel me planta la ronroneante maquinilla de afeitar en pleno rostro sin que yo esté preparado para que suceda algo semejante, no le he oído entrar, no acierto a percibir a quien se desliza sigilosamente sobre patines insonoros, me llevo otro susto, me asusto todo el tiempo, por cualquier cosa, siempre. Nuestros análisis con respecto al cliente Busken coinciden, señora, señores, se trata, pues, de un caso inequívoco, ¿no es así? Vaya, vaya, ajá, hay que ver, en efecto, por supuesto, ejem, bueno, bueno, ¿otro caramelo de menta?, *psicos* y *quiatras* reunidos en un entrañable encuentro de teclados por el bien del cliente Busken, ya lo creo. Tranquilo, señor Busken, no se ponga nervioso, no se altere, soy yo, vengo a afeitarle esos poquitos pelitos pequeñitos, oigo a través del runrún, es la voz de Karel, antes su nombre de pila era Carola.

… también hay botones sin agujeros, pero con un arito de fino metal que permite coser el botón. Son más caros que los botones con agujeros, ya que suelen estar revestidos de cuero o felpa o terciopelo u otro material, lo cual incrementa el precio como ustedes comprenderán, lo sé todo sobre botones y me piden consejo con regularidad. Qué ordenadito está esto. Mieneke Kalckbrander a mis espaldas. Para evitar que me toque sin que yo me lo espere y de paso ahorrarme un susto consigo girar la silla de ruedas de tal modo que la pueda ver, aún se encuentra en el vano de la puerta, pero ya está

poniendo un pie dentro de la habitación. Aquí entra todo el mundo como si fuese un lugar público donde yo pasara consulta, como antiguamente en Ginebra, remito a mis memorias. Se ha cambiado de ropa, ahora lleva el mono de peto con tirantes, un espectáculo grotesco, aunque aquí no hay nada ni nadie que no lo sea, por lo que yo estoy absolutamente fuera de lugar. La prenda no tiene botones a la vista, por eso me acuerdo de ellos, hasta el simple hecho de pensar en botones empieza a desdibujarse del mismo modo que se desdibujan cientos de pensamientos que nunca han llegado a ser tales. Sé que el mono de peto es de color naranja chillón, pero hoy lo veo azul, y el dolor ha empeorado. Debajo de las perneras demasiado anchas para aquellas piernas esmirriadas, de hecho, son lo suficientemente holgadas como para alojar una pata de elefante, lleva medias ajustadas, una con un diseño de motivos recurrentes, la otra no, una azul, la otra también, pero de un azul distinto tirando a amarillo. Sus sandalias se acercan con pasitos cortos: todos esos papeles tan bien amontonados, queda mucho mejor así, y tú también vas de punta en blanco, hueles maravillosamente bien, por qué me estás diciendo que no con la cabeza como si tuvieras Parkinson, ay, amigo, qué a gustito estás aquí junto a la ventana. No me apetece atenderla al despuntar el alba, acabo de salir de la ducha, tengo el cabello mojado, el pañal en la entrepierna sin estrenar, lo aprieto con el interior de los muslos, donde a veces preciso de consuelo, lo experimento como un pequeño placer, siendo yo ya demasiado anciano para más, sufro nostalgia, eh, bruja piruja, lárgate, déjame a solas con mis cavilaciones. Ya ha arrimado la silla y una vez que tome asiento pondrá la mano sobre mi pierna dejándola ahí por un tiempo excesivo, me sacudo sobre mis cimientos excepto la cabeza, resulta imposible parar o controlar el temblor, así es como protesto y me defiendo, es mi lenguaje corporal, en la lengua común sería comparable a trabarse a trompicones, me dejo llevar por las ruedas de mi silla todo lo lejos de ella que pueda, pero enseguida saca su garra y me hace regresar sobre mis ruedas tirando del respaldo, posiblemente en *close-up*. Por la noche mientras duermo a veces entra a hurtadillas como un lémur, como cuando la tormenta. Yo ni me había enterado ni del estruendo de los truenos ni del tamborileo de la lluvia, soy un poco duro de oído, pero al notar que alguien me tocaba me sobresalté y a la luz mortecina de la lamparilla de noche vi que estaba tumbada a mi lado en la cama, en camisón y con el moño medio suelto. ¿Cuándo fue eso? Anoche o hace dos noches o no sé cuándo, aquí el tiempo no pasa. Otras noches se sienta en silencio a los pies de la cama para volver a irse al rato, qué se le va a hacer, está desorientada como casi todos aquí y a mí no me molesta, recojo un poco las piernas y ya está. La noche de la tormenta, mientras yo dormía, me empujó con suavidad, eh, soy yo, sepárate un

poco, y se metió conmigo debajo del edredón como si fuese lo más normal del mundo, buscando seguridad contra el fragor bélico y los destellos de luz sobre las negras nubes, de todo lo cual, una vez despierto, yo también fui testigo. Aquella situación me resultó francamente incómoda, la cama es demasiado estrecha para cobijar dos cuerpos, algo que antes, en los buenos tiempos, no suponía ningún inconveniente ni para mí ni para mis parejas del género que fuese, pero Mieneke Kalckbrander era otra cosa, transpirando de miedo pegó la parte frontal de su cuerpo contra mi espalda y me inmovilizó echándome el brazo y la pierna encima y, sin mayor dilación, se quedó dormida como un bloque de arcilla que nunca más fuese a despertar. Además de las bocanadas de aire húmedo en mi nuca, me importunaban los botones a presión de su camisa de dormir que iban quemándome la piel a medida que ella se arrimaba cada vez más a mi espalda, me daba la impresión de que había decenas de ellos, en filas verticales y horizontales, y de que mi cerebro se desgarraba por la presión de las palabras que se arremolinaban dentro de él como luces de feria: botón, botones, botones a presión, con agujeros, sin agujeros, aritos de metal. Desde entonces me basta con ver a Mieneke Kalckbrander para acordarme de los botones, entendidos como objetos que se cosen a la vestimentaria. Yo no he llegado a coser ninguno, cuando se caía un botón o era probable que se fuera a caer, desechaba la prenda en cuestión, tras lo cual Babet o Herman le ponían un botón nuevo o afianzaban el que estaba suelto, yo tenía dinero suficiente para abastecerme sin cesar de *vestimentarias* y bienes nuevos, conseguí que mi madre pagara un alquiler por su propia casa con la copiosa pensión alimenticia del fabricante de botones y me aseguré de que me abonasen unos honorarios exorbitantes por mi arduo trabajo como cuidador familiar, tampoco soy tonto, no iba a hacerlo *gratis et amore*, hasta que aquí me pusieron bajo tutela porque me cuesta caminar. La palabra «vestimentaria», en plural *vestimentarias*, no existe, estimados oyentes, disfruto dando rienda suelta al carnaval de la lengua, no vayan a pensar mal, a mí no me falta ningún tornillo, me gusta bromear, eso sí, para que estén sobre aviso. Mieneke Kalckbrander me fue empujando cada vez más, traté de resistir tenazmente pero todos mis esfuerzos fueron en vano, desterrado de mi propia cama acabé medio al lado medio debajo de ella, sobre el linóleo de los circulitos, Mieneke Kalckbrander siguió dormida al calor que yo le había dejado y a pesar de sus botones a presión, gimiendo y resoplando a cada trueno, yo era incapaz de ponerme en pie o de arrastrarme o de desplazarme de otro modo debido al dolor que me embargaba al menor movimiento, por supuesto tampoco podía gritar. Al estar la cortina descorrida, los rayos entraban con vehemencia, iluminando mi morada, de la misma manera que el pensamiento lúcido puede

enardecer la mente humana como una llama, una metáfora gráfica que en aquellas circunstancias no me sirvió. Ahora ella dice: Qué tiempo tan extraño. Esquivando mi mirada, con la que trato de expulsarla de mi cuarto, mantiene los ojos clavados en el exterior, mi disgusto o se le escapa o le resbala como siempre, no finge estar loca sino que lo está de verdad, al igual que la mayoría de los desechos aquí confinados si no todos, de ahí mi solitaria condición de *poeta doctus* y *primus perpetuus* entre estos guiñapos mentales. Tan pronto hace un sol radiante como se nubla el cielo, resume la situación meteorológica, de un momento a otro paso de estar bien de temperatura a tener la piel de gallina. Estremeciéndose, brrr, se abraza a sí misma y se frota los brazos desnudos con sus célebres manos. Solo espero que no tengan que cancelar la *barbecue*, suspira. ¿Tú qué opinas? Ahora sí que posa en *close-up* una de sus manos sobre mi muslo y, además, me pega un pellizco y otro, enojado me muevo de tal modo que retira enseguida la mano para guardarla en una de sus axilas. Hace fresco, masculla poniendo morritos. ¿No crees? ¿Tú qué crees, Buskibum? ¿No crees que hace fresco? ¿Qué opinas? ¿Habrá fiesta o no? ¿Lloverá? ¿Acaso creo u opino yo algo? No estoy aquí, no tengo ni idea de quién es esa mujer. Ojalá tuviera un cuchillo. ¿Fiesta? ¿Qué fiesta? Será Pentecostés. *Veni Creator Spiritus*. Lo cual significa: Ven, espíritu creador. Es un himno que se canta con motivo del Pentecostés, ya no lo conoce nadie. Yo sí. Cuidado con los espirituosos en la barbacoa, especialmente con el alcohol metílico. ¿Qué día es hoy? Lunes de Luna, martes de Marte, miércoles de Mercurio, jueves de Júpiter, viernes de Venus, sábado de descanso y domingo del Señor. ¿Y qué año, en qué año vivimos, empezando por mí, en qué año vivo? Lo despisto todo, me despisto a mí mismo, pierdo la cuenta de mi propio ser, si supiera en qué año vivo podría calcular mi edad exacta y real, o eso creo, en cualquier caso, soy tristemente añoso. Un hombre se hace anciano cuando lo lava una persona extraña y desconocida, sea hombre, mujer, género transformado, género en reconstrucción o varios géneros en uno, todos visten el mismo uniforme, como para aclararse. El anciano sentado en la tapa del inodoro se pone a contar las baldosas del suelo, sufriendo con resignación, qué remedio. Sigue orinando, aunque el instrumento empleado para ello ha quedado reducido a un pellejo o funda inane que todos esos extraños y desconocidos lavadores de ancianos se empeñan en frotar por dentro y por fuera, la higiene así lo requiere, es importante que esté limpio, señor Busken, ¿no cree? Lo que resta es un guisante arrugado y paliducho, marchito vestigio de la hermosa y sanguífera toronja de antaño. No sé dónde estoy. No estoy aquí y no soy un anciano. En mi cabeza tengo cincuenta años menos y emerjo de la bañera de porcelana apuntalada en cuatro patas de león donde ella, amante

amada con pasión, permanece tendida en la rosada espuma bajo los grifos de oro, embelesada y sonriente, sin dejar de jadear tras aquello con lo que yo la he agasajado en el agua, a saber, un orgasmo en el que, atendiendo a sus gruñidos, le apreté la garganta expulsando con ambos pulgares el aliento y el sonido de su suave cuello mientras mi pene de acero embestía frontalmente el ardor de sus entrañas, más ardorosas que la rebosante agua de la bañera, que formaba altas olas al son de nuestro chapoteo. Una frase bien hecha nunca sobra. No necesito toalla, me seco enseguida al sol casi tropical que entra a raudales, aunque no estoy en el trópico sino en Italia, por decir algo, durante un verano exuberante, con la bella Moniek, pongamos que en Florencia, en una habitación de hotel, las puertas abiertas de par en par, un balcón con el suelo de baldosas blancas y amplias vistas a un río revuelto, tal vez el Arno si esto es Florencia, pero en realidad no importa. Nada importa, aunque queda la pregunta de para qué, así como la pregunta adicional de qué se entiende exactamente por el sujeto de la oración, *mutatis mutandis*, nada, que entra en conflicto con el verbo. Cuántas cavilaciones y preocupaciones. A propósito de nada que importe. Deleitándome en el calor del sol, me inclino desnudo sobre la barandilla del balcón como sobre la de un barco que entra en el Arno procedente del trópico, y de repente noto que se me moja la cintura y pienso que me está salpicando mi traviesa amante y reconozco lleno de nostalgia cómo la radiación solar se refleja en cada una de las gotas. Sin parar de encadenar sentimentales suspiros por todo lo que se fue para siempre. Cuando me doy la vuelta avisto, enfermo de amor, a mi Moniek, también desnuda, cubierta de gotas de espuma rosada, mientras ella, esa sonrisa, mientras ella, contemplo el milagro con la respiración contenida, mientras ella, ya no puedo decir ella, se metamorfosea en un joven dios que apunta con el chorro de orina que brota de su noble miembro, mi erección aún semipresente rápidamente sublimada en enérgica firmeza. Con los brazos abiertos, todo reunido en un único pensamiento, avanzamos, corremos a nuestro mutuo encuentro, enamorados y ansiosos, recorriendo las blancas baldosas, debería haberlas contado, se me olvidó, cuando a mí no se me olvida nunca nada. ¿Dónde estás metido? La voz de Mieneke Kalckbrander. Es como si no estuvieras. Te veo aquí sentado y puedo tocarte aunque eso no te hace ninguna gracia, ya lo sé, a veces pienso que crees que tengo una enfermedad y que te la puedo contagiar, siempre estás tan no sé estás, no estás, no sé. Te estoy preguntando algo. De nuevo esa mano en mi muslo, junto a la entrepierna, me libero de ella con mi propia mano que tiembla con una violencia que hace temblar también la suya, le devuelvo la mano posándola en su muslo, junto a la rodilla, pero ella la dobla sobre mi mano, de nuevo con un pellizco, y la aprieta con fuerza, muy a mi pesar, ignorando

mis denodados esfuerzos por soltarme coloca la otra mano con más fuerza si cabe sobre nuestras manos unidas, las uñas de sus dedos cada una en un color de la caja de pinturas, tranquilízate, dice la muy lista, con las manos heladas. Me veo a mí mismo de pie en el puente sobre aquel río turbulento, sin haber cumplido ni tan siquiera la mitad de los años que tengo ahora, en un siglo cualquiera. Al mirar fijamente el agua durante mucho tiempo se crea la ilusión de que fluye hacia atrás, de vuelta hacia donde brota a borbotones, navego en una balsa y la corriente que antes me empujaba ahora me lleva a rastras, por entre paisajes que me resultan familiares, cuénteme, señor Busken, ¿le parece bien que surfeemos las olas juntos? Al otro lado del puente comienza la ciudad, donde paseo ufano y feliz con mi amante, cogidos de la mano, en realidad no soy feliz nunca, pero curiosamente, allí me inunda la felicidad. Mi amante viste un uniforme de color blanco nuclear, una prenda para todos los géneros y todas las confesiones que se amolda con grácil elegancia a las partes de él o ella, de ella o él, ella con su pene de marfil siendo la misma que él con sus pechos de manzana y sus nalgas de terciopelo, acabo de contraer matrimonio con esta figura onírica de doble género y como el dolor de espalda matador está a años luz salto brinco boto por las calles y las plazas inundado de felicidad. A mí no me importaría tomarme una brocheta de carne, dice Mieneke Kalckbrander. Por mí, que celebren la fiesta. ¿Tú qué opinas, Buskebub? Estás acalorado y no paras de temblar y de moverte. ¿Y esta mujer? ¿Me está hablando? ¿Se refiere a mí? Siento que me aprieta la mano que voy a necesitar ahora mismo, pero por lo demás estoy no presente. ¿Acaso existo? Sí, existo, dentro de mil años, en el curso de unas excavaciones, descubrirán mis cámaras funerarias repletas de belleza y profecías que para entonces se habrán cumplido todas. La sala de conciertos donde me encuentro ahora, fila seis, asiento trece, se sume en la más profunda consternación cuando una persona, de pie en el puesto de director que no es el suyo, comunica que quien debería haber estado allí, el sublime, el excelentísimo, de renombre mundial, al que yo he venido a ver y a escuchar en plena acción, se derrumbó una hora antes en una estancia anexa del edificio de la música y falleció en el acto, lo sentimos, les devolveremos el dinero de la entrada. Ha muerto, pero no ha desaparecido, permanecerá en nuestro recuerdo *in lux perpetua*, honramos su memoria, así es como se dice, con toda probabilidad hoy por hoy nadie se acuerda a bote pronto de quién era el referido Alighiero Zimbardo o como se llamara, un arquitecto, un futbolista, un actor de la época del cine mudo, quizá llegara a conocerlo Mieneke Kalckbrander en sus años de Hollywood, lástima que no pueda preguntárselo, es que yo también soy mudo en el sentido de que no puedo hablar. El público se dispone a salir, tan decepcionado como

disgustado, pero de un momento a otro, en medio del repentino silencio, todos vuelven a sentarse, expectantes, en las butacas plegables de peluche recién abandonadas, testigos de lo que está a punto de suceder. Lo que está a punto de suceder soy yo. Me levanto y con paso sosegado, seguro de mí mismo, soberano, me dirijo al estrado, los músicos están guardando sus instrumentos, el coro y los solistas ya se han puesto el abrigo, y entonces es cuando yo me subo a la tarima del director de orquesta también llamada peana. Con la batuta de Zimbardo, que me está esperando encima de la partitura, golpeo el atril, atención, señoras señores niñas y niños, les vamos a ofrecer el concierto tal y como estaba programado, bajo la dirección austera a la vez que inspiradora de un servidor, el generalísimo director supremo E. Busken. Mi mirada hipnotizadora recorre las tropas congregadas ante mí, una orquesta de cien músicos, varios coros de mujeres, hombres, niñas, niños, sumando más o menos otros centenares entre todos, un pelotón de solistas vocales, una fuerza de aproximadamente trecientos cincuenta efectivos en total. *Symphonie der Tausend*, la Octava de Gustav Mahler, neurótico perdido. Oliendo a jabón y champú, impoluto hasta los detalles más ocultos, ropa limpia, un gurruño de textil entre los muslos, las piernas rugiendo de fuerza, los pies mirando al frente, posición estable, respirando con normalidad, enamorado, feliz, victorioso, en un silencio aplastante señal de máxima tensión, estiro los brazos, con la batuta en la mano derecha tras arrebatársela a Mieneke Kalckbrander de un tirón, y marco el primer compás, desatando un estrépito estallido estampido de cien cuerdas trompetas timbales sobrepasados por el órgano y el doble de voces cantantes, todo a un volumen atronador, como bolas de demolición arrasando los tímpanos, lo justo para arrancar a cualquiera de un sueño apacible. Con este estruendo, el compositor pretendía resucitar al espíritu santo creador sirviéndose de la invocación: *Veni Creator Spiritus*! Pues sí que debe de ser Pentecostés, ya me lo parecía a mí. Con tomatitos *baby* y aros de cebolla y trocitos de beicon, dice Mieneke Kalckbrander, mmm, la mano abanicándole la mejilla. En el tablero de mando, encima de la partitura que rehúso leer, me abro paso por entre la barahúnda sin mirar las notas como un nadador adentrándose en el tumulto de un tsunami, hay un pequeño espejo cuadrado dirigido al balcón al fondo de la sala, de allí llegará un solo vocal que me asaltará por la nuca, un latigazo de dulce emoción, interpretado por mi elegante amado varonil a la par que adorada ladrona de mi corazón, bellísima musa y apuesto amante, la nuez de adán de ella y la voz de plata de él vibrando y resonando en una única garganta, mi ángel en el cristal del espejo salpicado por el sol que me deslumbra hasta llevarme al borde de las lágrimas, reboso admiración, y no sé qué más, amor, todo, no tengo palabras y aunque

las tuviera serían demasiado débiles y pálidas para mi *conmovimiento*, con pimentón, un pizca nada más, dice Mieneke Kalckbrander, las sonantes y exultantes reseñas en los periódicos, con un retrato mío, Moisés conteniendo el mar de sonidos con su báculo, las recorté todas y las guardé en una carpeta negra con cierre de botón pero no la encuentro. ¿Te estás quedando dormido otra vez? Codazo de Mieneke Kalckbrander. Salgo disparado de donde estaba, en busca de aire. Te estoy hablando. Ya te estás moviendo otra vez, dando martillazos con los ojos cerrados. Y gimes como un un. Y estás palpando todo el rato no sé qué. Por detrás de mis ojos caen listones y bloques, acompañados de ruidos, o eso creo, una suerte de triquitraque, como de objetos chocando con otros objetos o cayendo unos encima de otros, pienso o imagino que oigo estos sonidos en mi interior, pero no veo que estén sucediendo fuera de mí, duran lo que duran dos o tres respiraciones profundas. A pesar de tener los ojos cerrados, el cambio de sol a sombra roza mis párpados y penetra hasta lo más hondo del caracol de mi oído, prevalece la sombra, aunque sin llegar en ningún momento a visos crepusculares, en cambio la luz que alcanza las simas más lejanas y los recovecos más profundos es poco clara y nítida, lo cual no quiere decir que no esté, si se entiende lo que quiero decir, y si no se entiende me da lo mismo, para qué esforzarme, el final de mis días está cerca, por eso no llevo reloj, por cierto, los andadores no tienen mecanismo de bloqueo, lo que en no pocas ocasiones da lugar a accidentes mágicos. Quiero decir trágicos. Y si no era el Arno en Florencia, puede que fuera el Moldava en Praga o el Lek en Wijk bij Duurstede, todos pasan fluyendo igual, como el tiempo y nuestra existencia, solo bruma, solo sombra, como usted bien dice. Van a echar hormigón para huevos de pascua y construirán un puerto para helicópteros donde recibir a clientes con traumas o ministros u otras gentes de altas instancias. El ruido en mi cabeza resulta ser el triquitraque cada vez más sonoro del autogiro en el que nuestra estimada reina Beatriz desciende del cenit para aterrizar al pie de mi ventana. Vengo a ver a mi querido amigo E. Busken, dice la soberana. Viene a liberarme y a invitarme a ir a esquiar con ella en una de sus fincas a varios países de aquí. Pero primero vamos juntos al cine, ella con un enorme cucurucho de cartón en las rodillas, sacudiendo cada dos por tres las palomitas. Llegado a este punto abro los ojos. Mieneke Kalckbrander revuelve los lápices de colores en el portalápices, la estoy oyendo, ha desplazado el tubo de latón de la mesa de escribir a la cama, hacia la cual ha girado medio cuerpo. ¿Qué hace esa desdichada carcomida con mis pertenencias y mis herramientas de trabajo? ¿Retocarse las uñas? Está como una cabra. Mi respiración se vuelve rasposa y jadeante, con sensación de ahogo empiezo a tragar apresuradamente la avalancha de saliva que se me acumula en la

boca, mi cuerpo no me obedece, como si fuese una marioneta, con la cabeza y los brazos y las piernas colgando de unos hilos que no gobierno yo. Incontrolable, mi brazo se me va y acaba sin querer con un golpe bastante fuerte en alguna zona sin determinar del mono de peto de Mieneke Kalckbrander, debería disculparme si no fuera porque tras tantos discursos conferencias charlas prédicas y clases magistrales, y una vez obtenido mi emeritazgo, juré y perjuré no volver a tomar la palabra nunca más ni dirigírsela a nadie ni a nada y ahora que lo pienso: ¿por qué hace tanto que no veo a Herman? Asustada, lanza un grito, *¡Jesus, hey man*!, exclama. Al darse un masaje en la zona de mi manotazo tira el portalápices, todos los lápices de colores caen ruidosamente al suelo, en todas direcciones, de nuevo *Jesus*. ¿Has vuelto a este mundo? Me preguntaba qué pinta esto entre tus lápices. Un cigarrillo varias veces doblado pero entero, empotrado en un sacapuntas que reconozco enseguida, parece que alguien ha intentado sacarle punta al pitillo, a quién se le ocurre, desde luego hay que tener la cabeza como una batidora, en lugar de virutas de madera salen restos serpenteantes de tabaco mezclados con trizas de papel, la cuchilla ha desaparecido, el artilugio ya no funciona, quienquiera que sea ha empujado y arrugado el cigarrillo con tanta saña que no hay manera de sacarlo, permanece indisolublemente unido al sacapuntas que cuelga de él como un badajo, Mieneke Kalckbrander balancea la construcción entre su pulgar y su dedo índice, bim bam, hasta que el cigarrillo, o lo que queda de él, se parte en dos, la mitad atrapada en el sacapuntas que ya no es un sacapuntas, a decir verdad, el cigarrillo ya no es tampoco un cigarrillo, lástima, y los restos de la otra mitad esparcidos por los pliegues del edredón. ¿Pensabas fumarte a escondidas un pitillo con tu sacapuntas cuando y donde eso está prohibido, *you naughty naughty*? De nuevo esa mano. De nuevo en mi muslo. La deja caer con tanta fuerza que me sobresalto, como si quisiera pagarme con la misma moneda, aunque ella completa el tortazo con una caricia en dirección a mi ingle que hace que me sobresalte de nuevo. El tirante derecho del mono de peto se le desliza hacia abajo por el hombro, vuelve a subirlo con la otra mano, con la que sigue apretando y desmigajando la punta del cigarrillo cuyas fibras de tabaco y trizas de papel se desperdigan hasta por su cabello. Todo esto solo ocupa unos pocos segundos, en los cuales Herman atraviesa mi cerebro como un rayo por simple deducción, mi suministrador de tabaco, ¿dónde estás, camarada tartamudo?, tal vez te haya sobrevenido lo que a mí y permanezcas recluido en un asilo y no te permitan salir para venir a verme, me niego a admitir dentro de mí el otro posible motivo mucho más terrorífico, *wir sind durch Not und Freude gegangen Hand in Hand, vom Wandern ruhen wir beide nun überm stillen Land*, todo esto es cierto, hemos caminado juntos en lo

bueno y en lo malo y ha llegado el momento de descansar, pero ¿cómo consigo yo ahora tabaco para luego poder descontaminarme? Un cigarrillo en un sacapuntas, quién se ha entretenido con eso y con qué fin. ¿Yo? Descartado, jamás malgastaría de esa manera tan estúpida uno de mis últimos fumables, aunque aun cuando sin embargo no obstante, en cualquier caso no recuerdo haberme dedicado a semejante necedad, que habría ido en detrimento de otras ocupaciones mucho más edificantes, si hay algo que no me falla es la memoria. Había perdido el sacapuntas, de eso me acuerdo, y también me acuerdo de que lo había confiscado el surfista de las lentes negras, denominado Treurink, no Teuseling, Teupzig, algo con eu e i y empezando por T, me parece, los nombres me cuestan a veces, y las fechas y los números de teléfono y las nomenclaturas latinas de las plantas y los insectos, pero por lo demás mi memoria es prácticamente lo único que permanece intacto y sigue funcionando en lo que a mí respecta, lo digo con toda sinceridad, la de cosas que recuerdo yo signo de exclamación. Pues ese tal T con eu, exasperado por el insufrible escozor del remordimiento, habiéndose apropiado de forma ilegal de una propiedad ajena, a saber, mi propiedad, guardó el sacapuntas a hurtadillas en mi portalápices donde yo en ningún momento llegué a guardarlo, tratándose de un objeto útil, utilizado a diario, en ocasiones incluso varias veces al día, siempre ha estado ahí, arriba a la derecha, donde puedo encontrarlo a ciegas si hace falta, porque sé que está en su sitio, como todo en mi existencia tiene un lugar fijo, respeto escrupulosamente el rigor, el orden disciplinado y las certezas, cuento con varios títulos en la materia. En casa solía afilar mis lápices con un cuchillo, pero también me lo han robado. Y han cambiado la cerradura de la puerta de la calle. Podrías haberlo afilado con la boca, chupando, se burla Mieneke Kalckbrander con picardía. Vuelvo a retirar su mano de mi cuerpo. Vete ya, boba, déjate de ambigüedades y medias tintas, necesito estar a solas con mis propios pensamientos, la mirada pastando tranquilamente en el rústico paisaje al otro lado de la ventana. Me siento angustiado, apremiado, enervado, ha comenzado a suceder algo y ya no acierto a alcanzarlo, ya no llego, como si hubiera encogido con lo alto que era yo en tiempos. ¿Ha llamado, señor Busken? Suzan la de la borla. Soy sordo y no la oigo. Imperturbable, sigo mirando al frente, por la ventana, sol y ausencia de sol, alternativamente, más lo primero que lo segundo. No he llamado, no llamo nunca, si llamara daría a entender que necesito a alguien y yo no necesito a nadie. Cielos, ¿qué ha ocurrido aquí? He llamado yo, dice Mieneke Kalckbrander. ¿Qué hace usted en la habitación del señor Busken, señora Mieneke? Debería haber dicho señora Kalckbrander, no solo es más educado sino también más correcto ya que las palabras señor y señora se unen

de preferencia al apellido. Le encanta tener compañía, miente Mieneke Kalckbrander descaradamente. De dónde lo saca la muy cretina. Habla de mí en tercera persona. ¿Quién soy yo? Yo soy él. Ha dejado caer los lápices, informa a continuación, y no se puede levantar de la silla para recogerlos y a mí también me cuesta agacharme, se le había perdido el sacapuntas y lo estaba buscando, para afilar algunos lápices, pero ya sabe, mueve los brazos a su alrededor con mucha vehemencia. De nuevo observo desde arriba la trenza de Suzan que le cubre el cráneo con estilo, la forma en que avanza en cuclillas por los circulitos del linóleo. De vez en cuando abre el puño para dejar caer sobre la cama los lápices recién recogidos en una estruendosa catarata de palillos de Mikado, unos más cortos y otros más largos, lo que me colma indignado de tristor, los lápices así como cualquier otro objeto apto para escribir o pintar han de ser tratados con respeto y deferencia, así reza la más sagrada de mis convicciones, reiterada reiteradas veces en mi columna semanal. Haga un esfuerzo por respirar tranquilamente, me habla Suzan. No hace mucho era un varón, ahora *transgenerado* en esta persona con trenza y borla, sucedáneos de las alhajas masculinas de otrora que solía portar con orgullo y de las cuales se ha deshecho. Estos arreglos son una novedad de los últimos años. De pronto me acuerdo de mi madre cuando nunca pienso en ella. No quería hijos pero me tuvo a mí, ella habría preferido que yo tuviera una rajita y no un pito, dame las tijeras, me decía, que te lo corto. En mis memorias se puede leer que hasta la mitad de mi octavo año de vida lucía vestiditos y tirabuzones. Lleva un buen rato hiper jadeando y no logra controlar su cuerpo, explica Mieneke Kalckbrander. Los jadeos son por el tabaco, pontifica Suzan. Quién sabe si antes se llamaba Geurtjan. El señor Busken se sacude, se agota y se queda sin aliento. Qué frase y qué sintaxis tan pobres, podría esmerarse un poco más, por suerte no oigo. No hace falta que te quites nada si quieres cambiarte de hombre a mujer o de mujer a hombre. Babet nos lo vuelve a aclarar con infinita paciencia a nosotros los varones mientras Herman y yo intercambiamos guiños disimulados. Las mujeres simplemente se ponen ropa de hombre, un pantalón y una corbata, y a los hombres les basta con ponerse una falda bonita con una blusa y un bolso a juego. Nadie ve lo que llevas abajo debajo, eres un *transvertido* y ya está. Un bendecido, aprovecho la rima fácil. ¿Sabes lo que eres tú?, brama Babet, Eres un sexista, eso es lo que eres, un sexista asqueroso. ¿Qué ocultará Suzan bajo ese uniforme unisex? ¿Me lo enseñas, tesoro? A mí me gusta todo con tal de que sea bello. Sáquenme de aquí, vengan a buscarme en helicóptero o en barco o en cualquier otro medio, transfórmenme en bruma para que pueda huir por las rendijas de la ventana, tórnenme invisible, no necesito estar, no hay ninguna necesidad de que yo esté aquí. Tiene como restos de tabaco en el pelo,

señora Mieneke, oigo decir a Geurtjan. ¿De dónde ha salido eso? Ya entiendo. Esto lo puedo tirar, ¿verdad? La persona cuidadora sostiene el fragmentado cigarrillo y el inútil sacapuntas en la palma de la mano. Se los lleva. Zas. El odioso sonido metálico del cubo de basura. hace que mi corazón se encoja de pena y se encienda también de ira. Y la forma en que vuelca los lápices en el portalápices hace que mi corazón se encoja de pena y se encienda al mismo tiempo de ira, todos los colores mezclados, largos y cortos, unas puntas para abajo y otras para arriba. Marchaos de una vez y dejadme en paz. Si tuviera un cuchillo prendía fuego a todo esto. En mi cama, en la almohada, yace el silbato que hace unos días se me cayó de la camisa según creo recordar en remotos tonos azules al ver que Suzan señala la almohada con el dedo. ¿Y esa caja? ¿Qué tiene? ¿Pastillas, cápsulas? ¿No se ha tomado la medicación, señor Busken? ¿Señor Busken? Está pensando, dice Mieneke Kalckbrander, y cuando piensa no oye nada. La persona cuidadora se refiere a la caja en la que se apoya el silbato, medio sobre y medio contra ella. Lleva pegada una etiqueta de farmacia con la palabra OxyTraQ, debe de ser la marca del contenido original. Una caja alargada como con forma de cajón dentro de una funda, imagino que cuando era una caja de medicinas contendría blísteres alargados. No tiene pastillas, tiene *cigarettes*, cotorrea Mieneke Kalckbrander con ínfulas hollywoodianas. La borla en la cabeza de Suzan sube y baja como muestra de enérgica reprobación. Así no llegaré a los cien años, ya lo sé, no me lo repitas más, no pretendo alcanzar esa meta, tengo bastante con lo que tengo, es más que suficiente, cuántos he cumplido ya por cierto a todo eso, solo hay que fijarse en mi *temblorcitis*. ¿Qué hora es? No puedo perder el autobús, necesito ir al entierro de Herman que necesita ser enterrado porque el que no es enterrado está condenado a vagar como un muerto viviente por las orillas del Cocito, el Río de las Lamentaciones, durante cien años, así que más vale que le entierren a uno. Me apodero de la caja y la guardo en alguna parte dentro de mi ropa, el silbato lo dejo donde está, no sé ni para qué sirve. Para cuando ya sabe usted, mejor se lo lleva, dice el personaje cuidador, de género indeciso porque no le veo las piernas. ¿Tiene ganas de orinar, señor Busken? ¿Señor Busken? Lleva todo el rato así, informa Mieneke Kalckbrander, con la mano allí. A lo mejor le molesta el pañal, a ver, igual no está bien puesto. Geurtjan se inclina hacia mí estirando sus manazas, le doy a entender con mis miradas y otras señas corporales que me deje en paz. El ovillo para la incontinencia continúa apretando mi minimiembro ejerciendo una presión para nada desagradable, al poner encima mi vibrante mano ocasiono gracias a la combinación de ambos tocamientos una minisensación de minierección, vaya, no le quitéis al anciano ese miniplacer, pura nostalgia, marchaos de una vez. La caja la ha dejado

encima de la cama la última persona en desvestirme, que la habrá encontrado en mi ropa anterior. Dejo sus cositas aquí en la almohada, señor Busken, ¿lo ve?, junto al silbato, ¿lo ve?, para que luego pueda volver a guardárselo todo y no pierda el tiempo buscando. Como si yo fuera idiota. Además todo a gritos, claro. Debe de pensar que soy sordo. Ahora que he recuperado la caja vuelve a aflorar el clamoroso anhelo de un cigarrillo, esa ansia extrema, intensa e imperiosa necesidad. Me defiendo de Suzan, quiere palparme, en la entrepierna, supuestamente para comprobar si mi pañal está bien puesto, pero en verdad, a mí que no me cuenten milongas, siente un acuciante interés por la batuta que lleva dentro. *Veni Creator*. Todas las mujeres son iguales. No tiene usted por qué pegarme, dice Geurtjan. Mieneke Kalckbrander se inmiscuye de nuevo: A mí también me ha pegado, sin querer, no pega a nadie por maldad, es muy bueno y nunca se enfada, pero si no se agarra fuerte, los brazos y las manos se le van y se mueven sin control, agárrate bien a los reposabrazos de tu silla, Buski. ¿Por qué no os marcháis de una vez? Soy un volcán furioso, escupo fuego furibundo, en breve me pasearé por aquí pertrechado con mi cuchillo y otras armas letales destrozándolo todo. Cigarrillos y blancas bebidas de gélidas botellas, ambos en cantidades infinitas, sin nadie a mi alrededor, así es como escribo mis mejores obras. ¿No estamos en el mes de mayo? Es cuando todos los pájaros ponen un huevo menos el cuco y la aguja colinegra. Esto está bien puesto, no veo nada raro. Suzan se limpia las manos en el uniforme sin género a la altura de las caderas, al palparme ha corrido el riesgo de contraer enfermedades infecciosas o desarrollar tumores, no llevaba guantes, me parece a mí que ha infringido las reglas. En su rodilla, un aparato empieza a escupir un crujido todo menos melódico. Se lo lleva a la oreja y le dice varias veces que sí antes de volver a guardarlo. A mí y a Mieneke Kalckbrander: Pásenlo bien, me tengo que ir. ¿No se cancelará, ¿verdad?, pregunta Mieneke Kalckbrander con voz lastimera. ¿Cancelar qué? La *barbecue*. Claro que no. Pero se está nublando. En la radio han dicho que no va a llover y que hará una temperatura agradable, ya volverá a salir el sol. Yo me pido una brocheta de carne, o dos. Y yo otra, u otras dos. La conversación se lleva a cabo con Mieneke Kalckbrander en el vano de la puerta mientras la persona cuidadora se va alejando por el pasillo. Espero que el portalápices esté de nuevo en su sitio. Soy un hombre de certezas, quiero que todo esté donde tiene que estar y que no cambie nada a lo que yo esté acostumbrado. Si fallan las certezas es como si uno, estando absorto en un libro, de repente se encontrase con que se han arrancado algunas páginas o no puede acceder a determinados fragmentos del texto cegados por unas franjas negras.

… aquí está muy claro quién es hombre y quién es mujer, queda patente en la vestimenta y en cómo esta se amolda al cuerpo. Aquí los cuerpos no visten el uniforme de persona cuidadora de centro de internamiento. Nos hallamos fuera, *extramuros*, tuve oportunidad de hablar latín con cinco Papas sucesivos ya que, en el transcurso de mi apasionante existencia frecuenté el Vaticano con regularidad. Este es el *hortus extramuros*, el jardín situado fuera de los muros del edificio, pero dentro de los que rodean las instalaciones del asilo. Fuera de los muros y, sin embargo, dentro, no hay escapatoria, a menos que llegue un helicóptero con una escalera de cuerda. Cuando digo nos, incluyéndome a mí, el cliente E. Busken, me refiero a todos, a toda la panda, a toda la pesca, los desechos humanos que pueblan el centro de acogida, las personas cuidadoras de género fluido y los superiores en rango y posición: primero los grandes mogólicos, rectifico: los grandes mogoles de la psicociencia, la psiquiaciencia y la medicina; después, los terapeutas, los de los lunes y los miércoles y los de los martes y los jueves, y también el cura de la iglesia del hospital del que me acuerdo vagamente, he olvidado el nombre, en este mismo instante me está o saludando o bendiciendo con la mano, por fortuna mi vista ha empeorado mucho últimamente así que no veo, con la otra mano sujeta un vaso de plástico ondulado blanco que alza a la altura de la boca. Hoy debe de ser un día especial, se nota en todo, pero no sé si hoy es hoy o si es el hoy de ayer o de la semana pasada o si el hoy está aún por llegar en la interminable sarta de fechas, me hallo al margen de la conciencia del tiempo desde que aquí me retienen como rehén. La parte masculina del colectivo congregado en el jardín lleva pantalones, lo que demuestra que son hombres. Las mujeres que visten pantalón suelen ser reconocibles como tales porque tienden a combinar esta prenda con artículos y accesorios femeninos, por arriba una blusa con corte de mujer, un broche, un collar de perlas falsas cuentas conchas o un jersey de punto en un color femenil, y debajo unos zapatos con los que saben caminar las mujeres, pero no los hombres por poco hombres que sean. Aun así, yo solía ponérmelos cuando deseaba vestir como mujer, atuendo de Yves Saint Laurent, piernas y mejillas rasuradas, medias de nailon y a veces de rejilla, pechos postizos, peluca, o media melena rubia lisa o cabellera negra levemente ondulada que me llegaba hasta los hombros, eso sí, tenía que concentrarme todo el rato en cómo poner y mover los pies para no caerme. Los tíos me miraban y me silbaban en la calle, y en mi condición de mujer también ligaba con otras mujeres, qué tiempos, y qué nostalgia, eso es lo que sufro yo. Conservo todos esos trastos en el armario del pasillo que va a dar al cuarto de baño. De Mieneke Kalckbrander, con sus sandalias, calcetines en diferentes tonos de azul, y ese mono de andar por casa, peto y pantalón holgado como el de

Popeye de una pieza, todo el mundo sabe que es Mieneke Kalckbrander, o sea una mujer, sin que nadie se pregunte si acaso podría ser un hombre, contrariamente a lo que puede llegar a pensarse de determinadas personas cuidadoras o sanadoras cuya vestimenta uniforme de entrada no permite concluir con certeza a qué grupo humano pertenecen o desean pertenecer. En el caso de las abejas y las mariposas, de los insectos en general, y de las aves y los peces, también en general, tampoco se puede establecer la distinción de género a primera vista sin conocimientos previos o habilidades innatas, un rasgo que estas especies animales tienen en común con los clérigos católicos ataviados con hábitos y cogullas y casullas y burkas. Cuando le vi en plena acción católica en la Sede del Silencio, el del bizcocho relleno, que ahora me saluda, iba de tiros largos como una mujer, una «indumentaria», cinco sílabas, con la que muy pocos hombres se animan a salir a la vía pública, de hecho, aquí en el jardín, donde comienza a oler a alimentos ahumados y asados, va de civil y viste un ordinario traje de confección con cuello blanco de pechera en cuya parte derecha brilla una cruz de plata. Es muy probable que pertenezca a la especie masculina, dado que en la liturgia católica a las mujeres no se les atribuye papel alguno, con buen criterio, por cierto, aunque en su día hubo un Papa que dio a luz durante una procesión, desde luego ya no hay certezas, desde aquel desventurado suceso los flamantes jefes supremos de la Iglesia de Jesucristo Beatífico deben tomar asiento en una silla con un agujero, tras lo cual el cardenal de mayor rango pasa por debajo de ella en una misión de inspección visual y táctil para luego proclamar alto y claro que el elegido posee no uno sino dos testículos y que estos se hallan en condiciones óptimas. En el momento de la presentación no se estila palpar los bajos de los desconocidos con el fin de recabar información sobre el órgano de turno, de todos modos, en la era contemporánea ni tan siquiera ese dato resulta concluyente. Busken, céntrate, me digo a mí mismo, inmerso en la maraña de pensamientos espumeantes y burbujeantes que flotan sin rumbo por mi cabeza, a pesar de que yo soy un pensador disciplinado, siempre lo he sido. Mieneke Kalckbrander me ha empujado por la puerta del mal llamado salón hasta el jardín, donde se apelotonan todos, embutidos en ropas inequívocas y envueltos en los olores y en los sonidos demasiado sonoros de una música de charanga. Vamos a estar tan a gusto, ya verás, te vienes conmigo a disfrutar un poco en vez de quedarte ahí mirando al frente con cara de pena, te fumas un cigarrillo en el jardín, ¿los llevas encima?, ven, sin *buskibambolear*, estaremos tan a gusto. Con ese infinitivo, combinado con el apellido que figura en la puerta de la celda que me ha sido asignada en este hospicio, posiblemente describiera los espasmos de mis brazos piernas cabeza, movimientos

en apoyo de mi repulsa y protesta, involucré también los ojos lanzando salvas rabiosas que sin embargo erraron el blanco, quítame esas manos de encima, malvada metomentodo, déjame con mi vista panorámica, con la mirada perdida, con o sin pensamientos, aunque esto último no ocurre jamás, siempre hay algún pensamiento, quiero decir pensamientos sin pensar en nada, ¿qué es lo que quiero decir? Protesto gruñendo, da igual, el efecto es el mismo, o sea, ninguno. Avanzando con cuidado, pasito a pasito, apoyándose en mi mueble rodante, Mieneke Kalckbrander me empujó adonde yo no quería ir. ¡Abran paso, que vamos! El sol ha desaparecido, con la salvedad de que sigue presente bajo la apariencia del calor, bochornoso, por mucho que no brille. El del sombrero se está abanicando, es un médico de familia indecoroso con una franja negra sobre los ojos, salía en aquel periódico que usaba Babet para dejar sus dientes, cómo se llama, desde que estoy aquí se me olvidan los nombres, me retienen, amordazado y silenciado, y me han robado el sacapuntas, así no voy a llegar a los cien. Mira quién viene por ahí, el señor Busken, nuestro pequeño intelectual. La tipeja de las balas de cañón de la toma de Brielle, sin gafas para tan festiva ocasión, de modo que tengo que mirar dos veces para comprender quién me califica en esos términos. ¿Pequeño? ¿Yo? Decido no verla, aunque veo que la blusa o lo que sea que lleve en la parte de arriba se abre con tal alegría que deja a la vista el húmedo surco entre sus pomposos pechos cual zanja agrícola. ¿Preparado para la fiesta?, me pregunta aun estando al tanto de mi deficiencia y a sabiendas de que yo no la entiendo. ¿Preparado para la fiesta? ¿Yo? ¿Tan a gusto? Quiero irme a mi casa. Sáquenme de aquí. No soporto este bochorno, supone un atentado contra mi aliento, debo estar tranquilo, todo lo tranquilo que puedo estar, no debería moverme, pero me estoy moviendo, involuntariamente y sin control, de la coronilla a la rodilla y de la rodilla al dedo meñique del pie, de la rodilla al dedo meñique del pie bis, estas sacudidas y estos temblores requieren aire y no sé ni de dónde sacarlo. Junto a la de las balas de cañón, formando un corro cerrado, más autoridades y directivos por quienes no siento ni respeto ni simpatía, aunque todos ellos giran la cabeza hacia nosotros, con una mueca indulgente, saludándonos a Mieneke Kalckbrander y a mí con aparente pero arrogante afabilidad. Muy amable, señora Kalckbrander, es todo un detalle que usted cuide del señor Busken, dice alguien. Los conozco a todos, pero los nombres, los nombres, me distrae el disgusto que se avecina cual furiosa tempestad, toda esa gente, y el ruido, y el calor que a todas las personas aquí reunidas en este césped nos chupa el sudor de los poros, siento resbalar las lágrimas por mi piel. Mieneke Kalckbrander: Es mi amigo, lo hago encantada, *Rrricherrrd*. ¿Amigo? ¿Yo? Por favor, que eso que estoy oyendo sea el estruendo de un

helicóptero desgarrando las nubes en señal de que en menos de un cuarto de hora vendrán a rescatarme. Los nombres correspondientes a algunos de los rostros me vienen a la mente a cuentagotas. Sí, ese es Richard, *Rishár* para los amigos, y con acento de Hollywood para Mieneke Kalckbrander. Richard levanta el puño como para darle ánimo a ella, y quizá también a mí, aunque prefiero no darme por aludido, tampoco le devuelvo la sonrisa, dentro del puño no hay gafas, estas se encuentran plegadas en el bolsillo arriba a la izquierda donde sobresalen por el borde, lugar que yo mismo compruebo por enésima vez en mi propio torso para cerciorarme de que llevo encima la caja que ya no tiene medicinas sino cigarrillos, sí, aquí está, menos mal, necesito alquitrán en mis pulmones. El nombre del meningococo de busto excesivo también me está viniendo, termina en a, pero lo borro rápidamente de mi encerado particular. No oculto y por tanto repito que semejantes pechos de mujer me intranquilizan. En la medida en que me atraen los bustos femeninos los prefiero pequeños, aunque tampoco demasiado, con el pezón a la vista como un botoncito cosido, no escondido entre las colinas de las ubres. Hay quien me pregunta si mis letras son autobiográficas, es una cuestión que interesa vivamente a las mujeres. Siempre contesto que sí, qué más me da, mis ojos clavados en los de mi interlocutora, no en sus mamas, al no considerar esto último ni decente ni cortés. Si digo que no, lo cual por otra parte suele coincidir con la verdad, mi respuesta puede resultar evasiva e hipócrita, cimentada en unos sentimientos de vergüenza que me son ajenos, qué más da. Autodescripción pura a falta de imaginación, lo que me impide ingeniar historias, soy de ciencias. Hay también mujeres con pechos de hombre que nunca han alcanzado el estadio de pecho de mujer, siendo estos tal vez los que más me convencen, aunque no estoy del todo seguro, depende de cada caso, puede que tenga que ver con Rorschach y mi pasado más remotamente primitivo, algo del mundo de mis emociones, el desarrollo armonioso y conceptos afines, yo qué sé, de eso aquí saben mucho dicen. Cuando piensa en su madre, ¿qué siente en su fuero interno? Nunca pienso en mi madre. Venga, disfruta, grita Mieneke Kalckbrander a mi oído derecho, el más sordo de los dos, está fantástico con esa música y huele fenomenal y todo el mundo está contento como en una verbena. Hoooola, Carlijne, tan a gusto, ¿verdad?, qué bien te veo. No para de saludar a compañeros y compañeras de asilo, alzhéimeres dementes aspergers parkinsons autistas chiflados chalados perturbados, algunos le devuelven el saludo y entablan conversación con ella por encima de mi cabeza, obligándome a escuchar y a aguantar la charleta, jadeante, gorgoteo borboteo burbujeo de agua salobre, me estoy ahogando socorro sáquenme de aquí, mi último deseo es fumar un cigarrillo, o dos, inhalando profundamente, los jadeos se sobreponen a todo lo

demás. Frente a las desnudas rodillas de soldado de Carola en su perversa minifalda, color rosa y ajustadísima, se encuentra el dios de los dioses de este gulag, de su dictamen motivado por unas sesiones de surf depende si uno ingresa aquí por su propio bien, si pasa a cuidar animales de granja y a cosechar patatas o si ayuda a fabricar muebles dependiendo de su destreza con la sierra, estar ocupado es la mejor terapia, Heuvelaar, Beukstein, Peukeling, un apellido con eu, ya me acordaré, la luz escondida corre un velo profundo sobre las negras lentes que le tapan el rostro como si tuviera la cabeza de una serpiente venenosa, por dentro los cristales se hallan cubiertos por una película de vapor, transpira, todo el mundo transpira, se limpia el hocico con un pañuelo empapado cuando abundan las servilletas de papel, la hierba está cuajada de ellas, salen volando arrastradas por las ráfagas de viento del desierto que no traen ni un solo soplo de frescor. Siempre he tenido debilidad por las gafas. La tía Marie no las llevaba dentro de casa, pero cuando salía a la calle se ponía unas con un cristal de vidrio opalino en el ojo artificial y otro de vidrio de ventana en el ojo bueno, con el que veía perfectamente. Sus gafas se guardaban en el rellano detrás de la puerta principal en el estante debajo del espejo y el cepillo para la ropa, y después en la repisa de la estufa de carbón. El cristal de vidrio opalino se rajó en dos ocasiones y fue el tío Jan quien me explicó por qué: la primera vez porque en el rellano hacía casi tanto frío como en el exterior helado, por entonces aún helaba en invierno; y la segunda vez porque los anteojos no resistieron el calor ascendente de la estufa, el tío Jan siempre decía anteojos, nunca gafas. Así aprendí cómo el frío y el calor influyen en las lentes. Yo no necesito gafas, soy un observador agudo, tampoco llevo reloj, no necesito saber la hora nunca. ¿Qué hora será ahora? Junto a Eu está el mocoso de Calvé, Freddy, en mangas de camisa remangadas por encima del codo y con el cuello sin abotonar, en la mano sostiene un vaso, no un tarro de crema de cachuetes, jajajá, soy muy bromista, tengo fama de serlo, pero hay que estar de humor y ahora mismo no lo estoy, aunque debo admitir que llegan flotando olores sugerentes del lugar al que Mieneke Kalckbrander me transporta traqueteando por la hierba recién segada, con la otra mano tapa el vaso para protegerlo de las abejas ávidas por hacerse con el contenido. Lleva las piernas y parte del tronco enfundados en un pantalón, lo que parece indicar que probablemente sea de sexo masculino, un varón recién llegado a la edad adulta, así a primera vista. Mientras lo observo, no está sentado en su escritorio en el despacho de Mondriaan sino de pie y moviéndose, llaman mi atenta atención algunos de sus gestos fortuitos, la forma en que alza la cara meciendo la cabeza de un lado a otro, la manera en que desplaza los pies cruzándolos uno encima de otro para terminar colocándolos

juntos y vuelta a empezar, el modo en que ahuyenta a los insectos con la mano y luego se la lleva al cuello, donde tiene una mancha violeta de la que al parecer le gusta jactarse con coquetería como si fuese un rasgo de belleza, los labios levemente separados en una sonrisa. De pronto le aborda por detrás con un ímpetu arrollador una persona cuidadora aparentemente del género femenino, más o menos de la misma edad que él, no viste el atuendo de la residencia, al igual que Carola luce una falda con las rodillas al aire, aunque sus piernas son más bonitas, la veo varias veces al día cuando va uniformada pero no tenemos trato, se ocupa de otra ala de clientes. Asalta por la espalda a Freddy, que por un instante pierde el equilibrio y se mancha, lo estrecha entre sus brazos, cucú, quién soy, grita, como si fuese un juego infantil. Trata de introducir algo en la boca de él, no lo consigue, lo mete en su propia boca, masticando agarra a Freddy por los hombros y lo gira hacia sí con brusquedad. Si él adopta una actitud más propia de una damisela, ella se muestra enérgica como un chico adolescente, pueden iniciar ya mismo la transición para un intercambio de género, ella con el órgano de él en el pantalón de él y él con el órgano de ella en la falda de ella siempre y cuando se depile las piernas. ¡Busken, Busken! Hay veces que sueño cosas que otros no sueñan. Hacen buena pareja, oigo que dice Mieneke Kalckbrander por encima de mi cabeza. Kaat es una joven simpática, a mí también me lo parece, y cariñosa, a él lo conozco menos, interviene alguien que por lo visto, aunque yo no lo veo, acompaña a Mieneke Kalckbrander en su traqueteo, a juzgar por el sonido debe de ser una mujer, anciana, una voz añosa con grietas y hendiduras, habla despacio como una niña, dicen que conforme se envejece y se aproxima el final de la vida se retorna a la infancia. El grueso de los residentes son párvulos de la tercera edad que balbucean como niños. Llevo sin oír mi propia voz desde que me negué a hablar, pero no me cabe la menor duda de que continúa sonando como las campanas de bronce en lo alto de una ciudad en un festivo católico como el Pentecostés, no en vano todos me invitaban a hablar, en buena medida por la agradable eufonía de mi voz, aunque sin menoscabar el inestimable valor de la argumentación que con ella exponía. Él también es muy cordial, replica Mieneke Kalckbrander, solo que, bueno, lo encuentro un poco cómo diría. La otra voz atraviesa la de Kalckbrander: Entiendo, a mí me pasa lo mismo, puede llegar a ser tan tan, pero es guapo, ¿verdad? *Sure*, contesta la voz que me resulta familiar, se parece a Clark Gable de joven, a Clark Gable lo traté mucho, ¿nunca te lo he contado? ¿Sabes quién ha muerto? Kaat agarra la muñeca de Freddy a la que está unida la mano que sujeta el vaso de plástico, toma un trago y en el acto esparce el líquido en gotas menudas por la boca cerrada ¡qué asco!, entre gritos envía el vaso de su prometido al suelo de un

golpazo, lo poco que quedaba dentro le salpica a él el pantalón y los zapatos, ¡mira lo que has hecho! Con la mano ya vacía, Freddy le propina a Kaat un codazo retozón, ambos riéndose invadidos por un amor profesado al unísono, salta a la vista que acaban de entrar en la fase del enamoramiento, aún tienen mucho fango por delante, puede que al beber del vaso Kaat haya saboreado una muestra quedando el resto desperdigado por las piernas de Freddy. ¿Y el sol? Hace un calor sofocante sin sol. Se acerca una persona, por suerte pasa de largo, es el de la chaqueta a rayas amarillo chillón y naranja, viene de una de nuestras colonias, de la esclavitud. No se dice «negro». Y pensar que esta mañana hacía un día estupendo, con su poquito de sol, sin este insoportable calorazo, va a llover, te lo digo yo. Que no, hombre, le lleva la contraria ese otro tipo con el que ya lo he visto en otra ocasión no hace mucho, en la tele han dicho que no se descartan precipitaciones débiles en el este y el sureste del país pasada la medianoche, cuatro gotas y no ahora, además nosotros estamos más bien en el oeste. Ay, qué sabrán los de la tele, replica el de la chaqueta, usan «tiznado» por «negro», vaya una solución, y las chorradas que sueltan sobre el tiempo y el nitrógeno y la política y las drogas. Mentira todo. Este es el tenor de las conversaciones. Muy instructivas. Afortunadamente, soy sordo. Luego te veo, Mieneke, oigo a mis espaldas, la mujer que balbucea como una niña aparece primero junto a mi silla de ruedas y al rato delante de ella, andando a trompicones, apoyada en un bastón regulable de metal. Deja algo, Chantal, no te lo comas todo, exclama Mieneke Kalckbrander mientras Chantal prosigue su camino, déjanos algo a este artista y a mí. Yo, siendo tratado con la consideración que le corresponde a mi renombre, fama y reputación en todo el mundo menos aquí, deseo presentar objeciones a la descripción de mi presencia y condición como dibujante callejero de tercera cuando en realidad, sin embargo. ¿Quién comprende mi indignación y mi rabia? ¿Quién entiende mi soledad? La vieja ogra llamada Chantal, una pera arrugada por rostro, se vuelve hacia mí y grita: No te preocupes, amiguito, hay para todos. He asistido a cenas y banquetes con jefes de Gobierno, escritores, actores y prelados. El docto caballero de alta alcurnia E. Busken *Esquire*. Peor aún, la bruja vuelve sobre sus pasos inestables, tambaleante, por poco se desploma sobre mí, y con sus manos ajadas me alborota el cabello siempre tan pulcramente peinado. Una palmadita en esa cabecita cabreada, dice dándome la tabarra, eh, tranquilo, no has dejado de jadear y de moverte en todo el tiempo, no me extraña que te chorree la cabeza. Mieneke Kalckbrander: No hagas eso, no le gusta, no quiere que le toque nadie, cuando no está cómodo se mueve como se está moviendo ahora, ya lo conoces, yo lo conozco muy bien. Esta tal Chantal no me conoce de nada, ni yo la conozco a

ella ni a nadie, pero como todos ven pasar a todos a diario, mezclados todos con todos, surge la sesgada idea de que todos conocen a todos. Es cierto que Mieneke Kalckbrander busca a menudo mi compañía, diría que de forma invasiva, atraída por mi aura de eminencia interesante a la vez que adorable, pero eso no significa en absoluto que me conozca, yo por mi parte no hago ningún esfuerzo por conocerla a ella, no es más que una majareta chiflada como todos estos otros a los que tampoco tengo interés en conocer. ¿Y Herman? ¿Por qué no viene? Diez letras: «cigarrillo». Las manos que me alborotan el cabello no aclaran eh aclaman eh calman el movimiento pendular dentro de mi cabeza, me enredo confuso y confundido en medio de toda esta gentuza que me rodea envuelve engulle, añosos idiotas integrales metidos en vereda por otra clase de morralla igual de idiota empeñada en que me descontamine de esto y de lo otro sin que yo le vea el sentido, la necesidad, la conveniencia o lo que sea, es más, las manos que me tocan el cráneo no solo no calman sino que incluso avivan el movimiento pendular, como una campana gritona cuyo badajo din don din don repite una y otra vez: ci ga rri llo. Cuatro sílabas. Necesito un cigarrillo, me quedan dos, uno para ahora y el otro, el último, para justo después, me los fumaré en el llamado salón para fumadores, una construcción de cuatro postes y un tejado de chapa ondulada, abierta por los cuatro lados a la lluvia, el viento, el calor extremo y el gélido frío, el estimulante solo se puede degustar de pie a falta de asientos donde acomodarse, aunque cabe la posibilidad de usar el andador como instrumento de apoyo, no para repantigarse relajadamente, lo sé por experiencia, también hay quien entra en silla de ruedas, este medio tiene la ventaja de que uno puede cruzar las piernas si así lo desea a menos que estén atadas con correas y cinturones, claro, lo que queda del cigarrillo se introduce en un agujero en el suelo que se halla cubierto por una rejilla, o bien arrojándolo con la mano o bien dándole una patada, no debe quedar encima de la rejilla ni al lado de ella sino que tiene que ir adentro, una vez apagado y bien apagado, como es evidente, para no prender fuego a las colillas echadas con anterioridad, si llega a entrar una chispa candente las consecuencias exigen muchos cubos de agua, y en esas circunstancias acaba emanando de la papilla de colillas un humo grasiento, pestilente e intensamente negro que invade el espacio coronado por la chapa ondulada antes de salir soplando rumbo al cielo. El mariposeo y el revoloteo se apoderan de mi cráneo. En el interior todo comienza a titubear y a tambalearse. Estoy escuchando a mi editor: Si me permite una observación, querido Busken, buen amigo, con toda modestia, sé cuál es mi lugar, y con la mejor de las intenciones, le ruego tenga a bien y me disculpe, pero acaso tal vez quizá pudiera construir unas frases un poquito menos completas y un

poquito más breves, de esas que no se extiendan de aquí hasta allí al fondo con esto y con aquello y sumando y juntando y agregando todo lo habido y por haber. Llegado a este punto, en uno de los incalculables gestos expeditivos con los que acompaña sus palabras, tira la copa que se encuentra encima de la mesa, vino tinto rojo como la sangre derramándose sobre el inerme damasco blanco. Es cierto, tiendo a la plena plenitud, a la abarrotadora insaciabilidad abarrotada que atiborra hasta el último boquete, al rebosante desbordamiento sobrante que rebasa cualquier borde, a la quebrantadora sobrexcitación que lo eclipsa todo. A lo mejor he sido siempre un enfermo mental y llevo siglos aquí, desde que dejara atrás las cáscaras de huevo que me envolvían como una coraza. Vaya una tontería. No he salido de ningún huevo, ni que yo fuera una tortuga con caparazón, y no sufro ni he sufrido ninguna enfermedad mental. Tampoco estoy muerto ni he estado muerto en ningún momento. Me duele la espalda, eso sí, y si alguien me toca inopinadamente, sin que yo esté sobre aviso, sin consentimiento previo por mi parte, me asusto y ese miedo viaja como un carámbano en llamas por mi columna vertebral y entonces me deshago en gritos de dolor azul al tiempo que mis brazos y mis piernas se sacuden y se estremecen con tal virulencia que temo que se me van a caer, pero por suerte los músculos y los tendones todavía hacen su trabajo, aunque estas gomas también comienzan a deshilacharse y a desgastarse, hay que tener en cuenta que ya no soy tan joven. Y el editor añade: Su prosa causa una impresión apresurada y preocupante tanto es así que el lector se queda sin aliento. Es cierto, tiendo a la perpetua perpetuación y a la perdurable persistencia, no en vano aquello que escribo es eterno y secreto. Si estoy loco es porque aquí me han hecho enloquecer, antes de que me internaran bajo coacción era un profesor muy bien valorado, impartía cursos de escritura creativa en dos universidades. Después de las clases, siempre basadas en experiencias y proyectos propios, nunca faltaba el pataleo acompañado de aplausos en señal de agradecimiento y aprobación. A mí me van a enseñar a escribir. Qué tienen de malo las frases largas y completas erigidas en corredores de fondo. Aquí descontaminan a uno hasta que se alcance el estado de locura, hasta que se empiecen a ver cosas que no hay, o hasta que las cosas existentes se distorsionen por el efecto del estrabismo que de pronto se desliza desde dentro hacia delante de los ojos, hasta que se empiecen a oír ruidos que los demás no oyen, pitidos y golpes de colores y formas, voces, de difuntos, también de difuntos desconocidos, de siglos o incluso milenios atrás, gimiendo en lenguas y dialectos nunca antes percibidos por mí, todo esto me sucede desde que me encarcelaran en este asilo. Antes no solía llevar calzoncillos, pero aquí me ponen un súper pañal para sellar mis cavidades corporales inferiores, partes nobles susceptibles de

funcionar tanto de entrada como de salida. Dejando de lado mi vergüenza y mi repulsión, debo reconocer que el tarugo de textil papelero no resulta desagradable al tacto siempre y cuando el material no esté empapado o maculado de sustancias o efluvios sospechosos. Al menor amago tocamos el silbato, ¿entendido, señor Busken?, si se lo doy es para que lo use, me está usted oyendo perfectamente, bueno, que no haya más accidentes, ya sabe a qué me refiero. El silbato lleva algo dentro, una bolita de metal o un componente parecido que se pone en movimiento al soplar por la boquilla haciendo resonar en sol mayor el latón de que está hecho el instrumento, esto no lo sabe todo el mundo. Empleado antiguamente por el jefe de estación cuando el tren estaba a punto de salir, señoras y señores, estimados viajeros, esta clase de silbato se activa mediante un soplo lo suficientemente poderoso como para revolucionar el guisante o la canica y producir sonido. Por aquí no pocos cananefates, se creen que basta con insuflar aire a cualquier objeto para que acabe emitiendo ruido cuando esos objetos no están pensados para sonar, algunos se pasan horas soplando con las mejillas infladas, los labios fruncidos en torno al pulgar o el artefacto de turno, vapuleándolo con aire expulsado de los pulmones hasta ponerse colorados. Venid, pastores, y tocad la dulzaina. Ahora mismo estoy viendo cómo uno de los personajes del juego de dominó está soplando con ojos saltones a un tenedor o una cucharilla de plástico junto a la barbacoa. El pobre diablo perdió su silbato pi pi piii pero ya tiene otro chiflato pi pi piii. El muy chiflado. Le pego en las manos a Chantal, chiflada con chiflato, las posa sobre mi cabeza como si ella fuese una curandera curadora decidida a extraer vapores malignos de mi organismo, vahos tenebrosos de mi cerebro. No me toques, perra pirada. Oye, hay que ver cómo eres, ya lo siento, vocea, sacudiendo las manos recién retiradas de mi cabeza como si se las hubiera quemado con una estufa ardiente. Mieneke Kalckbrander: Te lo dije. Mientras muevo el brazo con rabia noto el movimiento de la bolita del silbato en el bolsillo de mi camisa, y no solo eso, incluso lo oigo gracias a mi excepcional oído, rueda y rebota contra el latón circundante, sacando a flote nuevas ideas y asociaciones, estoy cansado de toda una vida pensando denodadamente y formulando pensamientos en palabras elevadas a arte y frases por metro lineal. No necesito tocar el silbato para llamar la atención de la especie servicial del género que sea hacia determinados instintos intestinales, me acuerdo del silbato porque se halla justo ahí donde guardo la caja de OxyTraQ con los dos últimos cigarrillos que me han sido concedidos antes de que entre en vigor la descontaminación definitiva. A modo de protesta contra mi internamiento como tal, y en señal de venganza, me vaciaré con lascivia en mi pañal en cuanto se presente la ocasión. Hay que ver, señor Busken, otra vez la misma historia. ¿Y el silbato?

¿Silbato? ¿Qué silbato? ¿Dónde está? ¡Ajá! No lo diré en voz alta porque nunca hablo, pero ya me encargaré yo de perder el silbato, basta de intimidaciones y de paternalismos y de cuidados alzheimerófilos. Sáquenme de aquí, por favor, sáquenme de aquí a la mayor brevedad posible. Necesito un cuchillo. En el salón para fumadores hay tres chalados humeando junto al tragacolillas. Dos troncos de árbol carcomidos, uno con un bigote que sobresale por el perfil de la cara, ambos con cigarrillo, y una mujer, recluida en el gabinete de curiosidades pese a su edad no demasiado avanzada, con un raquítico purito que se mueve placenteramente a izquierda y derecha debajo de su nariz. Sé quiénes son sin saber quiénes sean y ninguno de los tres sabe quién soy yo. Están de espaldas unos frente a otros mientras el humo se condensa contra el tejado de chapa ondulada para luego salir flotando y esfumarse camino a las nubes. La contemplación de esto último me sumerge en una ráfaga de melancolía por un instante que no dura más de lo que tarda en desaparecer el humo, no tanto este humo de tabaco al que en breve sumaré el que se desprenda de mis propios cigarrillos y pulmones, sino el humo en general, incluido el que se atisba allí en la lejanía, el que emerge de otras rejillas en las que se está abrasando la carne. Debido a la vejez y a los despistes, lo admito a golpe de manotazos y de patadas, mis pensamientos discurren con más circunloquios que antes, y pienso más veces lo mismo cuando siempre he sido un pensador ágil, de eso tenía fama como experto en tecnología informática, solía proporcionar cualquier información, técnica y lógicamente, en el acto, al grano, un dardo dando siempre en la diana, en el blanco, cincuenta puntos, cuántas veces he salido victorioso y homenajeado en los campeonatos. Se dice así: salir victorioso. Me pregunto si me está fallando la mente, la palabra demente está en boca de todos esos chafamentes que están ahí reunidos, hace referencia al declive de la capacidad mental, soy incapaz de mantener la cabeza quieta, y las manos. Mi espacio mental es un torbellino de humo, mis pensamientos se evaporan humeando, yo mismo soy humo, y no es más que humo o sombra humeante mi vida que gracias a Dios está tocando finalmente a su fin, siendo esta fulgurante cavilación la causa de mi ráfaga de melancolía, no interesa seguir ahondando. Llevas dos calcetines diferentes, no son iguales, ¿lo sabías? Claro que lo sé, tú qué te has creído. Bueno, me pareció un poco extraño y pensé. Que yo estoy igual de majara que tú, eso pensaste, no te preocupes, no es contagioso. A lo mejor no estaban ordenados correctamente en el armario y no te diste cuenta, eso es perfectamente posible, por eso pensé se lo comento y ya está. Parloteo de viéjulas, por encima de mi cabeza. Mieneke Kalckbrander detiene la silla de ruedas: Qué más da, algo diferente de vez en cuando no hace daño.

Está hablando con la birria que se pasea todo el santo día con el cojín apretujado contra el pecho y que ahora dice en tono lastimero: No lo quiere. Mieneke Kalckbrander, seca y fría como una racha de viento llegada de arriba que de pronto le azota a uno el rostro: Normal, no es apto para mofetas. La otra, al borde de las lágrimas: ¿Mofetas? Y a la bola de ropa de cama: A que no, a que tú no eres una mofeta, tú eres mi gatito mi bichito mi bomboncito, y a ti esto te encanta, ¿verdad?, pero ya has comido mucho y no puedes más. Mieneke Kalckbrander: Pero ¿qué demonios le estás dando a esa mugrienta funda de cojín? No es buena idea, mira qué pringue, te has manchado de rojo, hasta parece sangre, como los gánsteres y los vaqueros y los caballos de las películas del oeste o los protagonistas de las tragedias de amor. Voz de petarda: Pescado de la barbacoa, pescadilla perca sardinas muy bueno todo. Este es el tono de las conversaciones. Pues vamos a ver qué nos dan por ahí, decide Mieneke Kalckbrander al tiempo que pone en marcha la silla de ruedas con un movimiento brusco. No hacia donde yo deseo ir, indico mi preferencia señalando el palacio de los fumadores, por encima de cualquier otra cosa anhelo con la mayor de las codicias y la más frenética de las pasiones un cigarrillo. Trato de parar las ruedas con ambas manos dispuesto a levantarme yo solo de mi carroza, dando muestras de autonomía e independencia, y dirigirme a mi destino con paso intrépido, los pies mirando hacia delante aunque no me salga, pero Mieneke Kalckbrander tiene más fuerza que yo y continúa empujándome al frente, en dirección hacia donde yo me niego a ir. Ya nos fumaremos ese pitillo luego, Buskibibi. Cuando sueño, no solo de noche mientras duermo sino que también ocurre a la luz del día y estando despierto, me veo a mí mismo lozano y vigoroso saltando olas enormes, subiendo escalones de escaleras de dos en dos o incluso de tres en tres, bailando con desenfreno, ganando carreras de ciclismo y levantando pesas, por no hablar de las inagotables proezas de mi parte noble en consonancia o no con otras partes nobles, mi cuerpo atlético y acrobático de primera categoría, en estado inmejorable, sin dolor alguno, sin agobio rayano en la asfixia, sin la incontinencia del anciano apostado en el umbral de un supuesto más allá al que, llegado el caso, tampoco quiero ir. Es la nostalgia. La soledad. De aquí ya no salgo. Braseros con cubierta y sin ella, para emparrillar, ahumar, churruscar, dorar. Carne y pescado al corte, pedacitos listos para ser tragados, sin espetar en estacas de metal o de madera, al ser estas consideradas instrumentos peligrosos con los que arrancarle los ojos a cualquiera. Salchichas asadas, mazorcas a la parrilla, rosas de coliflor ahumadas, para mojar en un variado surtido de salsas dulces picantes especiadas frescas saladas pachín pachín pachán pachán pachán, desde luego no han escatimado recursos, qué menos, con lo que paga el cliente para poder ser cliente aquí, sin

incluir la colada, cuántos cuerpos arracimándose, y Mieneke Kalckbrander introduciéndome a mí a duras penas en ese racimo arracimado, el sudor está por todas partes, me resbala por la espalda y el vientre hasta terminar dentro del pañal geriátrico. La señora Holkema dirige a cinco personas subalternas, por lo visto todas ellas mujeres, ataviadas con mandiles, originalmente blancos, aunque teñidos de cada vez más manchas de todas las formas y de todos los colores, con cofias de plástico cubriéndoles el cabello, ella misma también con delantal, un gorro de cocinera en lo alto de la cabeza a guisa de ladeada coquetería. Sé cómo se llama. Se llama señora Holkema. Tan pronto como se percata de mi presencia exclama: Muy estimado señor, nos conocemos, ¿verdad? Pues sí, pedazo de arpía de boca agria y guasona, has tenido el honroso privilegio de saludarme con anterioridad. Ten por seguro que me acuerdo de ti. Mieneke Kalckbrander se ha hecho con un recipiente de plástico blando y arrugable repleto de trocitos de carne marinada. Es un plato griego, informa, mezcla de ternera y cerdo, *souvlaki*, como una brocheta sin pincho. Dos pequeños tenedores también de plástico, uno para ella y otro para mí, primero lleva su mano a su boca con su tenedor y luego lleva su mano a mi boca con mi tenedor, un trocito para ella y un trocito para mí, así alternativamente. Tiemblo demasiado para pinchar un pedazo de carne con mi tenedor de juguete y llevármelo a la boca, ni tan siquiera sé si me queda algún diente. Ahí viene la persona cuidadora encargada de conducir la mesa con ruedas, los vasos de plástico blanco arrugado no contienen té sino infusiones para todos los gustos. Frutos con hueso y flor de saúco, le oigo decir mientras señala unos vasos con el fino dedo índice cuyo nudillo superior se halla envuelto en una tirita, también hay pepino con estragón y frutos rojos y agua de rosas. ¿Y esto qué es, Fienie? Sangría, señora Kalckbrander, aunque sin alcohol, todo muy sano, ya sabe usted. Es realmente encantadora. ¿Tú qué quieres? Mieneke Kalckbrander siempre se olvida de que soy sordo. Aquel especialista en escuchas y su acompañante, Maartje, no Aagje, no Klaartje, se llama Saartje, ya me acuerdo, también andan por aquí, él me saluda desde la distancia con un movimiento de la barbilla y de las cejas, ella no me ve o no me reconoce, yo tampoco los veo, dentro de mi bamboleante cabeza clavo los ojos en el azul brumoso, lejos de aquí, no estoy presente, he desaparecido, absorto en pensamientos remotos. *Cositas*. Voy sentado detrás de Suwaryoyó en la bicicleta y la niña morena de cabello negro dorado con la que llevo muchos años casado corre dando brincos a mi lado, intercambiamos sonidos de pájaro hasta que el talón de mi pie desnudo se engancha en los radios de la rueda trasera. Dolor, berridos, sangre, pellejos colgando de los radios de la rueda trasera de la bicicleta, *orang bodoh, bodddoh*, llega la mujer, Medusa, me quedo de

piedra, es mi madre, nunca me acuerdo de ella, lo cual no significa que la haya olvidado, ese niño, ese niño de mierda, yoyó le sujeta las manos, mi madre no me abofetea a mí sino a mi amiga, que se aleja corriendo entre gritos, yoyó me aúpa y me aprieta contra su pecho moreno descubierto y sudoroso. Así sucedió, es autobiográfico, hechos consumidos surgidos de la nada y engullidos por ella, un recuerdo de un cuarto de segundo de algo que ocurrió hace al menos tres cuartos de siglo, eso es lo que pasa cuando todo comienza a revolotear sin conciencia cual servilletas de papel al viento. ¿Lloverá? De pronto descubro encima de una de las mesas entre los platos, los vasos, las cucharillas y los tenedores de plástico blanco y las pilas de servilletas de papel por entre las cuales sopla el viento una daga de cocina de punta extremadamente afilada, hoja de acero al carbono y mango de madera de boj, justo lo que necesito, basta con alargar la mano, le ordeno que deje de temblar y que empuñe el cuchillo, pero una de las esclavas de la señora Holkema se adelanta y se lo guarda en el bolsillo del mandil. Le ruego con suma cortesía que me haga entrega del pertrecho a la de una, es decir, de inmediato, la aviso una primera y última vez, si no obedece me veré en la obligación de derribarla, sustraerle el cuchillo y acuchillarla repetidamente sin contemplaciones, avisada está. Me pregunto si Do, el carnicero, también habrá traído carne de perro. ¿Estará echando chispas en la parrilla? En el trópico comen carne de perro para poder aguantar el calor y no perder la calma. Sobre mi mano aún estirada cae una gota. Mieneke Kalckbrander dice: Si dejas de mover la cabeza y me abres la boca te doy un trozo de piña. Del tenedor que se balancea delante de mi cara se desprende un dado chorreante que aterriza en la hierba, ha sido una gota de piña, no de lluvia, la tele y el mundo entero dicen y redicen que no lloverá. Aun estando limitado por un cinturón que me oprime el estómago y una hebilla que me aprieta el ombligo sin que yo pueda abrirla, consigo tocar suelo más allá del reposapiés para tomar impulso, y con ambas manos en las ruedas logro poner en marcha el trono móvil. Primero hacia atrás, para apartarme de la alborotada turba de parias de la Tierra, después girando hacia un lado y finalmente, a pesar del dolor de espalda, la falta de aliento y las ganas de orinar, todo recto por el césped en dirección al templo de los fumadores, donde pienso bombear una bomba de nicotina por mis pulmones, único capricho consentido en este lugar de desesperanza, único consuelo, a punto de serme arrebatado en aras de la política de descontaminación forzosa, razón por la cual Herman ya no puede venir a verme, ni tabaco ni alcohol ni periódicos ni libros, todo eso es nefasto para el orden y el sosiego, señor Busken, usted está aquí para recuperar la calma, tranquilidad absoluta, ahora mismo estoy canturreando tararí tarará Mieneke ya no me está empujando tararí

tarará, debo tener cuidado de no meter las manos entre los radios de las ruedas de mi silla de ruedas. Acabo de extraer la cajita con los dos cigarrillos de mi camisa, no sin cierta dificultad, pero mis movimientos descoordinados me impiden abrirla. Qué a gusto, ¿verdad?, la barbacoa, ahora un pitillito, gorjea la persona cliente fumadora, viste mono de peto con tirantes, aunque sospecho que se trata de una mujer, déjame a mí, y me arranca de las manos la caja con los únicos dos cigarrillos que me quedan. La susodicha presencia coloca uno de ellos entre mis dedos y se lleva el otro a la boca, con tu permiso, seguro que no te importa, al fin y al cabo, aquí lo compartimos todo, ¿no llevarás encima un encendedor? No tengo ni encendedor ni cerillas, tengo un silbato, eso sí, los escupefuegos me los quitan antes de que me dé tiempo a reducir a cenizas las cortinas, la cama y mi propia persona en el interior de mi habitación de hotel, nunca se sabe con los residentes de Hogar Madeleine. Cae algo sobre mi cabeza, algo mojado, otra gota, plof, lo noto y lo oigo, sin prestarle atención se me olvida en el mismo momento en que ocurre. Enojo. Aun cuando fuese a encontrar entre mi ropa un objeto que sirviese para encender cigarrillos no le regalaría a esa sinvergüenza ni una mísera llama, no me parece bien que me expropien el último ultimísimo pitillo que obra en mi poder, devuélvemelo o desenvaino mi cuchillo, protesto vehementemente, Señoría, exijo que se me restituya mi cigarrillo al amparo de mi derecho de contraer «cancán» en cualquier de sus variantes así como otras enfermedades o dolencias a consecuencia de mi feliz y afortunado tabaquismo. Ni mis brazadas ni mis patadas ni los movimientos de mi cabeza hacia arriba y hacia abajo hacia la izquierda y hacia la derecha ni mis gruñidos de tigre pueden evitar que la figura humana, cuyos pies están enfundados en dos calcetines azules de tono diferente, desaparezca con mi cigarrillo bajo la chapa ondulada sin llevarme a mí. La mujer del purito se muestra dispuesta a apretar la punta ardiente de su cigarro contra el extremo aún sin arder de mi ultimísimo cigarrillo, mi ultimísimo ejemplar en boca y en mano ajenas, veo que el humo se volatiliza se disipa se desvanece. Mientras tanto se ha levantado un viento oscuro, hay sombrillas tiradas en el suelo, por el recinto de la fiesta revolotea un sombrero negro de caballero, los clientes echan a correr en todas direcciones bajo la llovizna menuda que de pronto da paso a una lluvia copiosa que se precipita sobre el césped entre refrescantes susurros, me limpia el sudor de la frente aunque dentro de mi cabeza las tronadas los relámpagos y los vendavales no remiten, los hay de todos los colores conocidos y por conocer, cada color una maldición. Mieneke Kalckbrander, no es la primera vez que ese nombre sale a flote, está conversando con la mujer y con uno de los varones, el del bigote, se están riendo tan alegremente los muy cretinos, parece que

por fin se acuerda de mí, sale de debajo del cobertizo, la nube que brota de su boca se desintegra en la brisa que al mismo tiempo le enreda el cabello, a excepción del moño cien por cien a prueba del viento. No habrás pensado que me he olvidado de ti, Buskiburdi cabreado, cómo me voy a olvidar. Mientras se acerca me llega un soplo del familiar y siempre reconfortante aroma, no se dice humo cancerígeno, que impregnaba en todo momento mi casa y mi vestimenta hasta donde yo recuerdo. «Humo»: cuatro letras. Impaciente levanto hacia ella la mano que sostiene el cigarrillo sin encender, venga date prisa, celebridad, para ser sincero en mi mente no digo celebridad sino imbécil, palabra que no se pronuncia en voz alta. Cuando al fin está conmigo nos liamos al tratar de encender mi palito de nicotina, no consigo llevarme la mano directamente a la boca, sé que está en alguna parte, pero no doy con ella. Espera, vamos a hacerlo de otro modo, es mucho más cómodo, propone Mieneke Kalckbrander a la par que me quita el cigarrillo de la mano para introducirlo acto seguido en su propia boca, el ultimísimo de los últimos, ahora sí. Le prende fuego con su propio ejemplar ardiente, chupando, mi cálida punta contra tu extremo frío, por suerte soy sordo, no dejo de mirar al frente, dentro de mí olas rabiosas se rompen en pedazos al chocar con las rocas, ya sabe ella encontrar mi boca, ahora coloca entre mis labios el cigarrillo recién encendido y un poco pegajoso por causa de la saliva. Entre carcajeos, el pavo real se posa sobre el tejado de la cabaña de los fumadores. Mieneke Kalckbrander se halla tan próxima a mí que entre sacudidas y otros movimientos incontrolados no puedo sino darle, y de hecho le doy, mi puño contra el suyo, el que sujeta entre las yemas del pulgar y del dedo índice el cigarrillo del que ella se ha apropiado ilegalmente, fiel a lo que acostumbraba a hacer en otra vida en sus luminiscentes epopeyas de Hollywood. El frágil cilindro de tabaco, fumado y esfumado a medias, acaba en la hierba y muere. En este instante de ineluctable fatalidad, el pavo real no para de carcajear y el viento abrasador me acribilla el rostro a gotas. Me he dado permiso a mí mismo para inhalar hasta lo más hondo de mis pulmones una bocanada de humo del último ultimísimo cigarrillo de los últimos ultimísimos cigarrillos que aún no he exhalado. Con la mano que pretende retirar el pitillo de mi boca para protegerlo contra el súbito cambio climatológico me doy en la nariz, la mejilla, los ojos. Al oír que una gruesa gota plof apaga el fuego en la punta de mi cigarrillo y al notar que este, ahora sí que ya no me queda ninguno, ablandado y empapado se resquebraja contra mi barbilla, expulso el humo en una línea recta horizontal de color azul. Escupiendo los hilos de tabaco que se aferran a mi lengua vuelvo la cara hacia la lluvia, furibundo desesperado luctuoso rebelde exhausto en medio de las canciones sin

sentido pensadas para gente gris que continúan sonando igual. Serénate, E. Busken, recupera la calma, no pierdas la compostura, realmente sucederá muy pronto, ya no tardará mucho, está al llegar, se avecina.

Zutendaal 2015 — Lanaken 2019